TRIXIE BELDEN

6

EL MISTERIO DEL LADRON NOCTURNO



Una serie de incidentes que parecen ser obra de un delincuente juvenil se convierten en motivo de preocupación para Trixie Belden y sus amigos, especialmente cuando el hermano de Trixie se convierte en el principal sospechoso.

Kathryn Kenny

El misterio del ladrón nocturno

Trixie Belden 6

ePub r1.0

Titivillus 24.10.2018

Título original: *Trixie Belden and the Mystery at Midnight Marauder*
Kathryn Kenny, 1980
Ilustraciones: C. Guerra

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0





Extraña conducta • 1

TRIXIE BELDEN decidió regresar a casa después de haber buscado inútilmente a Reddy. Sus hermanos mayores se disponían a desayunar.

—¡Caramba! —exclamó, jadeante, Trixie mientras llegaba corriendo a la cocina—. Jamás en mi vida anduve tanto para nada. No he visto a Reddy por ninguna parte. ¿Tuvisteis más suerte vosotros?

Se derrumbó sobre la silla más próxima y miró inquisitivamente a sus dos hermanos.

Brian alzó la vista de su plato.

—Eh, calma, Trix —dijo—. ¿Qué pasa con Reddy? ¿No está? ¿Lo llamaste?

Trixie lo miró fijamente.

—No. Reddy no está; al menos, no donde suele. Y claro que lo he llamado. Me he pasado llamándolo la última media hora. Y también lo he buscado —frunció el ceño—. ¿Y vosotros?

Mart, que removía con el tenedor los huevos revueltos, se ruborizó.

—Lo siento, Trix —murmuró—. Se me olvidó darle a Brian tu recado.

Trixie se quedó boquiabierta.

—¿Que te olvidaste de Reddy?

Mart evitó su mirada.

—He dicho que lo siento. De todas formas no es la primera vez que el perro ha pasado fuera la noche. Probablemente Reddy estará por el bosque persiguiendo a algún conejo o algo parecido.

Brian sonrió, aliviado, y se recostó en su silla.

—Claro —asintió—. Apuesto cualquier cosa a que es eso lo que está haciendo. Si no, seguro que se encuentra en la finca de Honey. ¿Miraste allí?

Trixie se contuvo para no proferir la áspera réplica que afloraba a sus labios. Tenía catorce años, era una chica tenaz, de temperamento impulsivo, aunque su rizado y rubio cabello y sus grandes ojos azules dulcificaran su imagen.

Consiguió contenerse. *Después de todo* —pensó—, *los chicos no tienen por qué saber que vengo de la finca de Honey.*

Tras buscar en Crabapple Farm, que se extiende por un verde valle no lejos del río Hudson, lo natural era que Trixie pensara en la mansión de los Wheeler. Ésta se alzaba en una colina próxima, justo al oeste de la agradable granja de los Belden, en donde vivía Trixie con sus padres, sus tres hermanos… y con Reddy.

Trixie sabía que a su encantador setter irlandés le gustaba tanto como a ella la gran finca de los Wheeler. Le atraían su cuadra llena de caballos y el lago, ideal para nadar. Le gustaban el coto de caza y los bosques espesos, oscuros y misteriosos, con senderos que se cruzaban y tornaban a cruzarse.

Y sobre todo le agradaba Honey Wheeler. Tenía la misma edad

que Trixie y era su mejor amiga desde que los Wheeler se instalaron en aquella finca.

Trixie ignoraba lo que Reddy pensaba de los misterios que Honey y ella habían resuelto desde entonces. Probablemente no sabía que las dos chicas, en vista del éxito, proyectaban abrir un despacho cuando dejaran la escuela y llamarlo Agencia de Detectives Belden-Wheeler.

Uno de los primeros casos de las chicas consistió en hallar a Jim Frayne, que había huido al norte del Estado de Nueva York para escapar de su cruel padrastro. Poco después los padres de Honey adoptaron a Jim.

Jim, Trixie y Honey, junto con Brian y Mart, habían fundado un club: los Bob-Whites de Glen. Después ingresaron en él otra vecina llamada Di Lynch, y Dan Mangan, el sobrino de Bill Regan, mozo de cuadra de los Wheeler.

Los Bob-Whites se dedicaban a ayudar a la gente, y también a resolver los misterios en los que les enredaba constantemente Trixie.

Excepto esta vez —pensó Trixie—. *¡No parece que Brian y Mart se preocupen por lo que le haya pasado a Reddy!*

—Vengo de allí —contestó Trixie, tratando de hablar serena y razonablemente—. No estaban Honey ni Jim, pero pregunté a Regan y no ha visto a Reddy.

Mart, once meses mayor que Trixie, parecía su hermano gemelo. La observó pensativo.

—Te preocupas por nada —dijo tajantemente—. Reddy sabe cuidarse solo. Hasta ahora siempre lo ha hecho.

Trixie se inclinó sobre la mesa hacia él.

—Pero esta vez es diferente —insistió—. Esta vez le ha pasado algo.

—¿El qué? —preguntó Brian, mientras sus negros ojos la miraban con interés.

Siguió un largo silencio; Trixie no respondió. Ahora que estaba segura de que iban a escucharla, quería cerciorarse de que recordaba todo exactamente como había sucedido.

En torno a ellos, la vieja granja en la que habían vivido tres generaciones de Belden, se hallaba anormalmente silenciosa. Y era así porque los padres de Trixie, casi antes de que saliera el sol, se

habían marchado con su hermano menor, Bobby, de seis años, a Albany, para visitar a unos amigos. No volverían hasta bien entrada la noche.

En esa mañana de marzo, Trixie deseó con todo su corazón que no se hubiesen marchado tan pronto. Papá y mamá le habrían ayudado a buscar a Reddy sin discutir.

—Vamos, Trix —dijo Mart, impaciente—. ¿Qué crees que le ha pasado a nuestro estúpido perro?

Trixie suspiró.

—No lo sé —confesó—. Pero la cosa empezó anoche. Era ya tarde y yo estaba en el piso de arriba, en mi habitación, a punto de meterme en la cama…

Su relato no le llevó mucho tiempo. Mientras hablaba, recordando lo que había visto, sus grandes ojos azules denotaban preocupación.

Un ligero sonido del exterior la atrajo hacia la ventana de su dormitorio. Llegó justo a tiempo de distinguir el largo y esbelto cuerpo del perro doblando una esquina de la casa.

A Trixie le pareció extrañamente alerta y resuelto. Era como si hubiera recibido una apremiante llamada que no pudiera ignorar ni desobedecer.

Al principio Trixie pensó que el perro habría olfateado a algún intruso. Aguzó el oído para percibir los ladridos de alarma de Reddy. Pero no oyó nada, ni siquiera sus pasos cuando se dirigía a su misterioso destino.

—Así que no pensé más en aquello —concluyó—. Pero ¿lo veis? Fuese adonde fuese, no regresó. Y una obsesión sigue rondándome por la cabeza…

Calló y miró con aprensión a Mart. Comprendió que acababa de darle otra oportunidad de burlarse. Burlarse de Trixie era una de las ocupaciones favoritas de Mart.

Aguardó a que dijera algo típicamente suyo como, por ejemplo: «Esa obsesión circula alrededor de tu cabeza, porque dentro no hay nada en que tropezar».

Pero Mart, que disfrutaba empleando palabras rimbombantes, aunque no supiera escribirlas correctamente, no dijo nada. Simplemente, siguió atacando los huevos revueltos.

Trixie se sorprendió tanto de su silencio que olvidó por completo

lo que iba a decir a continuación.

Fue Brian quien la apremió:

—¿Cuál es la obsesión que te ronda por la cabeza? —preguntó.

Trixie titubeó y luego dijo apresuradamente:

—Pensar que Reddy está herido. O tal vez atrapado en algún sitio sin poder salir.

Desconcertada, lanzó otra mirada a Mart. Ni siquiera estaba segura de que escuchaba.

Brian, que ya había cumplido los diecisiete años, se levantó de la mesa y llevó hasta el fregadero sus platos vacíos.

—Creo que te preocupas por nada, Trix —dijo sin volverse—. Probablemente Reddy rastreó anoche un conejo o una ardilla. ¡Estúpido perro! Ya debería saber que nunca los atrapará. Son demasiado veloces para él.

—¿Y por qué no suponemos por un momento que yo tengo razón y tú estás equivocado? —replicó Trixie.

Brian había empezado a fregar sus platos. Suspiró, cogió un paño de cocina y empezó a secarse.

—De acuerdo, Trix —dijo serenamente—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Que me ayudéis a buscarlo.

Trixie trató de disimular su sensación de triunfo. ¡Había ganado! ¡Con un poco de suerte, pronto aparecería Reddy!

—Una pregunta —dijo Brian—. ¿Qué vas a decir a los demás?

—¿Los demás?

—Los otros Bob-Whites —explicó pacientemente Brian—. Pasarán por aquí pronto para llevarnos a la escuela. Nos presentamos voluntarios para trabajar hoy en el equipo de limpieza. ¿No lo recuerdas?

Trixie se tiró de los pelos con ambas manos.

—¡Cuernos! ¡Se me olvidó!

Mart alzó los ojos y dijo sonriente:

—¿Ves, Trix? —El acento burlón había vuelto a su voz—. No soy el único con mala memoria…

—Además —añadió Brian—, la mayoría de los Bob-Whites no se presentaron voluntarios. Ella fue la que nos dijo a todos que teníamos que ir a trabajar.

—Naturalmente —reconoció Trixie nerviosa—. Ya sabes que el

portero está enfermo, y con el baile de primavera de la próxima semana hay mucho que hacer. Así que cuando el señor Stratton pidió voluntarios para ayudar a limpiar la escuela…

Mart gruñó:

—Ya lo sabemos, Trix. Tú te presentaste voluntaria por todos nosotros.

Trixie asintió.

—Pero es que ahora no quiero ir a ninguna parte hasta que encontremos a Reddy. ¡Caramba! ¿Qué se puede hacer?

Brian volvió al fregadero y continuó lavando sus platos.

—Podrías contestar —sugirió, cuando sonó el teléfono.

Trixie saltó de la silla y corrió al aparato. Cuando regresó del teléfono poco después, sus ojos centelleaban.

—Magnífico —gritó—. Era la señorita Trask. Adivinad de qué se trataba.

Su sonrisa se ensanchó al evocar a la antigua institutriz de Honey, que ahora ayudaba a administrar la finca de los Wheeler.

—¿Encontró a Reddy? —apuntó Brian ante el entusiasmo de su hermana.

—Bueno, en realidad la señorita Trask no encontró a Reddy pero estuvo hablando con el señor Lytell. Y él cree que ha visto a nuestro perro hace menos de diez minutos.

—Perfecto —observó tranquilamente Mart—. Así queda cerrado el caso.

—Tienes razón, Mart —dijo Trixie—. Está en el bosque; al menos allí es donde dice el señor Lytell que lo ha visto.

—Bien —dijo Brian—. ¿Contenta?

—¿Vamos a recogerlo en tu cacharro, Brian? —preguntó a su vez Trixie—. ¡Sé dónde debo buscarlo, de verdad! Es aproximadamente a kilómetro y medio de la tienda del señor Lytell, junto a la carretera de la cañada. Me pregunto qué se le ha perdido en ese lugar a Reddy. Pero nunca lo sabré. ¿Vamos, Brian?

Sin aguardar a que le respondiera, corrió al cuarto de estar y recogió su chaqueta de Bob-White, que estaba en el sofá donde la había dejado unos minutos antes.

Su corazón rebosaba de alegría cuando se puso la chaqueta; sonriendo, pensó en la destreza de Honey, que había diseñado las chaquetas de los siete Bob-Whites. Las iniciales del club,

perfectamente cosidas, destacaban en la espalda de cada prenda.

Cuando regresó a la cocina, le satisfizo ver que Brian también echaba mano de su chaqueta.

Sonrió a Trixie.

—Supongo, Trix, que debo llevarte —dijo—. No quiero imaginarme lo que sucedería de no hacerlo.

Trixie se echó a reír, contenta.

—Escucha, Mart —dijo cuando iban a marcharse—. Si vienen los demás antes de que regresemos…

Mart rió entre dientes.

—Sí, les explicaré lo que ha pasado. Les diré que has ido a resolver el misterio del perro desaparecido.

Se levantó de la mesa y se marchó a toda prisa para terminar de recoger.

Trixie se detuvo y observó el desayuno que Mart apenas había probado.

—Y cuando volvamos, Brian —dijo—, resolveré también este otro misterio.

—¿Qué otro misterio? —preguntó Brian mientras buscaba las llaves del coche en un bolsillo de los vaqueros.

—El misterio del Belden hambriento —repuso lentamente Trixie —; sólo que Mart ya no parece tener hambre. Me parece que en los últimos días no ha comido gran cosa. ¿No te parece que está preocupado por algo?

Brian meneó la cabeza.

—No, no creo que a Mart le preocupe nada.

Pero cuando Trixie se acomodó junto a Brian en su cacharro, estaba segura de que se equivocaba.

Minutos más tarde, mientras Brian conducía hacia el Este por la carretera de La Cañada, Trixie había enterrado sus pensamientos referentes a Mart. En seguida, ante la insistencia de Trixie, el coche redujo su marcha hasta ponerse a paso de tortuga.

—Ya casi hemos llegado, Brian —le advirtió Trixie, observando atentamente a ambos lados de la carretera.

Brian gruñó.

—Puede que sea cierto, Trix, pero no esperes que Reddy venga corriendo a reunirse con nosotros. Ahora podría estar a varios kilómetros de aquí.

—¡Está allí, Brian! —gritó excitada Trixie al divisar una mancha brillante entre los árboles—. ¡Es Reddy! ¡Estoy segura! Es exactamente el lugar al que se refirió el señor Lytell cuando habló con la señorita Trask. ¡Para, Brian, para!

—¡Eh, cuidado, Trix! —exclamó Brian, desviando el coche hacia el arcén—. ¿No te ha dicho nadie que no debes agarrar nunca al conductor? ¡Casi nos vamos a la cuneta!

Trixie no escuchaba. Ya había saltado del coche y corría hacia el bosque.

—¡Reddy! —gritó— ¡Reddy, golfo! ¿En dónde has estado? Estaba tan preocupada por ti…

Las palabras se ahogaron en su garganta.

—¿Lo encontraste? —preguntó Brian cuando se reunió con ella.

Trixie extendió un brazo señalando al frente.

Por encima de sus cabezas apuntaban hacia el cielo largos y desnudos troncos, y altas ramas peladas. Por delante de ellos, el tibio sol de la mañana manchaba de oro el fragante sendero que se internaba en el bosque.

Pero Trixie sólo tenis ojos para un matorral bajo que se alzaba frente a ella. Veía únicamente una mancha brillante que, como antes el señor Lytell, había confundido con el setter irlandés.

—¿Qué es eso? —preguntó Brian.

Trixie corrió hacia allí y se apoderó del pedazo de tejido rojo prendido del matorral. Ahora que lo tenía en la mano comprobó que aquel color era muy diferente del castaño dorado del pelo de Reddy.

Había sido una ilusión óptica, un efecto engañoso de la luz del sol en sus ojos, y también en los del señor Lytell.

Brian frunció el ceño.

—Oye, Trix, ese pedazo de tejido parece proceder de una camisa de franela roja.

Trixie asintió con la cabeza sin pronunciar una sola palabra.

—¿Pero qué significa?

Inmediatamente Trixie cerró los ojos para retener las cálidas lágrimas que amenazaban con rodar por sus mejillas.

—Significa —dijo, ahogando un sollozo— que después de todo no hemos encontrado a Reddy. Oh, Brian, ¿en dónde puede estar?

Preocupaciones para Trixie • 2

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, hasta la propia Trixie tuvo de reconocer que era inútil seguir buscando.

Por delante de ellos el bosque se extendía denso y silencioso, pero el sendero que habían seguido acababa repentinamente entre unos enmarañados matorrales.

—Es inútil, Brian —dijo Trixie, desesperanzada—. Reddy puede estar en cualquier parte.

Brian, que la había seguido sólo porque ella había insistido, se pasó la mano por su pelo negro y ondulado, y dijo:

—Mira, Trix, esto no sirve para nada. Lo más práctico es organizar una auténtica expedición de búsqueda, con caballos…



—¡... Y Bob-Whites! —exclamó Trixie—. Tienes razón, Brian. ¿Crees que los demás vendrían a ayudarnos? Brian le sonrió.

—Tú sabes que lo harán. Sigo pensando que te preocupas por nada, pero me parece que ninguno de nosotros estará tranquilo hasta que encontremos a ese perro.

Se volvió e inició el regreso por el sendero.

Trixie se apresuró a ponerse a su lado.

—¿Y qué hacemos con lo de la limpieza de la escuela? Todo el mundo sabe que los Bob-Whites se presentaron voluntarios...

Brian volvió a sonreír.

—No creo que nos ahorquen si llegamos tarde. Lo más probable es que nadie se dé cuenta de nuestra ausencia. Haremos las cosas por orden. Primero encontraremos a Reddy. Luego, si nos queda tiempo, iremos a limpiar.

—¡Magnífico! —exclamó Trixie con los ojos brillantes—. Ahora iremos a casa. Y si no están allí los Bob-Whites...

—Les llamaremos y les diremos que se reúnan con nosotros en la cuadra de los Wheeler —completó Brian—. Se lo explicaremos a Regan. Le agradará que hagan ejercicio los caballos. Luego formaremos grupos y buscaremos a Reddy hasta que lo encontremos. ¿Qué te parece?

No era necesario que lo preguntara. Un instante después, su hermana, cuyos rubios rizos se agitaban por la velocidad, lo dejó atrás en su carrera hasta el coche.

Para cuando él llegó, Trixie estaba ya sentada, aguardando impaciente.

Le vio introducir la llave de contacto y suspiró satisfecha.

—Ahora debemos averiguar qué le pasa a Mart —dijo.

A Brian le preocupaba constantemente la salud de todos. Los Bob-Whites sabían que cuando Jim Frayne heredase una fortuna y abriera su escuela para chicos sin hogar, Brian sería su médico.

—Creo —dijo por fin Brian— que lo único que le pasa a Mart es que está cansado. Tiene muy próximo un examen de Historia; además le preocupa la clase de periodismo que sigue este semestre, y anoche vino tarde.

Trixie se quedó sorprendida.

—¿Tarde? ¿Y adonde fue?

Brian se encogió de hombros.

—No se lo pregunté. Tal vez fue a ver a Di, o quizás estudió con Jim.

Trixie permaneció callada, pensando en lo que le había dicho Brian. También ella había estado reflexionando sobre la conducta de Mart los días pasados.

Frunció el ceño al recordar cuán distraído se mostraba últimamente. Se le olvidaba transmitir el más sencillo de los recados. Con frecuencia parecía absorto en sus pensamientos. Y lo más extraño de todo era que había perdido su monumental apetito.

Esto era lo que más preocupaba a Trixie. Hasta entonces Mart jamás había perdido su apetito por nada. Siempre tenía hambre, siempre excepto los últimos días.

—¿Sabes lo que pasa, Brian? —dijo por fin Trixie. Contemplaba abstraída el familiar paisaje que desfilaba ante ella—. Creo que a Mart le obsesiona algo. Le preocupa extraordinariamente alguna cosa. Está muy raro, Brian. ¡Y ni siquiera se burla de mí!

Brian sonrió y condujo diestramente su cacharro por el camino lateral de los Belden.

—Si echas de menos sus burlas… —bromeó.

De repente Trixie agarró de nuevo su brazo.

—¡Ahí están! —gritó, señalando la reluciente ranchera estacionada frente a la puerta principal—. ¡Ahí están los Bob-Whites! ¡Rápido! ¡Aprisa!

—¡No grites! —exclamó Brian, frenando—. ¡Y suéltame!

Pero su hermana ya había abandonado el coche y corría a reunirse con sus amigos, que les sonreían y saludaban asomando las manos por las ventanillas del enorme vehículo.

Siempre que veía la ranchera, Trixie se ponía orgullosa. Ella era propietaria de, exactamente, una séptima parte del coche. Cuando el señor Wheeler se compró un nuevo coche, regaló la ranchera a Trixie y a sus amigos. Ahora, en una de las portezuelas se leía en letras rojas bien trazadas «BOB-WHITES DE GLEN». Los Bob-Whites se sentían casi tan satisfechos de su coche como de su club.

Pero aquella mañana Trixie apenas lo miró mientras devolvía el saludo a sus cuatro ocupantes.

El conductor, Jim Frayne, asomó su cabeza pelirroja por la ventanilla.

—Eh, ¿en dónde estabas? —preguntó sonriéndole—. Creíamos que te habías perdido. Llevamos horas esperando.

Honey Wheeler, sentada a su lado, se echó a reír y balanceó hacia atrás sus largos y dorados cabellos.

—No le hagas caso, Trix —dijo; chispeaban sus enormes ojos color avellana—. Acabamos de llegar. Jim sólo ha tocado un par de veces el claxon. ¿Estás preparada?

Los de detrás, Di y Dan, se inclinaron hacia ella.

—Sí, date prisa, Trixie —apremió Di—. Tenemos una sorpresa para ti y estamos impacientes por mostrártela.

—Y no sólo eso —añadió Dan Mangan, sonriendo—. Hemos recorrido varios kilómetros esta mañana antes de llegar hasta allí.

—Y ni siquiera lo hemos abierto —terció Jim—. Te hemos reservado ese honor, Trix.

Trixie los miró, extrañada. Hablaban todos tan deprisa que no tuvo oportunidad de preguntar si habían visto al perro. Por lo demás, no tenía ni la más ligera idea de lo que estaban diciendo.

Era evidente, sin embargo, que se hallaban contentos por algo. La observaban expectantes como si esperasen que empezara a gritar de júbilo.

—La única sorpresa que Trixie necesita en este momento —anunció Brian, aproximándose al coche— es que alguien encuentre a Reddy. Ha desaparecido y la señorita Preocupaciones piensa que le ha sucedido algo.

Honey pareció interesarse al punto por la cuestión.

—Te ayudaré a buscarlo, Trix —se ofreció inmediatamente.

Jim frunció el ceño.

—Qué extraño —comentó—. Tampoco yo pude encontrar esta mañana a Patch.

Di se rió entre dientes.

—Esos dos perros están en mi casa.

Trixie apenas podía dar crédito a lo que oía. La miró boquiabierta y fue incapaz de pronunciar una sola palabra.

Parecía como si Di supiera que verdaderamente había dado un alegrón a su amiga con aquella noticia. Tornó a reírse entre dientes al ver la expresión de desconcierto dibujada en la cara de Trixie.

Ésta recuperó al fin la voz:

—¿Es ésa la sorpresa? —preguntó, recobrándose de su pasmo.

—No —repuso Di. Y sus largos cabellos, negros y brillantes, se agitaron alrededor de su precioso rostro—. No, Trix, no es ésa la sorpresa. Ni siquiera sabíamos que se te había perdido el perro.

—Pero yo… quiero decir… yo… quiero decir, ¡oh, Di! ¿Estás segura de que Reddy se encuentra en tu casa? —Trixie sentía tanta felicidad que era incapaz de articular coherentemente una frase.

Brian se rió.

—Trata de decirte que pensaba meter la nariz en otro misterio —dijo—. Veamos, podríamos haberlo llamado el secreto del setter irlandés…

—… y del juguetón cachorro spaniel de Jim —concluyó Honey, sonriendo.

A Trixie no le importaba que estuviesen burlándose de ella. El apretado nudo que oprimía su estómago había desaparecido como por arte de magia.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó Brian.

Los ojos de Trixie chispearon.

—¡Pues claro que sí!

Así que después de todo Reddy no corría peligro. Solamente jugaba con Patch, el cachorro de Jim, en la enorme finca de los Lynch, situada en la colina más alta, junto al río. Es cierto que Trixie no lo había buscado en las tierras de los Lynch. No había tenido tiempo.

No pudo evitar preguntarse lo que diría Mart cuando supiera la noticia. Probablemente comentaría: «Ya te lo dije». Y no es que fuera a preocuparse por eso. ¡Bastantes preocupaciones había tenido en un solo día!

Súbitamente el mundo entero le pareció más luminoso. Fue consciente de los suaves sonidos circundantes. Era casi como si hasta aquel momento hubiese estado sorda.

Escuchó el ronroneo del potente motor del coche. Escuchó cantar a los pájaros y estremecerse las hojas cuando la fría brisa lamía los viejos manzanos silvestres. Con toda seguridad sería un día magnífico. Los Bob-Whites no tendrían que organizar la búsqueda, y después de todo podrían ayudar a arreglar la vieja escuela de la población.

—Qué bien que me he equivocado —dijo alegremente Trixie a Brian.

—Pues, la verdad, yo también me alegro, Trix —contestó—. Deseo tanto como tú no perder a ese bandido.

Honey se inclinó sobre su hermano y se volvió hacia Trixie.

—Parece que estabas muy preocupada por Reddy —dijo.

—Claro —asintió Trixie—. Mira, anoche se comportó de una manera muy extraña.

—¿Fue como si hubiese oído a alguien, o algo, que le llamara? —preguntó de repente Jim.

Trixie se sobresaltó.

—Así fue, exactamente. Pero ¿cómo lo sabes, Jim?

Jim observó sus pecosas manos apoyadas en el volante.

—Porque así se comportó también anoche Patch. Pero entonces no le di importancia.

De pronto, retornaron en tropel los temores de Trixie. ¿Quién o qué había atraído la atención de los perros? ¿Algún intruso? ¿Qué?

Agitación en la escuela • 3

POCO DESPUÉS, Trixie se dio cuenta de que Brian sentía la misma preocupación.

—Escucha, Trix —le dijo—. Quizás te equivocaste en cuanto a la desaparición de Reddy, pero parece que tenías razón cuando pensaste que había descubierto algo anoche. Supongo que será mejor echar un vistazo por los alrededores ahora mismo.

—Yo os ayudaré —se ofreció Jim—. A mí tampoco me gusta nada lo que ha pasado.

—Vamos todos —sugirió Dan.

—Sí, adelante —aceptó Honey, saliendo del coche.

—Y dejaremos la sorpresa de Trixie para cuando volvamos —añadió Di, cuyos ojos violetas brillaban.

Pero Trixie ya no pensaba en sorpresas. Había echado a correr hacia la esquina de la casa en donde vio por última vez a su setter irlandés.

Cuando Honey la alcanzó, Trixie se hallaba junto a una mesa, observando la ladera de la colina próxima a la mansión de los Lynch.

—¿Encontraste algo? —preguntó Honey.

Trixie meneó la cabeza.

—No, todavía, no, Honey —respondió.

Aún seguía intrigada quince minutos más tarde, cuando los seis Bob-Whites se reunieron en el acogedor cuarto de estar de la vieja granja.

—No hay pistas —anunció Trixie.

—Tampoco nosotros encontramos gran cosa —confesó Brian.

—Sólo una vieja caja de cartón —añadió Jim—. Y eso no nos explica nada. Estaba en la cuneta. Supongo que se caería de algún camión. La retiraré después.

Los Bob-Whites se miraron.

—En cualquier caso —comentó Brian—, voy a asegurarme de que la granja queda bien cerrada mientras estamos fuera.

—¿Incluyendo los pollos? —preguntó Di, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

Trixie frunció el ceño.

—¿Los pollos?

—Di quiere decir que Mart se dejó abierta la puerta y se escaparon las gallinas —explicó Jim.

—Ya casi las tiene arrinconadas —dijo Dan—, pero supongo que le llevará su tiempo devolverlas al gallinero. Brian, ¿quieres que te ayude a cerrar?

Brian suspiró.

—No, gracias. Será mejor que le eches una mano a Mart. No entiendo cómo pudo ser tan estúpido de dejar escapar a las gallinas.

—¿Lo ves, Brian? —dijo lentamente Trixie—. Mart está tan preocupado que no presta atención a nada.

Brian se dirigió a la puerta principal.

—¿Por qué no os vais a la escuela? Mart y yo iremos tan pronto como podamos.

—¿No quieres ver la sorpresa de Trixie? —le preguntó Di a sus espaldas.

Brian se detuvo, luego resopló y se pasó la mano por el pelo.

—No me hables de sorpresas —dijo—. Ya he tenido esta mañana suficientes sorpresas.

Nadie dijo nada hasta que Jim maniobró la ranchera para que saliera del camino vecinal; después enfiló en dirección a la escuela.

Entonces Honey preguntó en voz baja a Trixie, que estaba a su lado:

—¿Le sucede algo a Mart? ¿Qué le preocupa?

—No lo sé —susurró Trixie—. Pero puedes estar segura de algo, Honey. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano por averiguarlo, ¡y pronto!

Mientras el coche avanzaba en silencio hacia la ciudad, Trixie contó a los demás Bob-Whites todo lo relativo a su desafortunada búsqueda de Reddy aquella mañana. Cuando concluyó su relato, Di exclamó de repente:

—Oh, Trixie, por favor, deja de hablar de animales desaparecidos. En vez de eso vamos a hablar de tu sorpresa. No

puedo aguantar más tiempo.

Trixie se volvió y sonrió a su amiga.

—Lo siento, Di —se disculpó—. Con lo del perro me olvidé de eso. ¿En qué consiste la sorpresa?

Di se inclinó y tomó algo del suelo. La larga cortina de su negro pelo cayó hacia delante. Luego se balanceó hacia atrás cuando la muchacha ocultó algo a su espalda.

—Aquí está —dijo—. Y le entregó un pequeño periódico perfectamente enrollado.

Las mejillas de Trixie se encendieron de alegría al tomarlo.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿En dónde conseguiste encontrarlo? Jamás habría creído que fuera tan difícil hacerse con un número de un estúpido periódico escolar. Pero se agotaron cuando quise comprar uno ayer. Y hasta Mart se olvidó de llevar uno a casa. Sin duda el Campus Clarion es muy popular. ¿Aparece aquí el artículo que escribió Mart en su actividad de periodismo? ¿Lo has leído? ¿Es bueno? ¿De cuál de nuestros misterios escribió?

Sus amigos se echaron a reír cuando por fin Trixie se quedó sin aliento. Pero sabía que se sentían tan satisfechos como ella.

Todos estaban enterados de que Mart se apuntó a un semestre de periodismo. También habían notado que se mostraba extrañamente reservado sobre su nueva experiencia como redactor-alumno del periódico de la escuela. Pero les confesó que había trabajado de firme en un artículo para el número de aquella semana.

—Esperad a leerlo —dijo a los Bob-Whites la semana anterior—. Hablo de todos nosotros. Ya veréis.

Trixie frunció el ceño.

—No estoy segura de que sea una buena idea —le advirtió—. No queremos que nadie se entere de las actividades de los Bob-Whites. ¿Sobre qué estás escribiendo? ¿Sobre uno de nuestros misterios?

—Aguarda y lo verás —replicó misteriosamente Mart.

La voz de Honey interrumpió los pensamientos de Trixie.

—Le pedimos prestado el periódico a una chica de la clase de Di —explicó—. Lo primero que hicimos esta mañana fue telefonear a medio mundo. Tuvimos suerte al encontrar un ejemplar.

—Sí —dijo Dan—. Sabíamos lo desilusionada que te quedaste cuando se agotaron.

—Hemos recorrido kilómetros para conseguirlo —dijo Honey.

Trixie sonrió.

—Así que por eso Jim y tú no estabais en casa esta mañana.

—Claro —asintió sonriendo—. Y no sabemos sobre qué misterio escribió Mart porque no lo hemos leído.

—Pensamos que te gustaría ser la primera —dijo Di—. Por favor, ábrelo, Trix. Me muero de curiosidad. Quizás han publicado el artículo de Mart en la primera página. ¿No sería magnífico?

Se produjo un silencio expectante cuando Trixie desplegó lentamente el periódico. Honey se inclinó sobre ella y Di y Dan se apiñaron para mirar por encima del hombro.

Bastó un vistazo para advertir que el artículo de Mart no estaba en la primera página, ni en la segunda, ni en la tercera. Lentamente al principio y después cada vez más deprisa, Trixie pasó a la cuarta, a la quinta y a la sexta (y última) página.

Cuando concluyó, Honey y ella se miraron decepcionadas. Ni rastro del artículo de Mart.

—Bueno —preguntó Jim—, ¿por qué ese silencio? ¿De qué misterio escribió Mart?

—Seguimos sin saberlo —respondió lentamente Trixie—. No lo han publicado.

Honey oprimió su brazo.

—No importa, Trix —dijo, mientras su hermano dirigía el coche hacia el aparcamiento de la escuela—. Tal vez no tenían espacio disponible esta semana.

—Y quizás —observó de repente Di— sea eso lo que tiene preocupado a Mart. Seguramente estará tan desilusionado como nosotros.

Acababan de bajar de la ranchera cuando apareció el modesto vehículo de Brian. Realizó un viraje en el aparcamiento y se detuvo junto a ellos.

—Chico, qué rápido —dijo Dan, admirado—. ¿Capturasteis a todas las gallinas?

—Claro —repuso Mart con el ceño fruncido—. Ya había encerrado a todas cuando vino Brian a ayudarme. Deberíais habernos esperado. Ya se lo he dicho a Brian.

Brian sonrió.

—Me ha dado toda una conferencia sobre el tema —echó una rápida mirada al periódico que tenía Trixie en la mano—. Eh, ¿era

ésa la sorpresa? ¿Está ahí tu artículo, Mart?

—No —contestó apresuradamente—, el profesor de periodismo lo rechazó de plano.

—Al menos podías habérnoslo dicho, Mart —le reprochó Trixie.

—¡Para que pusierais el grito en el cielo! —exclamó—. ¿Cómo iba yo a suponer que montaríais tanto alboroto por una simple actividad escolar? Os repito que no tiene la menor importancia. Sencillamente, al señor Zimmerman no le gustó. ¡Eso es todo! ¡Y olvidaos de que lo mencioné!

Prudentemente, Jim trató de cambiar de conversación. Señaló a los coches que los rodeaban.

—Parece que esta mañana han venido muchos alumnos —comentó.

Dan sonrió.

—Tal vez —dijo señalando a Trixie— no hubieras tenido que presentarte voluntaria en nombre de todos.

Trixie no respondió hasta que los Bob-Whites llegaron al patio del comedor.

—Puede que haya numerosos voluntarios —observó—, pero nadie parece derrochar energías.

Y señaló los cubos repletos de desperdicios.

—Me pregunto por qué no los han vaciado… Es curioso, por aquí no hay nadie.

Sorprendidos, los Bob-Whites miraron en torno. El día anterior muchos alumnos habían aprovechado la temperatura anormalmente cálida para comer al aire libre y por eso el patio aparecía lleno de desperdicios. Pero ahora estaba desierto; seguramente nadie estaba interesado en limpiar aquel sitio.

De repente Honey agarró a Trixie del brazo:

—Creo que pasa algo frente a la oficina de la administración —dijo.

—Tienes razón —añadió Jim, echando a correr—. ¡Vamos, chicos! Seguramente en la oficina regalan buñuelos o algo por el estilo.

Pero cuando los Bob-Whites doblaron la esquina descubrieron que Jim no podía estar más equivocado.

Una multitud de estudiantes curiosos se había congregado frente a la oficina de la escuela. Ante la puerta, su director, el señor

Stratton, parecía enfrascado en una conversación con dos profesores, que de repente se volvieron y se alejaron a toda prisa.

—¿Qué sucede? —preguntó Honey—. ¿Qué está pasando?

Trixie contempló una ventana rota que contrastaba con la penumbra del interior de la escuela.

—Quizá alguien lanzó una pelota de béisbol… —empezó a decir.

Pero Brian no estaba de acuerdo.

—Se trata de algo más grave, Trixie —dijo, señalando a otro punto—. ¡Mira eso!

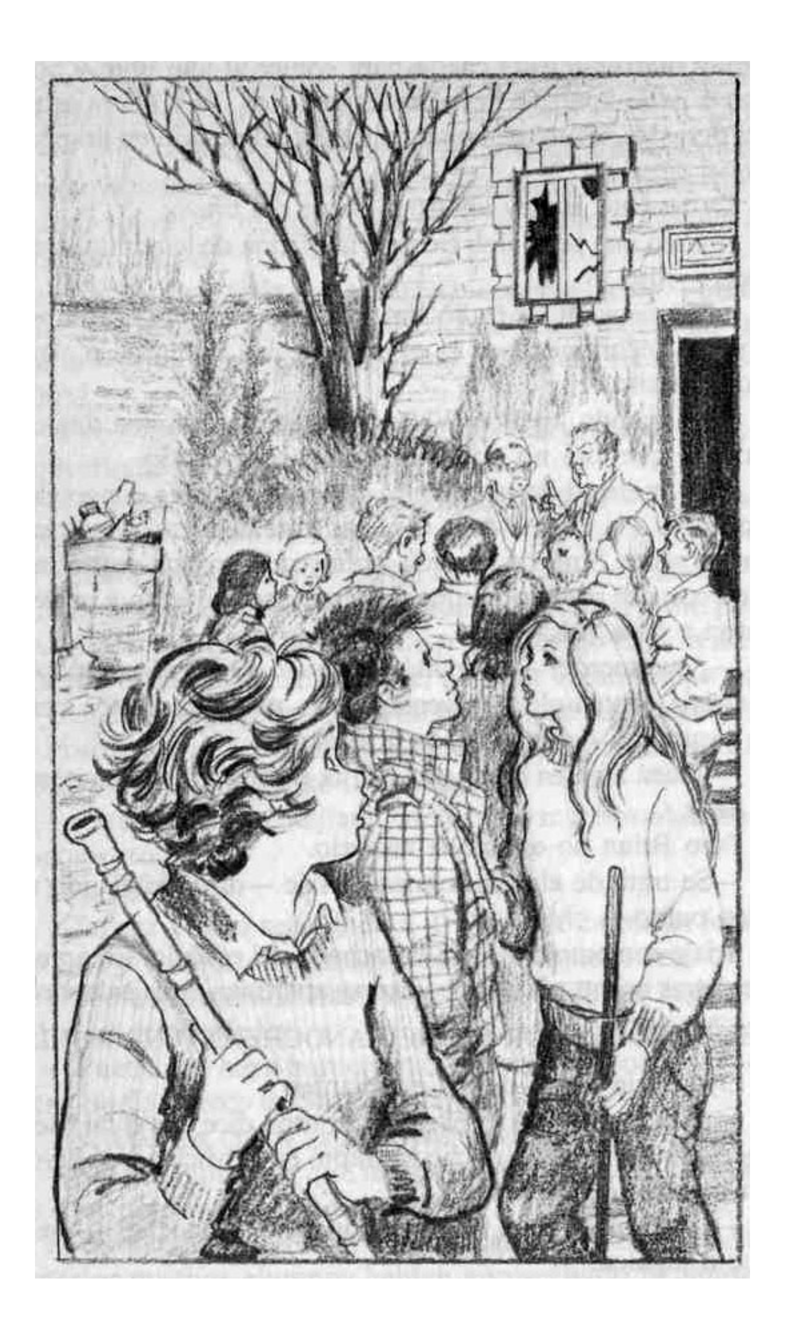
Trixie contempló atónita la fachada del edificio. En grandes letras negras pintadas con spray aparecían estas palabras:

¡EL MERODEADOR DE MEDIANOCHE ESTUVO AQUÍ!

Oyó decir a uno de los estudiantes:

—¡Y eso no es todo! ¡El señor Stratton dice que el tal Merodeador de la Medianoche irrumpió en la oficina y se llevó un montón de dinero!

—¿Pero quién es el Merodeador de Medianoche? —preguntó alguien.



Un repentino movimiento junto a ella indujo a Trixie a volver rápidamente la cabeza justo a tiempo para ver a Mart atenazado, como si fuera de hielo, ante la pintada. Observaba las negras letras. Su rostro, incluidos los labios, palideció.

Mart, en apuros • 4

ANTES DE QUE TRIXIE tuviera tiempo de preguntar a Mart qué le sucedía, el señor Stratton se dirigió a la multitud y alzó una mano para imponer silencio.

—Alumnos —empezó a decir—. Sé que estáis tan horrorizados como yo por lo sucedido.

Surgió un murmullo de asentimiento entre los oyentes.

—Ya veis —prosiguió el señor Stratton—, un vándalo ha irrumpido en la escuela.

Apretó los labios.

—Son considerables los daños causados en mi despacho, y de mi mesa ha desaparecido una pequeña suma de dinero.

—¿Cuánto, señor Stratton? —preguntó uno de los estudiantes.

El director suspiró.

—Por lo que he podido recordar —dijo—, no había mucho. Creemos que robó sólo unos diez dólares.

Dan se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, lleno de ira.

—No me importa si fueron diez dólares o diez mil —comentó por lo bajo con Trixie—. La escuela debería llamar a la policía ahora mismo.

—Estoy segura de que ya la habrán llamado —respondió Trixie en el mismo tono—. Me apuesto algo a que llamaron en cuanto lo descubrieron. ¿Pero quién puede haber hecho una cosa así?

Prosiguió el señor Stratton como si la hubiera oído.

—Aún no hemos descubierto quién es el responsable —dijo irritado—, pero podéis estar seguros de que habrá una amplia investigación. Naturalmente, ya hemos llamado a la policía…

—Lo sabía —observó Trixie, asintiendo con la cabeza para manifestar su aprobación.

—Pero mientras tanto —continuó el señor Stratton—, si alguien

puede arrojar alguna luz sobre lo sucedido, yo estaré en mi despacho.

Ante la sorpresa de Trixie, Mart, muy despacio, se apartó de su lado. Dio un paso hacia adelante e hizo ademán de levantar la mano como si quisiera decir algo. Luego la bajó y permaneció callado.

Trixie frunció el ceño, sorprendida.

El señor Stratton titubeó y dio media vuelta, pero luego se volvió de nuevo hacia los alumnos.

—Quiero daros las gracias a todos por haber venido esta mañana —añadió—. Por favor, manteneos alejados de esta zona. La policía querrá examinarla. Pero vuestra ayuda resultará muy apreciada si queréis proseguir los trabajos de limpieza en el resto de la escuela.

Los estudiantes contemplaron en silencio cómo se cerraba tras él la puerta del edificio. Luego abandonaron el lugar, hablando en voz baja.

—Menudo lío —dijo Brian—. Qué cosa tan vergonzosa.

—Ya que estamos aquí —dijo Jim—, ¿qué tal si nos pusiéramos a trabajar?

Honey suspiró.

—Tienes razón, Jim. ¿Os parece que empecemos por el patio?

Mart contemplaba meditabundo a un grupo de compañeros que, con escobones y rastrillos, empezaban a limpiar el césped próximo a la parada del autobús escolar.

—Oídme —dijo—. ¿Podéis arreglaros sin mí durante unos minutos? Necesito hablar con alguien.

Sin aguardar respuesta, Mart se alejó a toda prisa.

Poco después, Trixie vio que conversaba acaloradamente con un chico alto y moreno a quien no parecía agradarle lo que le decía Mart. Trixie observó que el otro torcía el gesto y meneaba la cabeza.

—¿Qué pasa? —le preguntó Di al oído.

—Estaba preguntándome lo mismo —repuso lentamente Trixie, sin dejar de mirar a los dos chicos.

—Se llama Lester Mundy —añadió Dan—. Creo que va a la misma clase de matemáticas que Mart.

Trixie lo observó.

—Me parece que no te resulta muy simpático.

—Es el payaso de la clase —explicó Brian—. Un conocido

bromista.

—¿Como Ben Riker? —preguntó Trixie, aunque enseguida se arrepintió de haber hablado.

Miró a Honey para ver si la había oído. Y así era. Honey se echó a reír y apretó el brazo de Trixie.

—No hay nadie tan bromista como Ben Riker, Trix —dijo—, aunque a veces me parece que Lester no se queda atrás.

Trixie suspiró al recordar al primo de Honey. Nunca le resultaron divertidas las bromas de Ben Riker. Ben hacía cosas estúpidas como verter azúcar en los saleros y sal en los azucareros.

Una vez, durante una de las primeras aventuras de los Bob-Whites, Trixie hizo como que le gustaba mucho Ben, aunque todos sabían que su preferido era Jim.

Al pensar en aquello, Trixie notó que aumentaba el calor de sus mejillas.

—Si las bromas de Lester son como las de Ben —dijo atropelladamente— más vale que Mart sepa lo que está haciendo.

Jim sonrió mientras se dirigían al almacén.

—Cierto. De otro modo, es probable que se encuentre una rana en su taquilla…

—O arañas en las zapatillas de deporte —añadió Brian, al tiempo que abría la puerta y dejaba pasar a sus amigos.

Di se quedó horrorizada y observó las oscuras alacenas de la habitación. Si había algo que no podía resistir eran las arañas. Los Bob-Whites recordaban muy bien la vez que la asustaron con una.

—Vosotros… vosotros no creéis que Lester trate de hacernos nada de eso, ¿verdad? —dijo por fin Di con voz temblorosa.

—Tendremos cuidado —repuso Brian, y le entregó una escoba.

Di la examinó cuidadosamente antes de tomarla en sus manos. Trixie advirtió que se sentía aprensiva.

—Es posible que Lester haga tonterías para tratar de llamar la atención —dijo Honey, queriendo disculparlo—. Quizás se siente solo.

Dan añadió:

—Si es así —dijo, al tiempo que entregaba a cada uno de sus amigos una enorme bolsa de plástico— está cometiendo un terrible error.

—Tal vez —replicó Honey—. Pero…, oh, ¿no lo entendéis?

Nosotros, los Bob-Whites, nunca estamos solos. Cada uno tiene a los demás. Sin embargo, algunos chicos de esta escuela parecen vivir marginados. Es como si nadie supiese siquiera si se hallan vivos. Pensad en Ruthie Kettner, por ejemplo.

Di arrugó el entrecejo.

—¿Quién es Ruthie Kettner?

Honey abrió de par en par la puerta del almacén para que los Bob-Whites pudieran observar perfectamente la entrada principal de la escuela.

Una chica de complexión robusta y cabellos rubios estaba de pie en la escalinata.

—Ésa es Ruthie Kettner —dijo Honey.

Trixie se percató de que Ruthie miraba hacia el equipo de limpieza que trabajaba junto a la parada del autobús, y hacia Mart y Lester, que seguían enfrascados en su conversación. Aparentemente, Ruthie estaba tan interesada como la propia Trixie en lo que decía Mart.

—Jamás he visto a Ruthie hablar con nadie —dijo Honey pensativa—. Creo que la pobre chica es muy tímida.

Los grandes ojos color avellana de Honey se ensombrecieron. Inclinó la cabeza de tal modo que su pelo rubio, que le llegaba hasta los hombros, le tapó la cara. Trixie supuso que su amiga recordaba la época anterior a su llegada a Sleepyside, cuando la habían enviado interna lejos de su casa y se había sentido tan sola.

—Te diré lo que haremos —dijo Trixie—. Preguntaremos a Ruthie si quiere ayudarnos esta mañana, ¿qué te parece?

Honey alzó la cabeza y sonrió.

—Magnífico.

Dan también sonrió.

—No os preocupéis. Iré y se lo preguntaré. No olvidéis que antes de unirme a los Bob-Whites yo también sabía lo que significa sentirse un despojo en cualquier parte.

Pero antes de que Dan pudiera moverse, Trixie vio que de repente Mart abandonaba a Lester y echaba a correr por el césped.

—¡Ruthie! —gritaba—. Eh, Ruthie, ¿dispones de un minuto? Quiero hablar contigo.

Los Bob-Whites observaron que la cara de Ruthie se ponía como la grana. Había empezado a dar la vuelta como si fuera a alejarse a

toda prisa. Luego pareció cambiar de idea y optó por dar un paso hacia él.

Poco después los dos caminaban hacia un banco, a la sombra de un alto arce. La cabeza de Mart se inclinaba hacia la de ella.

Los ojos de Trixie se abrieron desmesuradamente.

—¡Caramba! —exclamó—. Mart ha adivinado nuestras intenciones.

—O quizás —comentó Honey, riendo entre dientes— Ruthie ha leído el consejo que publicó el periódico de la escuela para los que se sienten solos. La pasada semana la señorita Corazón Solitario dijo que para tener una amistad hay que saber ser amigo.

—No es muy original —observó Jim mientras encabezaba el grupo, camino del patio—, pero es muy cierto.

Sonrió a Trixie mirándola por encima del hombro y todos se echaron a reír. Sabían que desde la primera aventura que compartieron, según Jim, Trixie no podía hacer nada que estuviera mal.

—Es sorprendente la popularidad que ha alcanzado la columna de la señorita Corazón Solitario —dijo Brian—. Desde que empezó a publicarse hace varias semanas en el periódico de la escuela, no se habla de otra cosa.

—Y se agotan todos los ejemplares —añadió Trixie, recordando que el día anterior no había podido conseguir uno.

Se detuvo con la mirada fija en un rebosante cubo de basura.

—¿Sabe alguien quién es la profesora que escribe la columna? —preguntó Honey.

—Me parece que es una de las asesoras de pedagogía —afirmó Di—. Pero me pregunto quién será.

—Quizás Mart lo sepa —apuntó Dan.

Trixie meneó la cabeza.

—No creo. Me dijo una vez que el único que lo sabe es el señor Zimmerman, el profesor de periodismo, y ése no ha dicho una palabra sobre el asunto.

—Me gustaría saber por qué —observó Dan.

Honey lanzó una risita.

—Probablemente la señorita Corazón Solitario teme verse asediada todos los días por cartas y llamadas telefónicas.

—Y su clase rebosaría de chicos difíciles que querrían pedirle

consejo —comentó Trixie.

—Yo sé lo que preguntaría a la señorita Corazón Solitario —dijo de repente Brian.

Honey se ruborizó.

—¿Tienes problemas sentimentales, Brian? —preguntó tímidamente.

Brian se echó a reír.

—No en ese sentido, Honey. Sólo le preguntaría qué puedo hacer con cierto hermano que esta mañana prometió ayudarnos a limpiar… ¿En dónde diablos se ha metido Mart?

Mart aún no había aparecido cuando, una hora después, el resto de los Bob-Whites contemplaban satisfechos los resultados de su esfuerzo.

Habían trabajado de firme. Se sentían sudorosos y cansados, pero el patio del comedor y los alrededores se hallaban bien barridos y sin restos de comida.

—Estupendo —dijo al fin Brian—. Yo creo que aquí hemos acabado. ¿Adonde vamos ahora?

Di se echó a reír y apartó de su congestionado rostro los largos cabellos.

—Voto por que descansemos un poco —sugirió.

—Yo también —añadió Honey.

Jim hizo un gesto de complacencia.

—Y yo.

Honey observó a Trixie, que parecía profundamente concentrada.



—¿Y tú, Trix? —preguntó Honey—. ¿No quieres descansar un poco?

—Lo que realmente quiero —repuso Trixie— es conocer la respuesta a tres preguntas.

Y las contó con los dedos.

—Primera: ¿qué vieron Reddy y Patch anoche? Segunda: ¿Qué profesora es la señorita Corazón Solitario?

—¿Y tercera? —preguntó Di cuando vio titubear a Trixie.

—Y tercera —prosiguió Trixie pensativa—: ¿Quién es el Merodeador de Medianoche?

—La tercera pregunta tiene fácil respuesta —dijo una voz a sus espaldas.

Trixie se volvió y se encontró cara a cara con el sonriente Lester Mundy.

—Bueno —exigió Honey—, ¿quién es el Merodeador de Medianoche?

Lester lanzó una carcajada.

—La policía le detuvo no hace aún media hora —dijo—. ¡El Merodeador de Medianoche es nada menos que Mart Belden!

Más preocupaciones • 5

TRIXIE se quedó tan conmocionada que ni siquiera pudo moverse.

—Ya veo que te ha sorprendido —dijo Lester—. Pero es verdad.

Trixie recuperó el habla.

—¡No lo es! —exclamó enérgicamente—. ¡No puede serlo! ¡No me lo creo! ¡Estás equivocado!

—O alguien está tratando de gastarnos una de sus bromas —dijo Brian, apretando los puños.

—Sí —añadió Jim—. Una broma muy pesada.

—¡Eh, calma! —gritó Lester, alarmado al contemplar el círculo de rostros airados de los Bob-Whites—. La culpa no es mía. Yo sólo vine a decíroslo; eso es todo. ¡No tenéis por qué enfadaros conmigo! Enfadaos con el sargento Molinson. Él fue quien le detuvo. Se llevó a Mart para interrogarle. Sencillamente, pensé que os gustaría saberlo.

Se produjo un silencio sepulcral mientras los Bob-Whites se miraban entre sí. Todos parecían aturdidos.

Para Trixie aquello era como encontrarse en medio de una pesadilla.

—¿Es cierto? —preguntó a Lester en voz baja.

Sabía cuál iba a ser su respuesta antes de que asintiera con la cabeza.

—¡Oh, Brian! —gimió Di, aferrándose al brazo de éste—. ¿Qué vamos a hacer?

Trixie tragó saliva.

—Tranquilos —dijo—. Aquí está el coche de Brian; él y yo iremos a ver qué pasa. Los demás podéis marcharos a casa…

Pero los Bob-Whites se negaron.

—No, iremos contigo, Trix —dijo Honey, aproximándose rápidamente a su amiga.

—Por supuesto —añadió Dan—. Tiene que tratarse de un error,

seguro.

—Iremos todos —anunció Di.

—Muy bien —dijo pausadamente Jim.

—¡Es maravilloso! —exclamó Lester, observándolos—. Uno para todos y todos para uno, aunque se trate de un bribón.

Giró sobre sus talones y echó a correr antes de que nadie pudiera reaccionar.

—¡Demonio de chico! —saltó Trixie mientras centelleaban de ira sus ojos.

—¡No le hagas caso, Trix! —replicó secamente Brian—. Ahora tenemos cosas más importantes en que pensar.

—¡Por suerte para Lester! —masculló Trixie.

Y mientras hablaba comprendió que le resultaba más fácil sentirse irritada con Lester que preocupada por la detención de Mart.

Ni siquiera se planteó si Mart podía ser el culpable de los vandalismos perpetrados en la escuela. Sabía, sin lugar a dudas, que él no los había cometido. El sargento Molinson también debería saberlo. Pero era obvio que algo fallaba, puesto que se había llevado a Mart como si fuese un delincuente.

De cualquier forma, su cabeza era un hervidero cuando se marchó, con Honey y Di, al aparcamiento mientras los chicos se apresuraban a recoger los útiles de limpieza.

—Brian ha ido a hablar con el señor Stratton —dijo Trixie a las dos chicas—. Quiere asegurarse de que Lester no nos estaba gastando una broma.

Pero cuando regresó Brian cinco minutos después, pudo advertirse en su cara que las noticias de Lester eran ciertas.

—Mart ha sido conducido a la ciudad para ser interrogado —se apresuró a decirles Brian—, pero van con él otros alumnos. Mart no está detenido, así que puedes tranquilizarte un poco, Trix.

—¿Pero por qué quieren interrogarle? —gimió Trixie—. Él no sabe nada.

Brian no la miró; meditaba cuidadosamente su respuesta.

—Parece que alguien lo vio anoche por la zona de la escuela —dijo por fin, titubeando.

—Imposible —repuso Trixie—; Mart había ido a ver a Di.

Di la miró sorprendida.

—¿A mi casa?

—¿Cómo, no fue? —preguntó Trixie asustada.

—No —replicó Di—. Y yo no me moví de casa.

—Entonces estaría con Jim… —Trixie se quedó de piedra cuando Jim meneó la cabeza.

—Tampoco estuvo conmigo —dijo incómodo.

—¿Adonde fue entonces? —preguntó Trixie.

—Vamos, Trix —le apremió Honey, abriendo una puerta trasera —. Sube y vámonos. Ya lo averiguaremos más tarde.

Al final, Trixie decidió ir en el coche de su hermano mientras los seguía la ranchera de los Bob-Whites.

Cuando Brian se detuvo ante la comisaría de policía dijo:

—Hay algo que no te he dicho. La escuela no fue el único lugar en donde se registraron anoche robos y destrozos. También los hubo en el Wimpy.

Trixie lo miró atónita mientras evocaba la imagen de uno de sus lugares favoritos para comer, la cafetería que parecía un coche restaurante.

—Quienquiera que fuese —siguió diciendo Brian— lo hizo también anoche. Se llevó de la caja unos cien dólares y, sorpréndete, una pila de hamburguesas crudas del congelador.

—¿Hamburguesas crudas? —dijo Trixie, desconcertada, como un eco de las palabras de su hermano.

Brian asintió.

—Y hay algo que resulta realmente curioso. El Merodeador de Medianoche escribió cartas a la escuela y al Wimpy. Por alguna razón, Correos no las entregó hasta hoy. Pero fíjate, Trixie: las cartas del Merodeador eran avisos. ¡Les decía de antemano lo que pensaba hacer!

Cuando Trixie y sus amigos entraron en la comisaría, ella continuaba perpleja, pensando en aquellos extraños acontecimientos.

Vieron inmediatamente a Mart. Parecía muy abatido, sentado en un banco junto a la pared del fondo. Junto a él se hallaban tres chicos más, desconocidos para Trixie.

Mart se puso en pie tan pronto como vio a los Bob-Whites.

—No teníais que haber venido —les dijo, al tiempo que iba hacia ellos—. Aquí no podéis hacer nada. ¿No os dio Ruthie mi

recado?

—No hemos sabido de Ruthie desde que te vimos con ella —dijo Trixie—. Oh, Mart, ¿te encuentras bien? ¿Qué significa esto?

Antes de que él pudiera responder, se abrió una puerta en el otro extremo de la sala y el sargento Molinson hizo señas a Mart para que entrara.

Mart titubeó, luego dio media vuelta y fue hacia allí.

—Os lo explicaré más tarde —dijo por encima del hombro—. No os vayáis. Terminaré en un minuto.

Trixie no se sintió en absoluto tranquilizada cuando un segundo más tarde se cerró ruidosamente la puerta del despacho del sargento Molinson. De alguna manera aquel solemne portazo le pareció algo definitivo, como si anunciara que nunca volverían a ver a Mart.

—Tendríamos que llamar a papá y a mamá —dijo Trixie, a punto de echarse a llorar—. Si Mart está en apuros, ellos deben saberlo.

Era obvio que Brian ya lo había pensado, porque respondió al punto:

—Aguardaremos un rato, Trix. Tal vez Mart tenga razón y termine pronto.

Transcurrieron treinta interminables minutos antes de que volviera a abrirse la puerta y saliera Mart, que se apresuró a reunirse con ellos. Le seguía la pesada figura del sargento Molinson.

—Vaya —dijo el sargento Molinson cuando vio a Trixie—. Debí suponer que estaría aquí la señorita detective Belden.

—¿Por qué quería usted interrogar a mi hermano? —le preguntó enojada Trixie—. Si no sabe nada de lo que pasó en la escuela ni tampoco de lo sucedido en el Wimpy.

—Así que conoces lo del Wimpy —dijo el sargento Molinson, mirándola pensativo.

—Sólo lo que yo le he dicho —intervino Brian—, y yo únicamente sé lo que me dijo el director de la escuela.

Dan frunció el ceño.

—Nosotros no hemos oído nada —dijo—, y no entendemos nada.

—Os creo, pero puede que algún jovenzuelo esté tras todo eso —replicó el sargento Molinson, mirando con dureza a Mart—. Aún no

tenemos pruebas para detener a nadie, pero las conseguiremos. Podéis estar seguros.

Por segunda vez aquella mañana, Trixie pensó que su hermano casi gemelo iba a brindarles algún tipo de información. Pero no imaginaba de qué podía tratarse.

Sin embargo, de pronto se vio que Mart había cambiado de parecer, porque sólo dijo:

—¿Todo en orden? ¿Puedo irme?

—Puedes irte por ahora —contestó el sargento Molinson, volviéndose—, pero no vayas muy lejos. Más tarde tendré que hacerte más preguntas.

Los Bob-Whites callaron hasta que salieron de allí.

Luego Trixie estalló:

—Venga, Mart. Desembucha. ¿Qué está pasando? ¿Qué te preocupa? ¿Cómo es posible que el sargento Molinson sospeche siquiera que eres tú el Merodeador de Medianoche? ¿Estuviste en la zona de la escuela anoche? Oh, Mart, ¿qué es lo que no le has dicho a nadie, ni siquiera a nosotros?

Mart calló durante algunos momentos. Luego alzó la cabeza y fijó la mirada en los azules ojos de su hermana, que reflejaban preocupación.

—De acuerdo, Trix —dijo al fin—. Supongo que será mejor que te lo diga. Pero te advierto que no va a gustarte. Vamos a casa y luego…

No acabó la frase. Su mirada se endureció súbitamente cuando se fijó en algo que se veía por encima del hombro izquierdo de Trixie.

Ella se volvió para ver lo que había llamado su atención.

Al principio no pudo ver nada fuera de lo corriente. Sólo el usual ajetreo de personas que iban de compras en la mañana del sábado, caminando a buen paso por la calle. Luego se fijó en que todas marchaban en la misma dirección. Sus pasos se volvieron más lentos al acercarse a los Almacenes Crimper’s, un viejo edificio de dos pisos que existía desde que Trixie era capaz de recordar.

—¿Qué sucede? —preguntó Honey, fijándose donde miraban Mart y Trixie.

Trixie le explicó:

—Todo el mundo está observando el tejado de Crimper’s.

Vamos, echaremos un vistazo.

Los Bob-Whites corrieron por la acera y se unieron a los mirones.

Trixie observó el piso superior de los almacenes. Clientes y vendedoras se agolpaban en las ventanas, tratando de otear hacia arriba. Sus agudos ojos escrutaron los aleros del tejado.

—No veo nada —dijo al fin.

—Yo tampoco —añadió Honey, acercándose más a su amiga.

Mart se entretuvo observando a la muchedumbre.

—Lo único —anunció— que hay que ver es a cierta persona gastando una de sus insoportables bromas. Es el truco más viejo del mundo.

—¿De qué truco hablas? —murmuró Di.

—Según la teoría —prosiguió Mart—, si permaneces mirando fijamente hacia un sitio cierto tiempo y con suficiente concentración, otros pensarán que hay algo que merece la pena ver. Y así se lleva a cabo la broma.

—No lo entiendo —afirmó Honey asombrada.

Mart puso una mano en su hombro y señaló hacia el tejado de Crimper's.

—Allí —dijo— es adonde se mira. Y aquí —añadió, señalando con el brazo— está el culpable.

Los Bob-Whites vieron que junto a la acera había alguien tronchándose de risa.

De repente los ojos de Trixie se abrieron como platos al reparar en su bicicleta, apoyada contra el bordillo. Sobre el soporte trasero había un spray de pintura negra.

—Y ése —dijo Mart— es, en mi opinión, el causante de todos los problemas. Ése, Trix, es el Merodeador de Medianoche.

¡Y señaló sin titubear a Lester Mundy!

En Crimper's • 6

LA AFIRMACIÓN DE MART desconcertó por completo a Trixie. No estaba muy segura de lo que esperaba que le dijera, pero desde luego no se imaginaba aquello.

Parecía evidente que tampoco lo esperaba Brian. Se volvió, ceñudo, hacia su hermano.

—¿Estás seguro, Mart, de lo que acabas de decir? —le preguntó secamente—. Se trata de una acusación muy seria.

—Y si es verdad —añadió Dan—, deberías darte la vuelta ahora mismo e ir a la comisaría de policía. Al sargento Molinson le gustaría saberlo.

—Es que no estoy seguro —replicó Mart, dejando caer su brazo —. ¿No os dais cuenta de que si lo estuviera ya se lo habría contado a alguien? La verdad es que no puedo probar nada. Como os digo, creo que es Lester. Pero también podría ser Shrimpy Davis, o Marvin Easton, o Ruthie Kettner, o…

Trixie se quedó de una pieza.

—¿Ruthie Kettner? ¡Pero eso es absurdo!

—Todo este asunto es absurdo, Trix —repuso Mart.

Observó cómo Lester, todavía riéndose, saltaba sobre su bicicleta y se alejaba a toda velocidad.

Honey parecía tan atónita como Trixie.

—Conozco a Ruthie Kettner —dijo—. Pero ¿quiénes son las otras dos personas que acabas de mencionar? ¿Y por qué estás tan preocupado?

—Vamos, Mart —le animó Jim—. Puedes decírnoslo. Te sentirás mejor. ¿Por qué te interrogó el sargento Molinson? ¿Por qué sospechaba que eras tú el autor de las fechorías? Es imposible que piense que tú eres culpable.

—Pues lo piensa —se lamentó Mart, observando el círculo de rostros preocupados—. Es más —tragó saliva para proseguir—:

Tiene razón.

Tiempo después, Trixie descubrió que podía recordar hasta el más mínimo detalle de aquella mañana.

El sol, que brillaba espléndidamente al comienzo del día, se ocultó tras las enormes nubes grises que se deslizaban raudas por el cielo.

De repente un viento frío se arremolinó en la plaza. Obligó a las personas que se hallaban frente al escaparate de Crimper's a sujetar sus sombreros y pañuelos de cabeza y a ceñirse con fuerza sus abrigos.

La multitud se iba dispersando, aunque varias personas, que se negaban a creer que no hubiera nada que ver, continuaban con sus ojos clavados en el tejado.

Fue Brian quien tomó la palabra tras la segunda y más sorprendente declaración de Mart.

—Tenemos que hablar en privado —le dijo.

—Y ahora mismo —añadió Trixie—. Vamos al Wimpy…

Pero Brian meneó la cabeza.

—El Wimpy está cerrado hoy —dijo—. El que entró allí anoche hizo un verdadero destrozo.

—Podríamos ir a casa —sugirió Di.

—O podríamos entrar aquí —dijo Honey, señalando la puerta de Crimper's.

Trixie sabía que su amiga estaba pensando en el pequeño restaurante decorado a la antigua usanza, situado en el segundo piso, muy frecuentado por personas de edad madura.

—Vámonos a casa —dijo Trixie—. Podemos preparar perritos calientes y chocolate. Mart nos lo explicará todo.

Al final fue el tiempo el que puso fin a la discusión. El cielo se oscureció y comenzó a llover, ligeramente al principio y con más fuerza enseguida.

Los Bob-Whites no dudaron. Se lanzaron a la carrera hacia los almacenes y entraron apresuradamente.

Trixie percibió al instante, atenta como siempre, que de alguna manera había penetrado en otro mundo.

Su madre le dijo una vez que Crimper's no había cambiado mucho desde que ella misma era una niña. Pesados mostradores de madera, algunos recubiertos con cristales, ofrecían alfileres y

agujas, sedas bordadas, géneros de punto, toallas y manteles, ropa interior y camisones, cosméticos, bisutería de moda, etc.

En torno a las paredes de los almacenes, revestidas de oscuros tableros, había estantes repletos de misteriosas cajas que luego no contenían otra cosa que chales o medias, guantes o pañuelos.

Era aquí, en Crimper's, donde la abuela de Trixie había husmeado entre las numerosas piezas de tejidos de vivos colores. Y aquí también, en la sección de confección, donde, según recordaba Trixie, le compraron a ella la ropa para el jardín de infancia.

Pese a su ansiedad por escuchar el relato de Mart, Trixie prefirió evitar la ancha escalera de madera que partía del fondo de los almacenes. Conducía a los departamentos de muebles y de artículos de menaje, así como al restaurante del segundo piso.

Así que encabezó al grupo hacia el recargado y ruidoso ascensor. Mart comentó una vez que jadeaba como una viuda asmática, pero a Trixie siempre le había gustado. Le fascinaban sus puertas acristaladas y los intranquilizadores traqueteos. Pensaba a menudo que los viajeros nunca estaban seguros de que el ascensor llegara a su destino.

Era obvio que Dan sentía lo mismo, porque le preguntó antes de entrar cautelosamente en el ascensor:

—¿Crees, Trix, que esto es seguro?

—A Trixie le gusta creer que no lo es —respondió Brian—. Pero no consta que se haya estropeado nunca.

Aguardó a que todos sus amigos estuvieran dentro antes de accionar la anticuada palanca para ponerlo en marcha.

Jim miró atentamente el rojo terciopelo que recubría el interior del ascensor y el pasamanos de reluciente latón.

—Chicos —dijo con admiración—. Antes sí que sabían hacer cosas duraderas. ¿No te parece, Trix?

Trixie asintió distraída. En realidad no le escuchaba. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la sorprendente manifestación de Mart de hacía tan sólo unos minutos. ¿Qué había querido decir cuando declaró que él era responsable de las acciones del Merodeador de Medianoche? ¿Qué iba a contarles?

Observó la silenciosa figura que había a su lado. Luego dio un respingo cuando descubrió que él miraba fijamente al piso inferior.

Trixie siguió la dirección de su mirada. Vio cómo golpeaba la

lluvia las grandes lunas de los escaparates. Vio clientes ante los mostradores y dependientes detrás de éstos. Vio al joven señor Crimper, que era ahora el director de los almacenes, tras haberse retirado su padre. Estaba en su despacho acristalado, junto a la entrada principal. Él también la observó ascender en el renqueante ascensor, sonrió y saludó con la mano.



Trixie alzó un brazo para devolver el saludo. Pero entonces se quedó paralizada. De repente supo qué había atraído la atención de Mart.

Ruthie Kettner se encontraba en el rincón más alejado de los almacenes, una sección reservada para artículos de artesanía. Estaba a punto de comprar algo: un enorme pincel.

—Después de todo —dijo Mart—, tal vez esté equivocado respecto a Lester Mundy. Quizás el Merodeador de Medianoche sea Ruthie.

Trixie frunció el ceño.

—Sea quien sea —respondió—, hay algo que tengo muy claro. Si es eso lo que te preocupa, será mejor que lo averigüemos…, y pronto.

Cuando el ascensor se detuvo en seco con un chirrido, Trixie fue la primera en salir. Rápidamente precedió a los demás hacia la entrada del restaurante y miró alrededor.

Aunque todavía era pronto para almorzar, muchas mesas estaban ocupadas por personas que se habían entretenido con el café de media mañana. Trixie supuso que en realidad aguardaban a que cesara la lluvia.

En una mesa cercana estaban dos mujeres morenas profundamente concentradas en su conversación, aunque la más menuda y delgada de las dos era la que hablaba más. La otra, una mujer de rasgos duros que representaba poco más de treinta años, hacía preguntas de vez en cuando, y tomaba nota de las respuestas.

Trixie la observó.

—¿Quién es? —preguntó.

Mart repuso desdeñosamente:

—Se llama Vera Parker y es una periodista del Sleepyside Sun. Ha estado husmeando toda la mañana —suspiró—. Creo que piensa escribir un artículo sobre la delincuencia juvenil. Antes oí al sargento Molinson hablar con ella.

—¿Y quién es la otra señora? —preguntó Honey—. Yo la he visto en algún sitio.

—Ésa es Margo Birch —dijo inmediatamente Di—. Una comerciante de antigüedades de Nueva York, bastante conocida. Pero parece que vive por aquí. La han entrevistado en la televisión.

—¿Y no ha aparecido su foto en portadas de revistas, anuncios y

cosas por el estilo? —interrumpió Jim.

Di asintió.

—Tal vez esa periodista proyecta realizar dos artículos —observó Dan—. Uno sobre antigüedades y el otro sobre…

—¿Delincuencia juvenil? —Margo Birch había alzado la voz de repente—. Ah, sí, yo podría decir mucho sobre este tema. Es uno de los problemas principales de nuestra sociedad —sonrió a su acompañante y prosiguió—: Claro que yo no pretendo ser una experta en tal cuestión.

La periodista se inclinó sobre la mesa y formuló una pregunta que Trixie no pudo oír.

Margo Birch se acomodó en su silla.

—Naturalmente, querida mía —dijo en voz muy alta—, pero no culpo en absoluto a los jóvenes. No, no, en absoluto. Son los padres quienes deben asumir toda la responsabilidad por las acciones de sus hijos. Oh, sí, como dice el viejo dicho, la letra con sangre entra. Y bien cierto que es.

Mart se agitó incómodo.

Entonces Trixie intuyó que había sido un error entrar allí. Mejor hubiera sido irse a casa para hablar. Allí había tranquilidad y silencio. En Crabapple Farm no se oían voces molestas de las que no se puede escapar.

—Y ahí está el caso de ese adolescente —decía entonces Margo Birch—. Todo el mundo habla de él esta mañana. ¿Qué nombre se ha dado a sí mismo? ¿El Merodeador de Medianoche?

Vera Parker parecía a punto de responder. Entonces volvió la cabeza y vio a los Bob-Whites observando desde la puerta, e inmediatamente dijo algo en voz baja a Margo Birch.

A continuación, se produjo en el restaurante uno de esos inexplicables silencios. Era como si, por alguna razón, todo el mundo hubiera enmudecido de golpe.

Por fin, Margo Birch abrió unos ojos como platos y murmuró:

—¿Uno de los sospechosos? ¿En dónde? ¿Cuál? Oh, señálelo.

En el acto, todos los presentes miraron hacia los Bob-Whites.

Trixie oyó decir a un hombre:

—¿Has oído? Uno de esos chicos es el Merodeador de Medianoche. Seguro que es el rubio con rizos; tiene una expresión que…

Mart no aguardó a oír más. Se dio la vuelta y salió a toda prisa del restaurante. Sus orejas le ardían y Trixie pudo advertir que también había enrojecido su cuello.

Mart no aguardó al destartalado ascensor. Iba por la mitad de la escalera cuando le alcanzaron los Bob-Whites.

—¡Oh! ¡Qué mujer tan horrible! —exclamó Trixie mientras sus ojos azules centelleaban de indignación—. ¡Esa Margo Birch no me gusta ni un pelo!

—Ni tampoco Vera Parker —añadió lealmente Honey, mientras corrían a la entrada principal—. Lo siento, Mart. No debería haber sugerido que entráramos en Crimper's.

—Olvídalo, Honey —respondió Mart sin volverse—. No podías adivinar lo que iba a suceder. Además, será mejor que me acostumbre a ser considerado el Enemigo Público Número Uno. Al menos de momento.

Trixie no dijo nada hasta que estuvieron en la calle. La lluvia cesó tan súbitamente como empezó, aunque el viento soplaba ahora con más fuerza que antes.

Trixie perdió la paciencia y estalló:

—¡Todo esto es completamente estúpido!

—Lo sé —dijo Mart, hundiendo sus manos en las profundidades de los bolsillos de sus vaqueros—. Por eso necesito la ayuda de todos mis amigos.

—Vamos a mi casa —sugirió Di de repente—. La cocinera preparará la comida mientras Mart nos lo cuenta todo.

Dan gruñó:

—Y esta vez nada va a impedirlo.

Habían sucedido tantas cosas que a Trixie no le hubiera sorprendido en absoluto que un nuevo desastre les impidiera oír a Mart.

Pero no sucedió nada. Media hora más tarde se colocaron frente a Mart en el suntuoso salón de Di y se dispusieron a escuchar.

Mart dirigió la mirada a uno de los grandes ventanales. Empezó su relato:

—Todo comenzó hace unas cuantas semanas, cuando inicié mi curso de periodismo.

Trixie frunció el ceño:

—No veo que eso tenga nada que ver.

Honey se llevó un dedo a los labios.

—Silencio, Trix. Déjale que hable.

—Sí —dijo Brian, asintiendo a la vez con la cabeza—. Por favor, no más interrupciones.

Mart no apartaba su mirada de la enorme extensión de césped.

—Puede decirse que «algunos nacen grandes, otros logran la grandeza y a otros se les impone». Es una cita famosa.

—No me interesa ninguna estúpida cita —comentó Trixie, olvidando que había decidido permanecer callada—. Dinos qué tiene que ver el curso de periodismo con el Merodeador de Medianoche.

—Virtualmente tiene que ver todo —dijo Mart.

Di esbozó una media sonrisa.

—Pues ahora que lo pienso esa cita me parece sacada del periódico de la escuela. La señorita Corazón Solitario siempre coloca citas como ésa.

Jim dio un respingo.

—¡Eh, tienes razón!

Trixie suspiró y olvidó de nuevo sus buenas intenciones.

—Quisiera saber quién de los asesores pedagógicos es realmente la señorita Corazón Solitario —dijo pensativa.

Mart introdujo una mano en un bolsillo de sus vaqueros y removió nerviosamente las monedas que allí encontró.

—Bueno, en medio de este lío, ésa es la pregunta más fácil de contestar.

Trixie lo miró sorprendida.

—¿Sí? Creía que no lo sabías. Por favor, dinos: ¿quién es la señorita Corazón Solitario?

Mart dejó por fin de mirar a la ventana y se volvió hacia sus amigos.

—¿No lo habéis descubierto? —preguntó decepcionado—. Yo soy la señorita Corazón Solitario.

La confesión de Mart • 7

SE PRODUJO UN SILENCIO de repente. Después, todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—¿Tú? —dijo Trixie—. ¿Que tú eres la señorita Corazón Solitario?

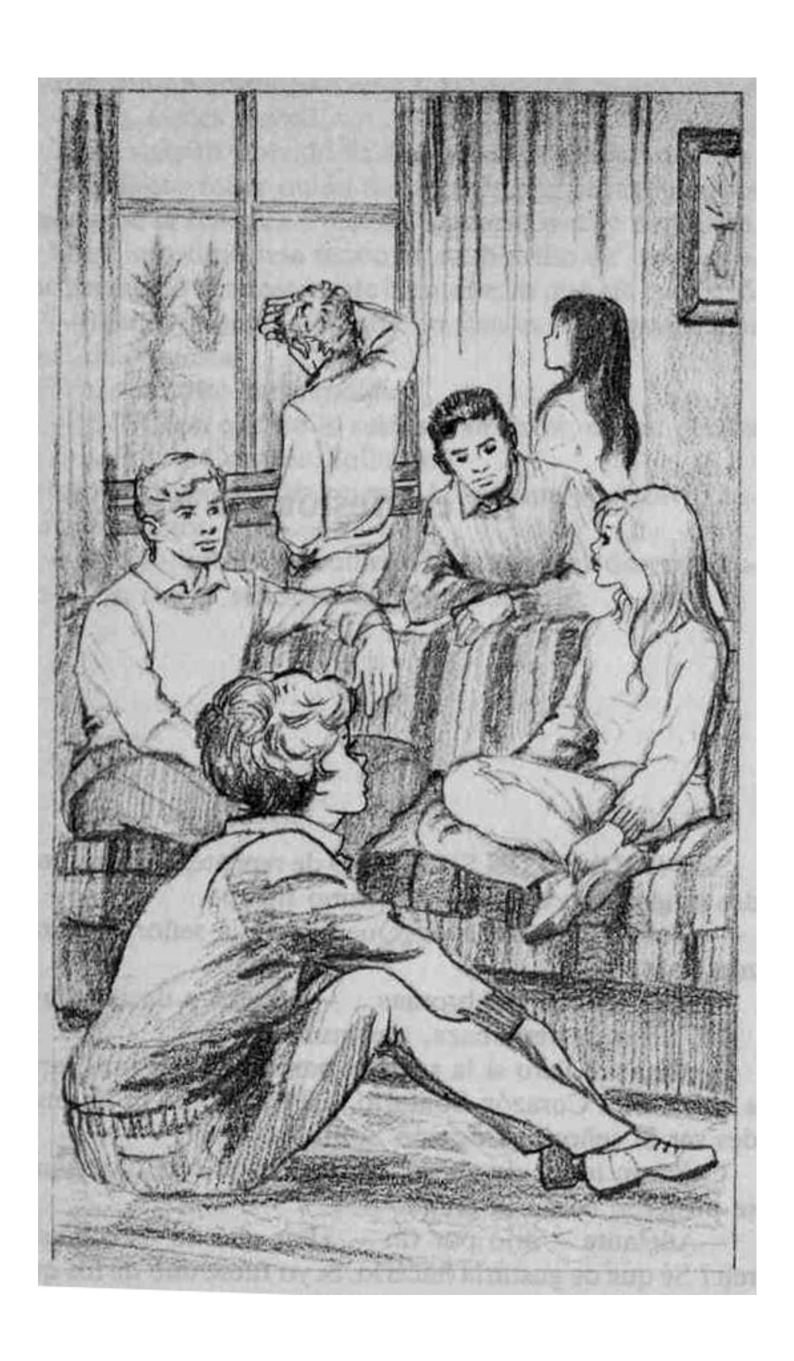
—Si es una de tus bromas… —empezó a decir Brian.

Di, llena de vergüenza, murmuró:

—¡Oh, no! Pero si la semana pasada escribí una carta a la señorita Corazón Solitario… ¡Pero… pero tú no puedes ser la señorita Corazón Solitario, Mart!

Callaron todos de nuevo. El rostro y el cuello de Mart se pusieron como la grana.

—Adelante —dijo por fin—. ¿Por qué no os echáis a reír? Sé que os gustaría hacerlo. Si yo fuese uno de los que escuchan, en este momento estaría retorciéndome de risa por el suelo. ¿No tiene gracia? Yo soy la señorita Corazón Solitario. He sido siempre la señorita Corazón Solitario. ¡Yo, Mart Belden!



La boca de Jim se contraía. Pero consiguió decir solemnemente:

—No nos reímos, Mart. De verdad.

—Claro que no —añadió Brian, sin mirar directamente a su hermano.

—Nunca nos reiríamos de una cosa así. ¿No es cierto, Trix? —dijo Honey, mirando de soslayo a su mejor amiga.

Trixie pugnaba por retener la risa que sentía burbujear muy dentro de ella.

—No —dijo, tratando vanamente de evitar que le temblara la voz—. Jamás nos reiríamos de una cosa así…

Y casi en el mismo instante rompió a reír.

—¿O sí nos reiríamos? —preguntó, y sus ojos comenzaron a enturbiarse.

Luego respondió a su propia pregunta.

—¡Pues sí que nos reiríamos!

Y echó hacia atrás la cabeza mientras soltaba una carcajada en tanto Mart la observaba.

La risa de Trixie crecía contagiosa y, al momento, primero Honey, y luego los demás, sumaron sus carcajadas a las de ella.

Mart hizo cuanto pudo para soportar con dignidad aquella situación.

—No tiene gracia —repetía una y otra vez—. Vamos, chicos. No tiene gracia.

Pero claro que la tenía, sobre todo por la sorpresa que había producido la noticia de Mart. Cuanto más protestaba él, más resonaban las risotadas de los Bob-Whites, hasta que el propio Mart sonrió tímidamente.

Aún seguían riendo minutos después, cuando Harrison, el reservado y solemne mayordomo de los Lynch, apareció en la puerta. Alzó una ceja en señal de desaprobación ante la hilaridad de los Bob-Whites, por lo que arreciaron las carcajadas.

—La comida está servida, señorita —anunció Harrison a Di cuando por fin consiguió hacerse oír.

Mart dejó de reír al instante.

—Magnífico —dijo al punto—. Estoy muerto de hambre. Vamos todos. ¿No me habéis oído? Es hora de comer y creo que me desmayaré si no trago algo pronto.

—Estupendo —añadió Honey, secándose los ojos—; luego

escucharemos el resto de la historia de Mart.

—Tie-tienes razón, Honey —repuso jadeante Trixie, llevándose la mano a un costado, que le dolía de tanto reír—. Y no sé por qué, pero me parece buena señal que por fin Mart recobre su apetito acostumbrado.

No se sintió decepcionada. Por primera vez, después de varias semanas, Mart comió todo lo que le pusieron delante.

Incluso Harrison mantuvo un gesto de aprobación junto a Mart mientras el hermano casi gemelo de Trixie daba buena cuenta de tres platos de sopa, media docena de sandwiches de jamón y queso y dos enormes raciones de pastel de chocolate.

Mientras Harrison estuvo presente, los Bob-Whites hablaron distraídamente de banalidades, aunque Trixie hubiera podido asegurar que todos estaban pensando en lo que les diría Mart tan pronto concluyera la comida.

Mart también debía haberse dado cuenta, porque apenas desapareció Harrison, se inclinó hacia adelante y dijo:

—Perfecto. ¿Estáis dispuestos?

Los Bob-Whites asintieron con solemnidad y se acomodaron en sus sillas para escuchar.

—Todo empezó —dijo Mart—, como ya os dije, cuando asistí a la clase de periodismo del señor Zimmerman. Comencé bien, excepto que no era capaz de escribir lo que el viejo Zimmerman quería publicar.

—¿Qué ocurrió en realidad, Mart, con tu artículo de la pasada semana? —preguntó Trixie.

Mart hizo un gesto desdeñoso.

—Pues lo que ya te conté, Trix. Era otro artículo más en el que había trabajado de firme, pero a Zimmerman no le agradó.

—¿Y relatabas una de nuestras aventuras? —quiso saber Honey.

Mart meneó la cabeza.

—No, no escribí sobre una de ellas. Escribí sobre todas.

Trixie se quedó sorprendida.

—¿Sobre todas?

—Sí —confirmó Mart—. ¿Y sabéis lo que dijo el viejo Zimmerman? Pues dijo que yo tenía mucha imaginación pero que aquello resultaba increíble. ¿Qué os parece? Ni se le pasó por la cabeza que pudieran ser auténticas.

—Pero no te anticipes a los hechos, Mart —dijo con firmeza Brian—. Cuéntanos lo de la señorita Corazón Solitario —y contrajo la boca al tiempo que pronunciaba las últimas palabras.

Mart suspiró.

—En realidad, me metí en el lío yo solo. Como ya os he dicho, seguí escribiendo artículos y el viejo Zimmerman continuaba rechazándolos. Así que probé a escribir algo de otro estilo, para que le gustara.

—¿Y…? —le apremió Honey.

—Y tuve la idea de escribir una columna semanal —Mart se ruborizó de nuevo—. Pero de verdad que yo no pensaba hacer lo que luego resultó. Sencillamente, redactar eso era como componer un texto a base de consejos domésticos y cosas por el estilo.

—Buena idea —dijo Honey al punto—. A mucha gente le agrada leer cosas así.

—Me inspiré en un viejo libro que mamá utiliza mucho —confesó Mart, volviéndose hacia Trixie—. Allí se encuentran toda clase de consejos, desde la forma de quitar las manchas de un mantel hasta la de evitar que se marchiten las flores…

Trixie asintió.

Mart se mordió el labio.

—Pero luego me pasé de la raya —dijo—. Poco después de que el señor Zimmerman me autorizara a publicar una columna con consejos domésticos, oí charlar a dos chicos en el gimnasio. Uno de ellos quería saber qué debía hacer para conseguir que una chica fuera con él al baile de primavera. En consecuencia, metí esa pregunta en la columna, seguida de la respuesta.

Brian miró a su hermano.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—La única manera de averiguar si una chica quiere salir contigo es pedírselo —contestó al instante Mart.

Brian hizo un gesto de aprobación.

—Me parece bien.

Mart suspiró.

—También le pareció bien al señor Zimmerman. Autorizó la columna e incluso el estúpido seudónimo con que la firmé y que, como ya sabéis, era señorita Corazón Solitario. Ese fue mi gran error.

—¿Por qué no firmaste con tu propio nombre, Mart? —preguntó Trixie.

—No creo que nadie hubiera querido leer ese texto de haber sabido quién lo escribía —repuso Mart, apoyando los codos en la mesa—. Entonces me pareció una buena idea. Pero, como ya conocéis, la estúpida columna resultó un éxito…

Dan preguntó:

—¿Y qué pasó luego?

—Pues —prosiguió con lentitud Mart— que la redacción del periódico de la escuela recibió un alud de cartas enternecedoras. Estaba claro que muchos alumnos querían consejos sobre su vida sentimental.

Bajó la vista.

—Al principio pude bandearme. Publicaba sus preguntas y mis respuestas.

—Ya —dijo Honey—. Y la mayoría de tus respuestas eran bastante divertidas.

Mart asintió.

—Lo sé. En realidad pensaba que todo aquello era muy divertido. Pero eso fue al principio. Luego empecé a recibir cartas más serias. Algunos chicos tenían verdaderos problemas.

—¿Qué clase de problemas, Mart? —preguntó Brian.

Mart suspiró de nuevo.

—Algunos chicos estaban convencidos de que nadie los quería. Se sentían rechazados en la escuela y con frecuencia también en su casa.

Trixie pensó en su feliz vida familiar. Inmediatamente se compadeció de aquellos compañeros que no conocían la maravillosa sensación de ser queridos y aceptados.

—¡Oh, Mart, qué horrible! —exclamó con voz temblorosa.

—Pues hay más —dijo Mart, volviendo la vista hacia ella—. Para algunos de esos chicos, Trix, la vida resulta verdaderamente dura. Una chica me escribió sobre su padre. Dijo que bebía… mucho. Supongo que se trataba de un alcohólico. Quería saber qué podía hacer. Otra me contaba que su madre se había marchado de casa hacía dos meses. De repente abandonó a toda la familia. El padre no sabía adonde había ido ni por qué se había marchado. Y ahora tiene que trabajar y cuidar a sus seis hijos él solo. La chica

que escribió la carta quería saber qué le aconsejaba la señorita Corazón Solitario. ¿Cómo conseguir que volviera su madre?

Di estaba aturdida.

—¡Eso es terrible, Mart! ¿Y qué le dijiste? ¿Y qué aconsejaste a la chica del padre alcohólico?

—No podía dar una respuesta honrada —prosiguió Mart en voz baja—. ¿Cómo iba a decir lo que tenían que hacer personas con tales problemas? Les recomendé que vieran a sus tutores. Eso es lo que contestaba a la mayoría, a los que firmaban sus cartas, claro. Pero muchos me escribían anónimamente y yo… hacía lo que podía al contestarles.

Alzó la voz y miró a sus amigos.

—Estas últimas semanas han sido insoportables. No sabía qué hacer.

Brian cambió de postura.

—Y así llegamos al asunto del Merodeador de Medianoche —apuntó—. ¿Qué sabes de eso?

—Comenzó —dijo Mart angustiado— cuando empecé a recibir una serie de cartas. Siempre las deslizaban por debajo de la puerta del despacho del señor Zimmerman e iban dirigidas a la señorita Corazón Solitario. Algunas eran tan demenciales que jamás llegué a enseñárselas al viejo Zimmerman. Quienquiera que las escribiese odiaba la escuela, odiaba a los profesores y amenazaba constantemente diciendo que algún día iba a hacer algo sonado.

—¿Y cómo te las arreglaste, Mart? —preguntó Brian, mirando a su hermano.

Mart se encogió de hombros.

—Lo mejor que pude. Las cartas no venían firmadas, así que ignoraba quién era su autor. Al principio bromeé diciéndole que las cosas no eran tan deprimentes como él, o ella, las veía. Solía dejar las respuestas pegadas por fuera, a la puerta del despacho del viejo Zimmerman. Naturalmente tuve que pedir permiso para hacerlo.

—Pero ¿qué pasó luego? —intervino Trixie—. Debes tener alguna razón para pensar que esa misma persona es el Merodeador de Medianoche. ¿Te guardaste todas las cartas?

—No me atreví —confesó Mart—. Algunas eran realmente absurdas, así que las tiré. Sólo conservo la última.

Lentamente metió la mano en un bolsillo trasero de sus

pantalones y extrajo una carta muy arrugada y manoseada.

—La recibí el jueves pasado —dijo—. Aquí está —añadió, tendiéndosela a Trixie, situada al otro lado de la mesa—. Léela y entenderás lo que quería decir.

Trixie la leyó rápidamente. Luego alzó la vista y anunció:

—Está escrita con letras mayúsculas. Dice: «Estúpida señorita Corazón Solitario: Te crees muy lista con tus melosas respuestas, pero voy a decirte algo. Lo he probado todo y nada ha servido. Ya me he cansado de que me ignoren todos en la escuela. Haga lo que haga, no le caigo bien a nadie, así que voy a hacer algo para que la gente se dé cuenta de quién soy yo. Una situación desesperada exige soluciones desesperadas. Ya lo he decidido. El sábado será el día. ¡Estás advertida!».

Di estiró el cuello para ver mejor.

—¿Quién firma?

—No lleva ninguna firma —respondió Trixie volviendo la hoja para ver si habían escrito algo más; no había nada.

—Pues ésta es la historia —dijo Mart, poniéndose de pie—. Lo intenté, pero fracasó mi propósito de ayudar. La idea esa del Corazón Solitario era una tontería; fue absurdo empezar con aquello.

Trixie lo miró.

—Aún no comprendo, Mart, por qué el sargento Molinson sospecha de ti.

—En realidad tuve que disimular mucho, Trix, para que nadie averiguara que la señorita Corazón Solitario era yo. Ayer había tanta gente por el departamento de periodismo esperando descubrir quién recogía el correo de la señorita Corazón Solitario, que tuve que dejarlo allí. Volví por la noche en mi bicicleta para llevármelo. Alguien debió verme por allí y se lo dijo esta mañana a la policía. Eso es todo.

Trixie lo miró con sorpresa:

—De manera que fue allí donde estuviste.

Mart asintió.

—Y cuando el sargento Molinson me preguntó sobre eso…

Brian lo miró, comprendiendo la situación al instante.

—Le mentiste.

Mart se puso colorado.

—Sí. Fue una estupidez, ¿no? Pero si hubiera reconocido que estaba en la zona de la escuela, tendría que haber confesado qué hacía allí. Y no sólo eso: habría tenido que contar a la policía lo que yo sospechaba.

Dan clavó en él sus ojos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Mart alzó una mano y luego la dejó caer de golpe como señal de impotencia.

—Porque no tengo pruebas —dijo—. Ni una sola. Creo que la persona que estuvo escribiéndome fue la misma que cometió los destrozos en la escuela…

—… y también en el Wimpy —añadió Trixie.

—Pero puede ser cualquiera entre media docena —prosiguió Mart, pensativo—. Estos días he estado observando a muchos chicos y ya no soy capaz de discernir. Vosotros conocéis a las personas de las que sospecho, pero yo solo no puedo vigilarlas a todas.

—Así que quieres que los Bob-Whites te ayuden —dedujo Brian.

—Naturalmente —respondió Trixie por Mart—. Yo haré todo lo que pueda.

—Yo también —se apresuró a decir Honey.

Jim los fue mirando uno a uno.

—Supongo que esto va por todos. Cuando un Bob-White está en apuros…

—Al resto le corresponde ayudar —completó Di.

—Entonces, lo importante ahora —puntualizó Trixie— es decidir qué hacemos.

Dan arqueó las cejas.

—Sigo creyendo que Mart debe contar al sargento Molinson todo lo que sabe.

—Mira, vamos a intentarlo primero por nuestra cuenta —dijo Mart con gesto suplicante—. Y si no resulta…, bueno, yo seré el primero en reconocerlo y en ir a la policía para contar todo lo que sé, ¿de acuerdo?

Votaron. El resultado final fue de seis a uno a favor de que los Bob-Whites trataran de averiguar por sí mismos la identidad del Merodeador de Medianoche.

Dan admitió deportivamente su derrota.

—Bueno —dijo—. Por supuesto, acepto la decisión. Pero sigo

pensando que estáis equivocados.

—¡Bueno! —dijo Trixie a Honey cuando volvían al salón—. Parece que ya está todo encarrilado. ¡Menudo día! Primero creí que se había perdido Reddy… —se interrumpió y se volvió hacia Di—. Hablando de Reddy, ¿en dónde está? Es extraño que no haya venido a recibirnos ladrando y corriendo.

Di echó atrás sus largos cabellos.

—Oh, —dijo vagamente—. Seguro que no anda lejos. Espera un segundo. Buscaré a Harrison y se lo preguntaré. A fin de cuentas él fue quien vio a los dos perros.

Al cabo de unos instantes, Di estaba de vuelta y Trixie se puso tensa al observar la expresión de su rostro.

—Oh, Trixie —gimió Di—. No sé si vas a perdonarme. Resulta que Reddy y Patch no estuvieron aquí… Harrison los vio esta mañana muy temprano, al menos vio a Reddy y supuso que Patch estaría con él.

—¿Dónde vio Harrison a Reddy? —preguntó Trixie con voz angustiada, aunque sospechaba la respuesta de Di antes de escucharla.

—Fue, aproximadamente, a kilómetro y medio de la tienda del señor Lytell, justo al lado de la carretera de La Cañada.

Brian se quedó de piedra.

—Pero si ya hemos buscado a Reddy allí —dijo—, y sólo vimos un viejo jirón de camisa.

—Así que yo tenía razón —se lamentó Trixie con los labios temblorosos—; Reddy sigue sin aparecer. Y ha estado fuera toda la noche.

Honey se acercó a su amiga.

—No te preocupes, Trix —la consoló—. Ya verás como lo encontramos.

—Vamos a por los caballos —dijo Brian—. No dejaremos de buscar hasta dar con él.

—¿Te parece bien, Trix? —preguntó Mart.

Pero Trixie ya no se encontraba allí. Había salido a escape de la casa y corría cuesta abajo, cruzando el césped, hacia la cuadra de los Wheeler.

Terrible hallazgo • 8

MIENTRAS DI cruzaba rauda la pradera para ensillar a su caballo, Sunny, los demás Bob-Whites alcanzaron a Trixie. Luego entraron juntos en la fresca cuadra sumida en la penumbra.

Inmediatamente percibieron los familiares olores a jabón, a cuero y a heno. Oyeron a los caballos, que se movían, inquietos, como si adivinasen que iban a salir de paseo.

Regan, que estaba hablando con la señorita Trask al fondo de la cuadra, se apresuró a recibir a los Bob-Whites.

—¡No puedo creerlo! —exclamó—. Os habéis acordado de que los caballos necesitaban hacer ejercicio.

Pero Trixie ni siquiera le escuchaba.

—Oh, Regan —le dijo—. No sabe lo que ha sucedido. Pensábamos que había aparecido Reddy, pero no. Ya se lo pregunté esta mañana… ¿lo ha visto desde entonces? Creíamos que estaría por los alrededores…

Su corazón se encogió cuando Regan meneó lentamente la cabeza.

—Ya te lo dije esta mañana. Luego, como no volví a saber de ti, creí que ya lo habías encontrado.

—Patch también ha desaparecido —añadió Honey—. Pensé que estaba con Jim. Jim creyó que estaba con usted…

—No —dijo de nuevo Regan—. Tampoco he visto a Patch.

—¿Qué pasa con Patch? —preguntó la señorita Trask, reuniéndose con el grupo.

Escuchó pacientemente las explicaciones de Trixie.

—Lo siento, Trixie —dijo la señorita Trask al oír la historia de la desaparición de los perros—. Cuando me preguntaste esta mañana por Reddy, creí que andaría por ahí persiguiendo conejos. Ya te lo dije.

—Eso es lo que me ha dicho todo el mundo —se lamentó Trixie.

—Yo también era de esa opinión —comentó Brian—, pero ahora no estoy tan seguro. Trixie cree que puede haberles sucedido algo a Reddy y a Patch. Resulta extraño que hayan desaparecido los dos.

Trixie saltaba de impaciencia. No deseaba otra cosa que correr a la caseta de Susie, saltar sobre su lomo y lanzarse a galopar por los campos, llamando a Reddy a pleno pulmón.

Sabía, sin embargo, que lo primero era pedir permiso a Regan para que les dejara utilizar los caballos en la búsqueda.

A juzgar por la expresión de su cara, parecía como si no fuera a concederlo. Frunciendo el ceño dijo:

—Creí que sólo se trataba de que los caballos hicieran un poco de ejercicio. Pero ya veo que pensáis hacer una batida en serio, y a través del bosque.

—Tendremos cuidado, Regan —le aseguró Honey, sabiendo que siempre se preocupaba por sus queridos caballos.

—Y si llegamos a algún lugar peligroso para ellos —añadió Jim—, los ataremos y seguiremos a pie.

La señorita Trask, vestida como de costumbre con su discreto traje de mezclilla, se pasó una mano por sus encrespados y cortos cabellos grises.

—Sí, Jim, sabemos que los cuidaréis —dijo—. Pero mirad, a Regan le preocupa, ni él ni yo estaremos aquí cuando regreséis.

—Cierto —confirmó Regan—. Estábamos a punto de ir a buscarte, Jim. He sabido que en White Plains hay a la venta un par de caballos espléndidos. La señorita Trask tiene algunas gestiones que hacer allí, así que pensamos ir juntos.

—Muy bien —aprobó Jim, mirándolos alternativamente—. ¿Cuál es el problema? Para cuando regresemos, papá y mamá ya habrán vuelto de su viaje de negocios…

La señorita Trask negó con la cabeza.

—No, Jim. Eso es otra cosa que tenía que advertirte. Tus padres acaban de llamar para decir que se les ha estropeado el coche. Han sufrido una avería en algún lugar de Nueva Inglaterra; Tom está con ellos. No volverán hasta el lunes, o quizás más tarde.

Honey suspiró, y Trixie adivinó que en aquel momento deseaba que sus padres no estuvieran tan a menudo lejos de casa.

También sabía que el retraso irritaría a Tom Delanoy, el chófer de los Wheeler. Probablemente desearía regresar cuanto antes para

reunirse con su bella esposa, Celia, que era una de las doncellas de los Wheeler.

Se ve que todos deseamos algo que no tenemos —pensó Trixie —. *A Honey le gustaría que sus padres pasaran más tiempo en casa. Tom quiere volver para reunirse con Celia. Y yo deseo encontrar a Reddy. Oh, ¿por qué no son las cosas como nos gustaría?*

Regan debió advertir su impaciencia, porque enseguida cedió, tal como deseaban los Bob-Whites.

—Es evidente —dijo— que tenéis que encontrar a los perros; y también que contaréis con mayores probabilidades de hallarlos si vais a caballo. Pero, Jim, asegúrate de…

Jim sonrió.

—Ya. De cepillar a los caballos y de acomodarlos en cuanto volvamos.

—Y colgar los aparejos en su sitio —murmuró Honey.

—Estribos recogidos —dijo Brian.

—La cincha pasada sobre la silla —añadió Mart— y la cabezada en el gancho que hay bajo la clavija de la silla. ¿Ves, Regan? Lo sabemos. Puedes confiar en nosotros.

Trixie lo observó fijamente y captó la profunda sensación de alivio que estaba experimentando su hermano. Aunque las cosas no se habían solucionado, era como si resultaran más llevaderas ahora que las compartía con sus amigos.

Y sus amigos le ayudarían, una vez que hubieran resuelto este otro problema. Trixie lo sabía.

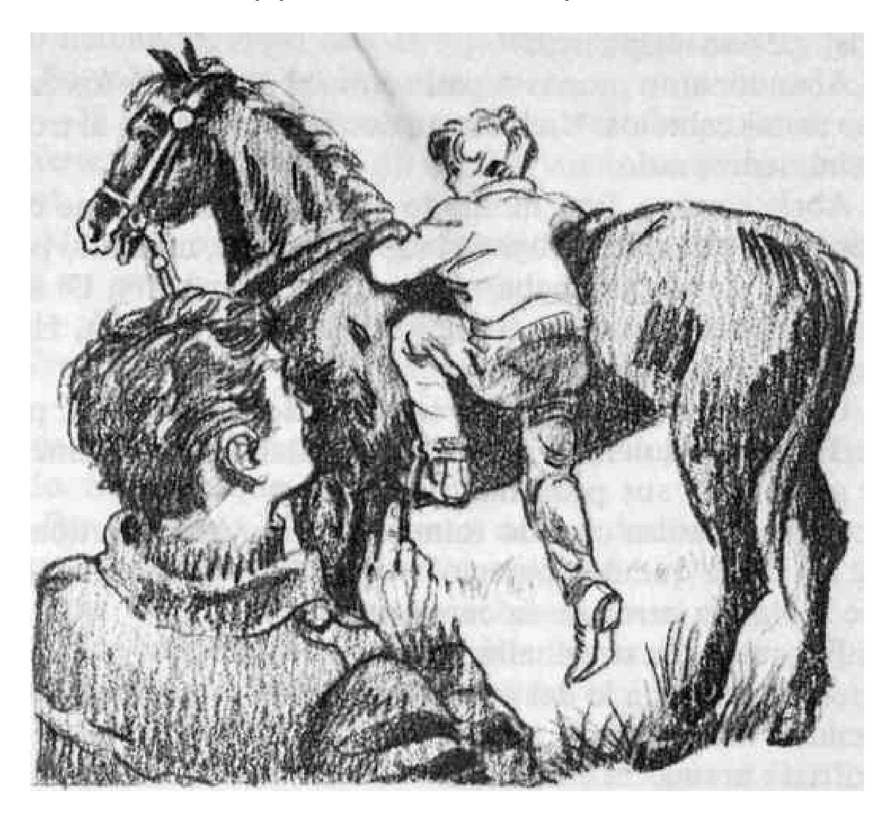
Aún no habían terminado los Bob-Whites de ensillar a toda prisa los caballos, cuando Trixie ya estaba preguntándose por dónde diablos empezarían a buscar a los dos perros.

Dan, que había trabajado como los demás para preparar a los animales, confesó, entristecido, que no podía acompañarlos. Trabajaba a las órdenes del señor Maypenny, el guarda del coto de caza de los Wheeler, que ya le había dejado libre toda la mañana.

—Pero ahora tengo que volver —explicó Dan mientras ayudaba a sus amigos a montar en sus cabalgaduras—. Cuando encontréis a los perros, hacédmelo saber.

—Me alegra que digas cuando y no si —no pudo por menos de decir Trixie.

—Eh, oye, no te preocupes tanto, Trix —repuso Dan, mirándola mientras se acomodaba sobre Susie, la pequeña yegua negra—. Encontrarás a Reddy y Patch estará con él, ya verás.



—Y por lo que se refiere a la otra cuestión —volvió la vista hacia Mart, que ya se había subido a Strawberry, su montura favorita—, cuenta conmigo para lo que quieras.

Y tras saludar con la mano se alejó.

Regan los observaba desde el patio que se extendía ante las cuadras; allí los aguardaba Di.

—¿Habéis decidido ya por dónde vais a empezar a buscar? —preguntó Regan, todavía preocupado—. Como sabéis, el bosque por esta zona es espeso; sería inútil que os dispersarais, a menos que sepáis adonde vais.

Trixie no estaba segura de por dónde tirar, pero no pensaba decírselo a Regan. Nada debía retenerlos allí más tiempo.

—Sé por dónde miré esta mañana —replicó rápidamente—, así

que ahora buscaremos por otro lado. ¡Vamos todos! ¿Estáis dispuestos?

Abandonaron pronto el patio entre el resonar de los cascos de los caballos. Un instante después, cruzaban al trote el húmedo prado.

Abría camino Jim, montado en Júpiter, el enorme capón negro. Seguía Starlight, el capón castaño, montado por Brian. Y detrás galopaban Mart sobre Strawberry, Di sobre Sunny, Trixie sobre Susie y, cerrando la marcha, Honey, que montaba a Lady.

El aire era puro y húmedo tras la reciente tormenta, pero Trixie ni siquiera lo advirtió. Se hallaba profundamente absorta en sus pensamientos.

—¿Te acuerdas cuando fuimos a buscar al mayordomo de Di la vez que desapareció? —preguntó de repente Trixie a Jim ya cerca de la carretera.

Jim retuvo a su caballo.

—¿Te refieres a lo del jinete sin cabeza? —preguntó sonriendo.

Trixie arrugó el entrecejo.

—¿Empezamos a buscar alrededor del Sendero de Harrison? —sugirió.

—¿Por qué? —preguntó Brian.

Trixie se encogió de hombros sin saber muy bien qué decir.

—Para empezar, me parece un lugar tan bueno como cualquier otro. Además, tengo la corazonada…

Brian gimió.

—¡Por favor, otra corazonada, no!

Trixie insistió.

—Sigo pensando en eso, Brian —dijo—, aunque no sé por qué. Cruzamos junto aquel sendero esta mañana cuando íbamos en tu coche y entonces pensé, es decir, pienso que pensé, o sea…

Jim alzó su mano y volvió a sonreír.

—De acuerdo —dijo—, no digas más. Si piensas que pensaste, es suficiente para mí. Ya hemos perdido bastante tiempo hablando. Aquí está el Sendero de Harrison.

Se volvió para mirar a los demás.

—Si Trixie ha tenido un presentimiento, es probable que acierte. ¡He aprendido a no ignorar jamás sus presentimientos!

Mientras proseguían cabalgando, Honey se inclinó hacia su

amiga.

—¿Has tenido verdaderamente una corazonada, Trix? ¿Crees que viste algo? Y si es así, ¿qué fue?

—¡No lo sé, de verdad! —contestó Trixie—. Pero tenemos que empezar por algún sitio. ¡Y fíjate, Honey! Piénsalo. Suponte que acierto.

Por otro lado —le decía muy dentro de ella una vocecilla—, *también podrías estar equivocada.*

Pero Trixie trató de no escuchar esa voz.

Cinco minutos más tarde, Trixie desmontó y se inclinó hacia las ramas bajas de un arbusto espinoso. Se alzaba al borde de la carretera y marcaba la entrada al sendero que, sabía, conducía a través del bosque hasta el Barranco. Pero ahora no pensaba en los acontecimientos que allí tuvieron lugar, cuando los Bob-Whites trataron de resolver uno de sus más sorprendentes misterios. Ahora toda su atención estaba concentrada en los largos mechones de pelo castaño, enredados entre las espinas como extrañas flores.

Desenredó con cuidado varias de las brillantes hebras. Luego alzó la cabeza hacia sus amigos, que aguardaban en silencio sobre sus monturas.

—Estos pelos pertenecen a Reddy —dijo finalmente—. Estoy segura.

Mart lanzó un largo resoplido.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Cómo fuiste capaz de verlos desde un coche en marcha?

—Yo me estaba preguntando lo mismo —dijo Brian, observando a Trixie con admiración.

A pesar de sus preocupaciones, Trixie fue capaz de sonreír débilmente.

—No sé —explicó—. En realidad ni siquiera estoy segura de haberlos visto.

—Es posible que su cráneo, o el cerebro de dentro, no tenga, después de todo, el tamaño de un guisante —comentó Mart, bromeando.

—Aún no entiendo —añadió Di, frunciendo el ceño. ¿Qué significan esos pelos?

—Creo —dijo Trixie— que Reddy pasó anoche por aquí.

—O esta mañana —indicó Brian—. Tal vez fue hoy cuando pasó.

—En cualquier caso —prosiguió Trixie—, rozó este arbusto.

Volvió entonces la vista hacia el bosque.

—¿Pero adonde fue?

De repente Júpiter se agitó inquieto, deseando reanudar la marcha. Jim le retuvo con firmeza.

—Sugiero —dijo— que nos dividamos en parejas y peinemos el bosque.

—Buena idea —aceptó Brian—. Pero no hay que olvidar que le prometimos a Regan cuidar los caballos.

—Tendremos que pensar bien la ruta —señaló Jim—. ¿Cómo nos mantendremos en contacto?

No les llevó mucho tiempo decidirlo. Brian y Mart resolvieron registrar la zona del Oeste. Jim y Di querían buscar en la zona del Norte, que eventualmente les conduciría hasta el Barranco.

—Por tanto, nos queda el Este, Honey —dijo Trixie—. Si alguien encuentra algo, que haga la señal de los Bob-Whites para que acudan los demás.

Frunció los labios y un instante después resonó en el aire la llamada secreta de los Bob-Whites.

Trixie se sentía muy esperanzada cuando Honey y ella condujeron a sus caballos hacia la zona que iban a rastrear. Durante los siguientes quince minutos las dos chicas guardaron silencio. Observaban con cuidado el camino que se prolongaba ante ellas, siempre atentas para no dañar a los caballos. También escrutaban los alrededores buscando nuevos rastros del paso de Reddy. Pero, si había alguno, la lluvia lo borró.

Pronto se hallaron en una zona del coto de caza de los Wheeler en donde nunca había estado Trixie. Senderos húmedos y oscuros se entrecruzaban una y otra vez. Muchos concluían entre la maraña de la maleza. Por encima de sus cabezas, los árboles parecían ascender hasta las nubes grises que cubrían el cielo.

—No sé cómo pude equivocarme tanto con el tiempo —murmuró Trixie, mientras se inclinaba para palmear el cuello de Susie—. Pensé que iba a ser un día magnífico. ¡Y fíjate en lo que ha terminado! Muchacha, si llueve otra vez, tú y yo vamos a calarnos.

Susie relinchó pausadamente y cabeceó como si hubiera entendido hasta la última palabra.

Trixie miró hacia atrás para ver si la seguía Honey, y descubrió

que su amiga había hecho detenerse a Lady. Mientras Trixie la observaba, Honey se irguió sobre la silla y observó algo a la derecha del sendero.

—¡Echa un vistazo a esto, Trix! —le dijo—. Es extraño, nunca me había fijado que estaba ahí.

Por un momento Trixie sólo vio más troncos y más matorrales y otro sendero, casi imperceptible, que doblaba hacia un pequeño claro.

—¿Encontraste algo…? —preguntó.

En aquel instante reparó en lo que había llamado la atención de Honey. Descubrió una choza en ruinas. La puerta se hallaba entreabierta y parecía abandonada desde hacía mucho tiempo.

—Yo tampoco lo sabía —repuso al fin Trixie—. Voy a echar un vistazo. ¿Vienes?

Sin aguardar respuesta, descendió del lomo de Susie y sujetó las bridas de la pequeña yegua a la rama baja de un árbol.

Oyó que Honey le apremiaba en voz baja.

—Espérame, Trix. Ahí dentro puede haber alguien. ¡Ten cuidado!

Cuando ataron también a Lady, las dos chicas se aproximaron en cuclillas y pronto se hallaron bajo la única ventana de la choza.

Trixie se puso de puntillas y trató de observar el interior.

—Está demasiado alta —murmuró—. No alcanzo. Empújame, Honey.

Cuando su amiga obedeció, Trixie pudo aferrarse al alféizar. Con la palma de la mano limpió el sucio cristal.

Súbitamente su mirada se endureció al examinar el oscuro interior de la cabaña.

Honey sintió que una convulsión recorría el cuerpo de su amiga y oyó que lanzaba un grito ahogado.

—¡Bájame! —gritó salvajemente—. ¡Rápido, bájame!

Honey dejó de hacer fuerza para sujetarla y contempló la pálida cara de su amiga.

—¿Qué sucede, Trixie? —preguntó—. ¿Qué has visto?

Trixie tragó saliva con dificultad.

—Yo… ya encontré a Reddy… y también a Patch —respondió conteniendo un sollozo—. ¡Pero, Honey, me temo que demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde? —repitió Honey—. Trixie, ¿qué quieres decir?

—¡Quiero decir —siguió Trixie mientras tras sus párpados se agolpaban ardientes lágrimas— que me parece que los dos perros están muertos!

La carta • 9

HONEY palideció al escuchar la inesperada y terrible noticia. Al fin se repuso y consiguió hablar.

—¿Muertos? —preguntó con voz entrecortada, sin dar aún crédito a lo que había oído—. Oh, Trix, no puede ser. Tiene que tratarse de un error.

A Trixie le empezaron a castañetear los dientes.

—No hay error alguno —replicó—. Mi… mi… mira y obsérvalos tú misma.

—¿Hay dentro alguien más? —preguntó Honey en voz muy baja.

—No pude ver a nadie —dijo Trixie con los ojos llenos de lágrimas—. Honey, no puedo creerlo. ¿Qué será de Crabapple Farm sin Reddy? ¿Qué diré a los chicos? ¿Qué dirán papá y mamá?

—Entremos —dijo Honey, señalando con la cabeza la puerta entornada de la choza—. Tenemos que averiguar cómo sucedió. Ya pensaremos más tarde lo que diremos a los demás.

Trixie pugnó por vencer su repulsión. Sabía que Honey estaba tan abatida como ella, y que sería incapaz de entrar sola en aquella choza. Ella tendría que acompañarla. Respiró hondo varias veces.

—Bien —dijo al fin—. Creo que ya me he repuesto.

Se mordió un labio y apretó los puños mientras daba el primer paso.

—Vamos.

Honey estaba pegada a su amiga cuando Trixie estiró una mano, todavía temblorosa, y empujó la puerta hasta abrirla. Dos pasos más y las dos chicas se hallaron sobre un suelo de tierra apisonada, contemplando los dos cuerpos que yacían ante ellas.

Los perros estaban tendidos de costado uno frente al otro. Patch, el pequeño spaniel blanco y negro, tenía la cola apoyada sobre el otro. Jim, su amo, quiso enseñarle a cazar; su adiestramiento llegó demasiado tarde.

Reddy, cuyo largo y dorado cuerpo brillaba sobre la aplastada tierra, parecía frío y rígido.

Trixie, con las mejillas cubiertas de lágrimas, se arrodilló junto a él.

—Oh, Reddy —sollozó, acercándose aún más al perro—. ¿Por qué tenía que sucederte esto a ti? ¡Cuánto desearía devolverte la vida! Reddy, ¿puedes oírme? Soy yo, Trixie. Y Reddy, como si respondiera a su pregunta, abrió la boca e hipó.

Por un momento, Trixie pensó que sus sentidos la engañaban. Contempló el cuerpo aparentemente sin vida del perro.

—¿Reddy? —le habló con voz temblorosa—. ¿Dijiste algo?

Reddy volvió a hipar.

Honey exclamó:

—¡Trixie, le he oído! Eso significa…

Trixie se puso en pie, con la esperanza de que lo que sospechaba fuese verdad. Permaneció junto a Reddy y lo empujó suavemente con la punta del zapato.

—¡Arriba, Reddy! —le ordenó con firmeza.

Luego recordó que desde que Mart empezó a amaestrarlo sólo obedecía las órdenes al revés. Corrigió su orden.

—¡Abajo, Reddy! —dijo—. ¡Abajo, perro!

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del pícaro setter irlandés. Luego abrió perezosamente un ojo, color castaño, y observó los dos rostros que se inclinaban ansiosamente sobre él.

Un instante después, su cola golpeaba el suelo con alegría porque dos de sus personas favoritas habían acudido a verlo. Se puso en pie y trató de lamer a las dos al mismo tiempo.

Al oír aquel alboroto, Patch alzó la cabeza y observó con ojos soñolientos la jubilosa reunión, a la que se integró inmediatamente, para no ser menos.

Honey y Trixie trataban de acariciar a los dos perros a la vez. Reían, gritaban y volvían a acariciarlos.

Transcurrieron varios minutos antes de que Trixie se acordara de los demás Bob-Whites, que para entonces estarían desanimados por su infructuosa búsqueda.

—¿Los llamas tú o los llamo yo? —preguntó riendo, mientras Reddy se lanzaba una vez más a sus brazos.

La cara de Honey había enrojecido de alegría.

—Yo los llamaré —respondió, y, con Patch a los talones, salió de la cabaña y gritó la llamada de los Bob-Whites.

Al principio no hubo respuesta. Luego el viento pareció devolverles sus voces.



Después Trixie y Honey se turnaron en la repetición de la alarma para orientarlos a través del bosque.

Tan pronto como aparecieron, Trixie advirtió, por la expresión de sus caras, que temían recibir malas noticias.

Pero Reddy y Patch hicieron desaparecer muy pronto su ansiedad. Al percibir el resonar de los cascos de los caballos, ambos perros corrieron a recibir a los jinetes.

—¡Eh, abajo, Reddy! —gritó Mart cuando el perro se metió por entre las patas de su caballo—. ¡Quiero decir, arriba, Reddy! ¡Arriba, perro!

—¡No chilles tanto! —dijo Brian cuando Reddy concentró en él toda su atención—. ¿Por qué no le enseñaste a este perro a obedecer adecuadamente, Mart?

Trixie se dio cuenta de que sus hermanos se sentían tan aliviados como ella, al ver al perro sano y salvo.

Con tanto jaleo les fue difícil a Trixie y a Honey explicar lo que había pasado. Finalmente Brian preguntó:

—¿Pero qué hacían aquí los perros? Decías, Trix, que pensaste que estaban muertos. ¿Qué ha sucedido?

Trixie guardó silencio durante tanto tiempo que los Bob-Whites llegaron a preguntarse si había oído. Luego frunció el entrecejo y habló:

—Sé qué atrajo aquí a los perros. Estoy segura de que vinieron anoche. No podéis imaginar lo que encontré en esa choza.

—Te creo —intervino Mart—. ¿Qué hallaste?

Trixie condujo a sus amigos hacia el oscuro interior de la cabaña.

—¡Mirad esto! —dijo señalando un rincón.

A los Bob-Whites les costó un momento acostumbrarse a la escasa luz. Luego vieron lo que había descubierto Trixie.

Contra la pared del fondo estaba apoyada una gran caja de cartón. En los cantos se veían marcas de dientes, dientes de perro. La caja contenía una enorme bolsa de plástico transparente, desgarrada, en la que había montones de algo redondo y rojo.

—¿Carne? —dijo sorprendido Jim—. ¿Es carne?

—Pero no cualquier tipo de carne —matizó Trixie—. Son hamburguesas crudas, Jim.

Cogió una y se la mostró a sus amigos.

—Hay aquí carne suficiente para alimentar a muchísima gente… y también a un par de perros —se volvió hacia los dos delincuentes, que meneaban la cola sin mostrarse arrepentidos—. Apuesto cualquier cosa a que esto fue lo que les atrajo anoche. Lo olieron, acudieron y se pusieron ciegos.

Di arrugó el ceño.

—¿Pero cómo llegó aquí la carne? —preguntó.

Trixie dio la vuelta a la caja y señaló las grandes letras impresas en el costado.

Se leía: WIMPY.

—Te diré cómo creo que llegó hasta aquí la carne —prosiguió lentamente—. Me parece que la dejó en esta choza el Merodeador de Medianoche.

Cinco minutos más tarde, los Bob-Whites continuaban comentando el sorprendente hallazgo de Trixie.

—Aún no lo comprendo —dijo Di, acariciándose con una mano sus largos y sedosos cabellos—. ¿Qué pretendían los perros?

Jim rió y se inclinó para acariciar la inquieta cabeza de Patch.

—Estos sinvergüenzas probablemente olerían la carne. También es posible que vieran a la persona que la llevaba y fueran tras ella. En cualquier caso llegaron aquí y empezaron a trabajar la caja del Wimpy. Se hartaron.

—Sí —añadió Trixie—. Y comieron tanto que después les dio sueño.

—Y por eso dormían a pierna suelta cuando los encontramos —murmuró Honey.

—Es mejor que dejemos todo tal como lo hallamos —dijo Brian—. La policía querrá examinarlo.

—Pero, Brian, ¿por qué? —protestó Trixie—. Creí que íbamos a investigar nosotros.

Jim se puso serio.

—No es posible, Trix. Se trata de una prueba.

—No me importa de lo que se trate —replicó Trixie con los ojos brillantes—. Si se lo decimos al sargento Molinson, sé exactamente cómo responderá. Creerá que Mart es el Merodeador de Medianoche, que él escondió aquí las hamburguesas y que nosotros tratamos de encubrirle.

—Me parece que Trixie tiene razón —murmuró Honey en voz

baja—. ¿No podríamos…?

Pero Brian meneaba la cabeza.

—No —dijo de mala gana—. No podemos.

—Y además —observó de repente Mart, como si acabara de caer en algo—, papá y mamá no nos dejarán que lo ocultemos.

Miró a su hermana.

—Voy a contarles todo en cuanto regresen.

—¿También lo de la señorita Corazón Solitario? —preguntó Trixie, tratando de no sonreír.

Mart suspiró.

—También lo de la señorita Corazón Solitario —respondió, asintiendo con la cabeza—, aunque no me entusiasme la idea.

—Tal vez sea una bobada —intervino Di, expresándose con lentitud—, pero ¿habéis decidido lo que vais a decir exactamente a la policía? Porque ni siquiera sabemos dónde estamos. Trixie y Honey encontraron esta vieja choza de manera accidental…

—… y nosotros nos limitamos a acudir adonde nos llamaban —añadió Brian, preocupado—. ¿Qué te parece eso, Jim? Tú conoces el bosque. ¿Qué lugar le diremos a la policía?

Trixie esperaba que Jim desconociera la localización exacta de la vieja cabaña. Pero quedó decepcionada cuando los Bob-Whites salieron afuera tras Jim, mientras éste les explicaba:

—Si seguís por este sendero —señaló hacia el claro—apareceréis en la carretera de Albany. Detrás de nosotros está el Barranco. Y desde luego, si volvemos por donde vinimos, llegaremos al Sendero de Harrison y, siguiéndolo, a casa.

—Hablando de casa —dijo Brian, con los ojos sobre las negras nubes que se concentraban sobre sus cabezas—, será mejor que regresemos pronto. Llamaremos por teléfono al sargento Molinson en cuanto devolvamos los caballos, ¿no te parece, Trix?

Pero la mirada de Trixie seguía el dedo de Jim.

—¿Estás seguro, Jim, de que nos encontramos cerca de la carretera de Albany? —preguntó.

—Claro que lo estoy —respondió él—. ¿Por qué?

—Sigo pensando —dijo Trixie— por qué dejaron aquí las hamburguesas. ¿Por qué en esta cabaña? ¿Por qué en este bosque? Me pregunto si no vivirá por aquí el Merodeador de Medianoche.

—¿Oís? —preguntó Brian sonriente—. Jamás se sentirá

satisfecha. Si respondéis a una pregunta, os hará después diez más.

—Al menos hemos encontrado a los perros —dijo Di, inclinándose de nuevo para acariciar a Reddy.

—Sí —repitió lentamente Trixie—, hemos encontrado a los perros, pero me gustaría saber si olfatearon la carne o si vieron a la persona que la ocultó aquí.

Volvió la vista hacia Reddy y deseó que pudiera hablar.

Pero Reddy se limitó a sentarse sobre sus cuartos traseros, al parecer muy satisfecho de sí mismo.

Comenzó a llover de nuevo cuando los Bob-Whites regresaban a la cuadra.

Di, que deseaba apresurarse para cuidar de su caballo, se despidió con la mano de sus amigos y desvió a Sunny camino de su casa.

—Será mejor que os deis prisa —les gritó—. Algo me dice que el tiempo va a empeorar todavía más.

Apenas había pronunciado estas palabras, arreció la lluvia y se levantó un viento racheado.

Los Bob-Whites aguardaron un momento, lo suficiente para ver a Di coronar la cima de la colina, y luego espolearon a sus caballos, pensando en la seguridad que les brindaba la cálida y acogedora cuadra.

Durante la siguiente hora, Trixie estuvo tan ocupada que no tuvo tiempo de reflexionar sobre los sorprendentes acontecimientos acaecidos desde que se levantó aquella mañana.

Jim, recordando la promesa hecha a Regan de que cuidarían los caballos, se tomó muy en serio el asunto. Se ocupó de que secaran y cepillaran a cada animal y de que colgaran en el muro de la cuadra el reluciente arnés, como le gustaba a Regan.

—¡Caramba! —dijo Honey, colorada por el esfuerzo—. Nos has hecho trabajar como a esclavos.

Su hermano sonrió, atusándose sus pelirrojos cabellos.

—Lo sé —reconoció—, pero al menos Regan no podrá decir que no recogimos todo.

El sonido de la puerta al abrirse le impulsó a volverse súbitamente, pero sólo era el viento, que había cobrado más fuerza.

Brian se acercó para observar la tormenta.

—¿Escuchó alguno el parte meteorológico? —preguntó,

arrugando el ceño—. No me gusta nada esto.

—Yo desde luego no lo oí —repuso Trixie, mientras acariciaba los suaves ollares de la satisfecha Susie—. Pero me parece que vamos a tener un tiempo de perros.

Los otros no la escuchaban. Brian, Mart y Jim comprobaban que todo estaba en orden.

Trixie oyó decir a Mart:

—¿Crees que tendremos problemas, Brian?

—No —contestó Brian—, pero me estaba preguntando si podrán volver esta noche a casa papá y mamá. Si la lluvia inunda de nuevo esa carretera de Albany, no lograrán pasar. Y no hay indicios de que vaya a amainar. Es una tormenta de las que hacen época.

Trixie y Honey intercambiaron miradas de preocupación.

—Es probable —dijo lentamente Honey— que también la señorita Trask y Regan decidan quedarse en White Plains. Si es así, y si tampoco tus padres pueden volver a casa, podíais quedaros a pasar la noche en la mía.

Pero Brian meneó la cabeza con pesar.

—No es posible, Honey; te lo agradezco. Trixie puede quedarse pero Mart y yo tenemos que regresar para cuidar de la casa.

Mart asintió.

—Y no olvides, además, que tenemos que llamar por teléfono al sargento Molinson, aunque no me lo imagino yendo con esta lluvia a la cabaña. Y prometimos a Dan que cuando encontráramos a los perros se lo haríamos saber.

—Casi me olvido del sargento Molinson —dijo Trixie, que no le había olvidado ni un solo instante.

Estuvo esperando en vano que fueran sus hermanos quienes olvidaran su propósito de llamar a la policía.

—No tienes por qué ir hasta allí, Trix —dijo Mart sin dejar de observarla—. En realidad, quizás sea mejor que no vayas.

Brian se rió.

—Sería muchísimo mejor, en mi opinión. Trixie hablaría tanto e insistiría con tal elocuencia en la inocencia de Mart que el sargento Molinson acabaría convenciéndose de que Mart era culpable.

Trixie titubeó. Tal vez fuera mejor que ella no estuviera presente. De esa manera el sargento no podría prohibirle que siguiera investigando por su cuenta.

Miró a Reddy, que estaba cómodamente tendido a sus pies, con el morro entre sus patas delanteras y los ojos cerrados.

—¿Cuidaréis de Reddy si yo me quedo en casa de Honey? —preguntó.

Mart comprendió al punto lo que quería decir y se echó a reír.

—Nuestro perro no volverá a vagabundear. Mantendremos nuestros globos oculares concentrados firmemente en el canino. Puedes estar segura.

Se inclinó sobre Reddy, que abrió sus adormilados ojos castaños.

—Y esta noche no habrá más hamburguesas —dijo Mart en voz alta—. Ya has comido bastantes para alimentar a todo un zoo. ¿Lo entiendes, perro?

Reddy bostezó y volvió a cerrar los ojos. Sólo deseaba echar un largo y reparador sueño.

Pero en cuanto la borrasca amainó un poco, fue obligado sin ceremonia alguna a incorporarse, y un minuto después corría tras los hermanos de Trixie, camino de Crabapple Farm.

Jim echó un último vistazo a la cuadra y luego cerró las grandes puertas.

—Volveré después a comprobar cómo se encuentran los caballos —murmuró—. Pero ahora será mejor que también nosotros echemos a correr. ¿Estamos? ¿Listo, Patch, muchacho? ¡Entonces, hala! ¡Vamos!

Con Patch tras sus talones, corrieron cuesta arriba tan rápidamente como les fue posible mientras el viento agitaba sus ropas y la lluvia helada azotaba sus rostros.

Cuando llegaron a casa, vieron a Celia Delanoy, que parecía estar aguardándolos.

—¡Oh, me alegro de que ya estéis aquí! —exclamó—. ¡Y habéis encontrado a Patch! La señorita Trask me dijo que había desaparecido. ¿En dónde estaba?

—Es una larga historia —se escabulló Jim, despojándose de su chaqueta mojada— y la contaremos más tarde. Primero tenemos que subir a las habitaciones y cambiarnos de ropa. ¿Se sabe algo de Regan y de la señorita Trask?

Celia meneó la cabeza.

—No, no han llamado, así que quizás estén pronto de vuelta.

Los tres Bob-Whites subían la escalera cuando Celia pareció

recordar algo.

—Oh, casi se me olvida —dijo extrayendo una carta del bolsillo de su delantal y entregándosela a Jim—. Llegó con el correo de la tarde. Pensaba dársela a la señorita Trask, pero quizás sea mejor que la abras, puesto que ella no está.

Jim frunció el entrecejo cuando inspeccionó el sobre.

—Qué extraño —dijo—. No va dirigida a nadie en particular. Sólo trae la dirección. Y está escrita con letras de imprenta.

Trixie contuvo la respiración mientras Jim la abría. Había tenido una corazonada sobre su contenido.

Jim leyó la carta y luego miró consternado a las dos chicas.

—Dice: «¡Cuidado! ¡Esta noche iré a visitaros!» Y firma…

—El Merodeador de Medianoche —adivinó Trixie.

Una misteriosa figura • 10

LOS OJOS DE HONEY se abrieron desmesuradamente. ¿Qué clase de broma era aquélla?

—¿Que va a venir el Merodeador de Medianoche?

Jim asintió lentamente.

—Eso dice la carta. La siguiente pregunta es: ¿qué vamos a hacer ahora?

Trixie se inclinó sobre el pasamanos de la escalera para ver si Celia seguía allí. Pero la bella criada de los Wheeler se había ido a la cocina; no sospechaba que hubiera algún problema.

Trixie reflexionaba a toda prisa. Corrió hacia el dormitorio de Honey y de pronto se volvió hacia sus amigos, que la habían seguido.

—Oíd —dijo excitada—. Tengo una idea. Ésta es nuestra oportunidad. Es lo que estábamos aguardando. Sabemos con seguridad en dónde va a atacar el Merodeador de Medianoche. Va a venir aquí… ¡Cuando llegue, lo capturaremos!

Honey arrugó el entrecejo.

—No…, no me convence, Trix —dijo insegura. Sus ojos reflejaban su preocupación.

—Ni a mí —añadió Jim despacio—. Espero que esta vez no haya discusiones. Tenemos que avisar a la policía. No debemos ocuparnos de este asunto nosotros solos.

—No es para tanto —se quejó Trixie, apartando con impaciencia de su frente varios rizos empapados—. ¿No comprendéis? Llamaremos a todos los Bob-Whites y montaremos guardia durante toda la noche.

—Es posible que no se presente el Merodeador de Medianoche —dijo Jim de repente—. ¡Oíd la tormenta! No puedo imaginarme a nadie saliendo con este tiempo. Además, ¿qué pretende?

—No lo sé —reconoció Trixie—. Cuanto más pienso en ello más

me parece que es alguien que está furioso, o trastornado, o ¡quién sabe! Es nuestra gran oportunidad de limpiar el nombre de Mart.

Honey meneó la cabeza.

—Lo siento, Trix, realmente lo siento. Deseo tanto como cualquiera ayudar a Mart.

—Y bien, ¿entonces? —exigió Trixie.

—Oh, Trixie —gimió Honey—. Sabes que la señorita Trask nunca nos dejaría actuar por nuestra cuenta.

—Pero la señorita Trask no está aquí —observó Trixie—. Y, si continúa esta borrasca, no creo que aparezca.

Se hizo silencio. Se miraron unos a otros.

—Te diré lo que conviene hacer, Trix —dijo por fin Jim—. Voy a llamar a la policía; a ver lo que me dicen. Tal vez tengas razón. Quizás la borrasca impida que venga. En tal caso, montaremos guardia nosotros mismos, ¿de acuerdo?



Trixie se sentía decepcionada. No era fácil saber qué sucedería si el sargento Molinson se presentaba. Cabía la posibilidad de que

situara agentes de policía por los alrededores. De esa manera quizás capturaran al Merodeador de Medianoche. Por otro lado, Trixie tenía la impresión de que el misterioso malhechor podía asustarse de tal despliegue y no aparecer.

Suspiró.

—De acuerdo, Jim —dijo finalmente—. Si es eso lo que Honey y tú queréis hacer, no puedo impedirlo.

Después de que Jim salió, Honey le oprimió el brazo a su amiga.

—Vamos, Trix —dijo—. No te enfades con nosotros. Todo saldrá bien, ya verás. La tormenta te ha puesto nerviosa.

—Yo no estoy enfadada —repuso Trixie, tratando de sonreír—. Comprendo vuestras razones.

Volvió a suspirar.

—Supongo que, de haber recibido la carta yo, haría lo mismo. Tienes razón, Honey. La tormenta hace que me sienta inquieta.

Honey pareció aliviada.

—En ese caso, ¿por qué no te quitas todas esas ropas mojadas? —sugirió—. Dejaste aquí unos vaqueros la última vez que pasaste la noche. Y puedo prestarte una de mis blusas, ¿qué te parece?

Cuando Jim regresó, tanto Trixie como Honey se habían duchado y cambiado. Llamó a la puerta y asomó su pelirroja cabeza.

—Enhorabuena, Trix —dijo lentamente—. Parece como si, después de todo, fueras a conseguir tu propósito.

Trixie se afanaba en secarse el pelo con una toalla. Levantó los ojos, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que la línea telefónica se ha averiado, por la tormenta —dijo Jim—. No he conseguido hablar con la policía.

Honey se quedó paralizada, con el cepillo del pelo en la mano.

—Pero eso significa…

Jim asintió.

—Significa que nos hemos quedado aislados, Honey. La tormenta es aún más violenta que antes. ¡Tendremos que hacer frente solos al Merodeador de Medianoche!

En varias ocasiones, durante el curso de aquella noche, Trixie comprendió que las cosas no sucedían exactamente como había imaginado. Contaba con que los demás Bob-Whites estuvieran allí

para ayudarlos. Jim y ella hicieron varias tentativas de llamarlos por teléfono. Pero fue inútil.

Afuera, el viento y la lluvia se aliaban para frustrar cualquier intento de acudir a casa de alguien en busca de ayuda.

Varias veces Trixie fue hasta la puerta principal y la entreabrió. Escrutó a través de la galería de entrada y trató de atravesar con la mirada la intensa lluvia. Deseaba saber si, milagrosamente, sus hermanos habían intuido que se les necesitaba. Pero no fue así.

Tampoco aparecieron Di ni Dan.

Cada vez que Trixie volvía al amplio cuarto de estar en donde estaban Honey y Jim, le dirigían miradas interrogadoras. Y siempre Trixie ladeaba la cabeza.

Jim volvió a intentar, sin éxito, comunicar por teléfono, hasta que Trixie estalló:

—¡Reconozcámoslo! Nadie va a venir a ayudarnos. Tendremos que vigilar nosotros solos.

—Pero sólo somos tres —gimió Honey.

—Cuatro si se lo decimos a Celia —precisó Jim, señalando hacia la cocina—; o más si se lo contamos al resto del servicio.

Hasta entonces, instintivamente, los tres amigos habían preferido guardar silencio para no asustar a los criados. Pero ahora discutieron el problema, preguntándose qué sería lo mejor. Finalmente resolvieron callar.

—No hay cuidado por Celia —puntualizó Jim—. Sería diferente si durmiera sola en el remolque. Pero como Tom está fuera, con mamá y papá, ella piensa dormir aquí esta noche.

Honey asintió.

—Tienes razón, Jim. No se lo diremos a nadie.

Trixie suspiró y pensó en el remolque pintado de rojo, el Robín, que el señor Lynch dejó una vez a Trixie y a Mart, pero que ahora pertenecía a Celia y a Tom.

El Robín, que fue una vez escenario de otro de los misterios resueltos por Trixie, se hallaba aparcado en un claro del bosque, tras la cuadra de los Wheeler.

Honey debía haber estado pensando también en el Robín. Sonrió a Trixie y dijo:

—Creo que Celia tiene suerte de tener un sitio tan bonito donde vivir, aunque esta noche daría lo mismo que estuviese a un millón

de kilómetros de distancia. Jamás podría llegar hasta allí con esta tormenta.

—Tampoco llegaría yo a los caballos —dijo Jim frunciendo el ceño—. Espero que se encuentren bien.

Trixie escuchó cómo la lluvia golpeaba contra los cristales.

—Estoy segura, Jim, de que los caballos se encuentran perfectamente —dijo con más convicción de la que verdaderamente sentía.

—En cualquier caso —añadió Honey—, no es mucho lo que podemos hacer.

Suspiró y continuó:

—¿Podría alguien decirme cómo vamos a capturar al Merodeador de Medianoche si se presenta?

Los tres aproximaron sus cabezas e hicieron planes. Para que no se alarmara la servidumbre, Jim sugirió que simularan irse a la cama. Permanecerían en sus habitaciones hasta que la casa quedara en silencio y luego bajarían para reunirse en la agradable biblioteca. Desde allí los tres Bob-Whites montarían guardia sobre toda la casa y proyectarían saltar sobre cualquier intruso en cuanto apareciera.

Honey no estaba muy segura sobre lo de saltar y así lo dijo cuando vio cómo su hermano comprobaba que estaban cerradas todas las puertas y ventanas de la mansión antes de que las chicas desaparecieran escaleras arriba.

Jim se detuvo ante la habitación de Honey:

—No te preocupes —dijo a su hermana—. Yo me encargaré de saltar y tú de gritar. Meteremos tal ruido que huirá lleno de miedo o acudirá la servidumbre y nos ayudará a sujetarlo. Pero, no vayas a dormirte. Recuerda, ahora son las once. Nos reuniremos en el piso de abajo dentro de una hora aproximadamente y ocuparemos nuestros puestos.

—Yo no me dormiré —replicó Trixie indignada—. Ésta es la oportunidad que he estado esperando. Ojalá esta noche aparezca el Merodeador.

Las dos chicas observaron a Jim hasta que éste cerró cuidadosamente la puerta de su dormitorio.

—¿Sabes, Trix? —dijo Honey en voz baja—. En todo esto hay algo desconcertante.

—¿Sólo algo? —preguntó Trixie, entrando en su habitación.

Honey se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos.

—¿Por qué envía una carta de advertencia antes de cometer un delito?

Trixie se quedó pensativa y luego respondió lentamente:

—La verdad es que yo también me lo he preguntado.

Trixie no supo nunca lo que sucedió después.

Desde luego, al cabo de un minuto, también ella se quitó los zapatos y se tendió en la cama junto a Honey. Recordaba incluso haber permanecido mirando al techo preguntándose si para entonces estarían la señorita Trask y Regan de vuelta. Pero no se acordó de nada más hasta que alguien empezó a sacudirla por los hombros.

—¡Trixie! —Era Honey que le hablaba apremiantemente—. Trix, por favor, despiértate y escucha.

—¿Eh? ¿Qué… qué pasa? —De un salto Trixie se sentó sobre la cama y observó el gesto ansioso de su amiga.

—Te quedaste dormida, Trix —dijo Honey, mirando por encima del hombro a la ventana.

Trixie se quedó atónita cuando observó el reloj de la mesilla de noche. ¡Las agujas señalaban las dos!

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Vaya si me dormí! ¿Cómo pudo sucederme? ¿Dónde está Jim?

—Jim también se ha quedado dormido —le explicó Honey en voz baja—. La verdad es que nos dormimos todos.

Rápidamente, Trixie se incorporó.

—¡No entiendo cómo hemos podido ser tan estúpidos! —dijo—. ¿Y qué tengo que escuchar? No oigo nada.

—Precisamente —dijo Honey, aferrándose a un brazo de su amiga—. ¡Yo tampoco oigo nada! No hay viento. Ni lluvia. Ha pasado la tormenta, Trix. ¡Y si el Merodeador de Medianoche va a venir, éste es el mejor momento!

—¡Tienes razón! Y se me ocurre… ¡Imagínate que ya ha estado aquí!

Fue hacia la ventana y descorrió los delicados visillos de organdí para mirar afuera.

En aquel momento, la luna asomó tras un oscuro mar de nubes, plateó el anegado césped y los árboles, de los que goteaba el agua, e

hizo brillar la carretera de La Cañada como una cinta metálica entre los campos.

Al pie de la colina se distinguía una oscura silueta. Quienquiera que fuese se movía sin ruido camino de la cuadra, donde descansaban los indefensos caballos.

Tras la figura brincaba un setter irlandés cuya larga cola empenachada se agitaba como una bandera.

¡Era Reddy!

El Merodeador ataca de nuevo • 11

EN UN INSTANTE, Trixie se apoderó de su chaqueta, se calzó y cruzó corriendo la habitación. Al abrir de golpe la puerta casi chocó con Jim, quien, completamente vestido, estaba a punto de llamar.

—¡Menudo perro guardián he resultado ser! —exclamó con amargura, tratando de ahuyentar el sueño de sus ojos—. Decidí tenderme en la cama un segundo…

—Estamos a tiempo, Jim —murmuró a toda prisa Trixie—. ¡El Merodeador de Medianoche está en la cuadra!

Le aferró por el brazo.

—No lo entiendo, pero lleva consigo a Reddy. ¡Quién sabe lo que se trae entre manos!

—¿Cómo? —Jim le dirigió una mirada de sorpresa y corrió escaleras abajo.

Un segundo después, Trixie y Honey iban tras sus talones.

Pronto cruzaron la galería y marcharon colina abajo. Aún se hallaban a cierta distancia cuando vieron a la negra silueta intentando abrir las puertas de la cuadra. Luego observaron que entraba. Y Reddy fue tras él, agitando alegremente la cola.

—¡Oh, ese perro! —mascultó jadeante Trixie—. ¿Pero no sabe que está para ahuyentar a los intrusos? ¡Espera a que le ponga la mano encima!

Jim detuvo su desenfrenada carrera y alzó una mano para que hicieran otro tanto las chicas.

—Escuchad —murmuró—. Ahora sabemos que tenemos atrapado al Merodeador de Medianoche. Está dentro y no hay posibilidad de que escape. Si tenemos cuidado, podremos sorprenderlo fácilmente.

—¿Cómo? —preguntó Trixie.

—Hay un rollo de cuerda colgando tras la puerta —dijo Jim—. Tan pronto como entremos, tú, Trix, darás al interruptor de la luz.

Yo me apoderaré de la cuerda, saltaré sobre el Merodeador y lo ataré.

—Estaba temiéndome —observó Honey, que parecía asustada— que hubieses olvidado ese último punto.

—Puede que funcione —dijo Trixie pensativa.

—¿Y yo? —preguntó Honey con un hilo de voz—. ¿Qué queréis que haga yo?

—Puedes gritar hasta desgañitarte —le dijo Trixie, bromeando sólo a medias—. Quizás sorprendas tanto al Merodeador de Medianoche que se rinda sin luchar.

—Además —añadió Jim—, tal vez tus gritos despierten a alguien, quizás incluso a Brian y a Mart. Necesitaremos toda la ayuda del mundo.

—Por ahora, sin embargo —avisó Trixie—, guardemos silencio.

Sentía los desbocados latidos de su corazón cuando se acercaron a la puerta entreabierta.

Dentro se oía a los caballos, agitándose inquietos en sus pesebres. Trixie percibió también los pasos apagados y furtivos del intruso que se aproximaba a aquéllos.

—¿Estás dispuesta? —murmuró Jim, preparándose para actuar.

—¡Dispuesta! —respondió Trixie.

Fue un error decir eso.

Apenas había salido de su boca aquella palabra, algo se lanzó hacia afuera por la puerta entreabierta y chocó contra ella.

¡Era Reddy, que creyó que Trixie le había llamado [1] !

Entre ladridos de alegría pugnó por alcanzar los brazos de Trixie, que no salía de su asombro. Trató desesperadamente de no caer al suelo y se agarró como pudo a las piernas de Jim. Éste, inmovilizado, tendió sus manos hacia Honey.

Honey, que no tenía a quien agarrarse, no pudo hacer nada. Cayó al suelo y los otros se desplomaron con ella mientras Reddy, ignorando el revoltijo de barro y piernas que se agitaban, inclinó su cabeza y administró cariñosas lametadas en los rostros de los tres airados chicos.

Entonces, en el interior de la cuadra, alguien accionó el interruptor. Un dorado haz de luz se filtró afuera. Un segundo más tarde una negra silueta apareció en el umbral. Su larga sombra permaneció inmóvil mientras contempló a los tres Bob-Whites que

intentaban levantarse del suelo.

Reddy, satisfecho de la tarea, se sentó y se rascó desenfadadamente una oreja.

—¿Pero qué es esto? —dijo una voz familiar—. ¡Sé que algunas personas dicen que el barro es bueno para el cutis, pero tanto resulta exagerado!

Trixie alzó la vista para ver la negra figura que ahora le sonreía.

—¡Mart! —dijo—. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está el Merodeador de Medianoche? ¿Lo capturaste? ¿Está atado?

Mart les tendió una mano a sus amigos para ayudarles a levantarse.

—Ni siquiera sé de qué me hablas, Trix —dijo, volviendo a entrar en la cuadra—. Brian y yo estábamos preocupados por los caballos. Cuando escampó vinimos a echar un vistazo, y punto. Brian ha ido por detrás para comprobar que todo está en orden. ¿Qué dices del Merodeador de Medianoche?

Su hermana le explicó todo lo sucedido mientras Jim iba a buscar trapos para quitarse el barro.

Mart meneó la cabeza cuando Trixie concluyó su historia.

—El Merodeador no ha estado aquí —manifestó—. Puedo asegurártelo. Y los caballos se encuentran bien, Jim.

—¿Volvieron a casa papá y mamá? —preguntó Trixie.

Mart movió negativamente la cabeza.

—No creo que nadie haya podido viajar esta noche, Trix. Tampoco conseguimos hablar por teléfono con el sargento Molinson. El teléfono no funciona.

Honey suspiró aliviada.

—Entonces ha sido una falsa alarma. Creo que lo mejor que podemos hacer es largarnos a dormir ahora mismo. Estoy cansada.

—No, Honey —la voz de Brian se oyó de repente en la puerta—. Antes tenéis que ver una cosa.

Trixie se volvió como el rayo y advirtió la expresión preocupada de su pálido rostro.

—¿Qué es, Brian? —gritó—. ¿Qué ha pasado ahora?

—El Merodeador de Medianoche ha atacado de nuevo —dijo a sus amigos—. Ha entrado en el remolque de los Delanoy.

Pocos minutos después, los cinco Bob-Whites se hallaban en el claro y contemplaban el Robín con horror.

El intruso no había perdido tiempo tratando de abrir la portezuela frontal del remolque rojo. Sencillamente había roto un cristal de una pedrada.

Grandes restos de vidrio yacían sobre la tierra húmeda. A lo largo del antaño inmaculado costado del Robín podía leerse en grandes letras de imprenta:

¡EL MERODEADOR DE MEDIANOCHE ESTUVO AQUÍ!

—Creo que lo han pintado hace muy poco tiempo —dijo Trixie después de leerlo—. ¡Mirad!

Alargó una mano y tocó la pintura con un dedo. ¡Aún estaba húmeda!

Reddy, que los había seguido, exploraba los alrededores. Trixie vio que de repente se ponía rígido. Luego gruñó sordamente y miró hacia los lejanos árboles que se alzaban al otro lado del calvero.

Trixie tomó a Mart del brazo.

—¡Escucha! —murmuró apremiante—. ¡Creo que hay alguien allí!

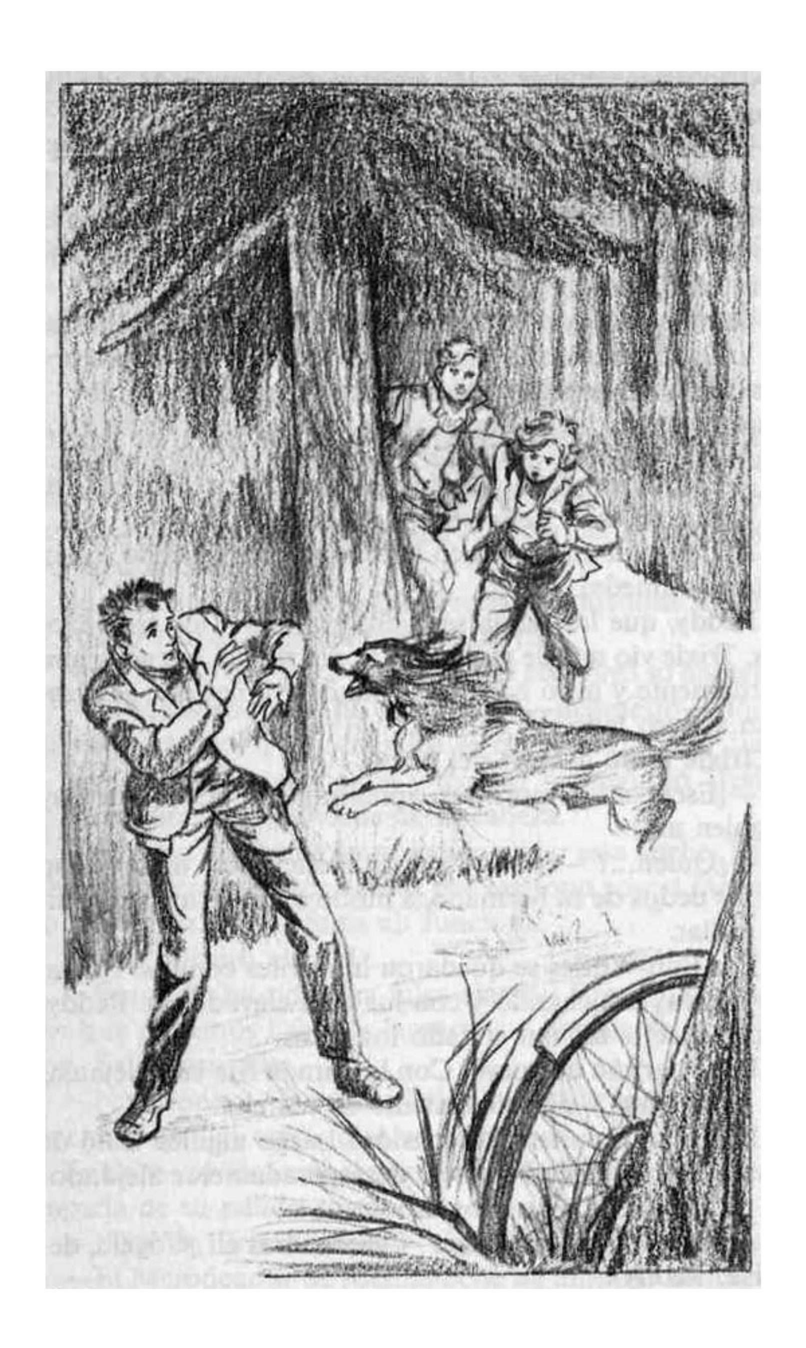
—¿Quién…? —empezó a decir Honey, pero una presión de los dedos de su hermano, a modo de advertencia, le hizo callar.

Los Bob-Whites se quedaron inmóviles como si fueran de piedra, escuchando y con los ojos clavados en Reddy, a quien se le habían erizado los pelos.

Reddy gruñó de nuevo. Con la mirada fija en la lejanía, se puso lenta y silenciosamente en marcha.

Hubo un momento de tensión. Luego alguien salió de su escondrijo y echó a correr desesperadamente alejándose de la cuadra, entre los árboles.

—¡Rápido! —gritó Trixie—. ¡Todos tras él! ¡Cógelo, deprisa, Reddy!



Sorprendentemente, pareció que Reddy entendía esta vez lo que se le ordenaba. Inmediatamente echó a correr, seguido muy de cerca por los Bob-Whites.

Trixie nunca había visto correr a nadie con tanta rapidez como la delgada figura que desgraciadamente parecía alejarse por momentos.

Las piernas de Trixie se movían a toda velocidad, pero aun así no iba lo bastante rápido como para alcanzar al misterioso visitante.

En realidad ya casi había llegado a la carretera; allí tenía la bicicleta. Pero Reddy, consciente al fin de su deber, lo rebasó y luego se detuvo ante él, gruñendo, con las patas en posición de saltar.

La figura que corría se detuvo y contempló con terror los dientes que le mostraba el perro.

—¡Quitádmelo de encima! —gritó a los Bob-Whites, que corrían hacia él—. ¡No dejéis que me muerda! ¡No haré nada, de verdad!

Trixie observó la aterrada figura que tenían ante ellos.

—Debía haberlo supuesto —dijo—. Así que tú eras el Merodeador de Medianoche… ¡Mirad! ¡Es Lester Mundy!

El prisionero de Reddy • 12

LESTER no apartaba ni un instante sus ojos de Reddy. Parecía muy asustado.

—Ni siquiera sé de qué estás hablando —dijo, dando un paso hacia Trixie.

Se detuvo en seco cuando Reddy lanzó un ladrido de advertencia. Apresuradamente, Lester retrocedió a su anterior posición y permaneció quieto como si se hubiera congelado.

—Será mejor que nos lo cuentes todo —amenazó Mart, acercándose al prisionero—. Sabemos que eres el Merodeador de Medianoche. Fuiste tú quien hizo los destrozos en la escuela, en el Wimpy y en el Robín.

—Primero retira a tu perro —dijo Lester.

—Primero desembucha —replicó con dureza Brian— y luego veremos si podemos retirarlo.

Trixie disimuló una sonrisa. Reddy parecía dispuesto a despedazar a Lester miembro a miembro.

Los Bob-Whites sabían muy bien que el pícaro setter irlandés era incapaz de herir a nadie, pero Lester lo ignoraba.

Daba la impresión de que reflexionaba intensamente.

—Fue así —empezó—. Iba en bicicleta por la carretera de La Cañada…

—¿A estas horas de la madrugada? —preguntó Mart dudando de que fuera cierto.

—No podía dormir —se defendió Lester sin mirar a nadie—. La tormenta hacía mucho ruido. Luego, cuando paró, pensé que necesitaba hacer ejercicio.

—Sigue —exigió Mart.

—Llegué hasta aquí en bici —continuó Lester apresuradamente — y entonces vi que alguien estaba rondando por el remolque. Dejé la bicicleta y fui a investigar, pero el Merodeador de Medianoche

fue muy rápido. Cuando llegué, ya había desaparecido. Entonces te oí llegar. Pensé que podías ser uno de la banda del Merodeador, así que me oculté. Ya conocéis el resto.

—No te creo ni una palabra —dijo Trixie despacio—. Por una razón: no pudiste ver el remolque desde la carretera de La Cañada. Inténtalo otra vez, Lester; y ahora, di la verdad.

Lester suspiró y se encogió de hombros, abatido.

—Nunca me creeríais —dijo al fin—. Lo supe desde el principio.

—Inténtalo otra vez —repitió amablemente la bondadosa Honey.

—En realidad todo empezó anoche —replicó Lester—. Era ya tarde y salí a correr. Oh, ya sé lo que vais a preguntarme ahora. Por qué estaba corriendo a tales horas, ¿verdad?

Lanzó una rápida mirada a Trixie, que asintió.

—Yo… yo supongo que sabéis que no soy el chico más popular de la escuela. Ignoro cómo me las arreglo, siempre me paso en el momento más inoportuno.

Trixie recordó que aquella mañana Lester les había comunicado de la peor manera el lío de Mart con la policía.

—No tienes mucho tacto —comentó.

Lester agachó la cabeza.

—Lo sé. Pero en la escuela alguien me dijo que para tener un amigo hay que empezar por saber ser amigo.

Mart pareció sorprendido.

—¿Pero tú creíste esa palabrería?

Lester se volvió hacia él.

—¿Qué palabrería?

Mart supo recobrarse rápidamente y aclaró con desenfado:

—Ah, me parece que leí algo así en la estúpida columna de Corazón Solitario, en el periódico de la escuela.

—Yo no pensé que fuese estúpido —repuso Lester—. Creí que era un buen consejo. Pero no sabía cómo ser amigo, así que ayer, quiero decir el viernes, me apunté al equipo de atletismo. El entrenador me dijo que tendría que ponerme en forma. Por eso…

—Por eso estabas corriendo —concluyó Trixie.

Lester asintió.

—Pensé que si salía ya avanzada la noche, nadie me vería —y cuando Trixie lo miró inquisitivamente, explicó—: Por si acaso no

resulto bueno corriendo, ¿comprendes? No quería que la gente se riera de mí.

—Caramba, qué cambio —observó Brian—. Hasta ahora parecías muy satisfecho con hacer el papel de payaso de la clase.

—Eso es cierto —añadió Jim—. ¿Y la estúpida broma que gastaste ayer en Crimper's?

Lester se mordió un labio.

—¡Fue la última, de verdad! No pude resistirlo. Yo… yo había advertido ya a alguien que iba a suceder algo el sábado.

Mart se adelantó de repente.

—¿Fuiste tú?

—¿Cómo que si fui yo? ¿Qué quieres decir?

Trixie sabía que Mart estaba pensando en la misteriosa carta que la señorita Corazón Solitario había recibido, y que tanto le preocupó. ¡Ahora resultaba que el autor de la misiva era nada más y nada menos que Lester Mundy!

—Sigue con tu relato —dijo Trixie rápidamente—. ¿Qué sucedió mientras tú estabas corriendo?

Lester prosiguió con su historia y los Bob-Whites le escucharon con atención.

Según decía, había estado corriendo por la carretera, no lejos de donde entonces se encontraban. De repente oyó tras él un pequeño camión que iba muy rápido.

—Supongo que el conductor no me vio hasta que estuvo encima —explicó Lester—. Dio un volantazo para no atropellarme y al desviarse cayó algo de la parte trasera del camión.

—¿No se paró? —preguntó Trixie.

Lester meneó la cabeza.

—Le grité, pero continuó su marcha. ¿Y sabéis lo que se había caído? Una gran caja de cartón. La abrí para ver si tenía las señas de su propietario. Dentro encontré una gran bolsa de plástico. Estaba llena de…

—¡Hamburguesas crudas! —exclamó de repente Trixie, adivinando la respuesta.

—Exacto —repuso lentamente Lester—. No creí que hacía mal a nadie llevándome a casa la carne. Después de todo, el conductor no parecía interesado en aquello. Así que dejé la caja de cartón junto a la carretera…

—¡Debe ser la que vi justo antes de irnos a la escuela! —exclamó Jim.

—Me eché al hombro la bolsa de plástico y me la llevé a casa —concluyó Lester—; debía parecer Papá Noel. Luego metí todas las hamburguesas crudas en el congelador.

Trixie lo observó mientras reflexionaba.

—¿Qué pensabas hacer con toda esa carne?

Lester suspiró.

—Iba a dar una fiesta. Ya sabes, para tener amigos hay que empezar por saber ser amigo. Tenía planeado invitar a algunos chicos de la escuela para el próximo viernes. Después caí en la cuenta de que teníamos que ir al baile de primavera.

Trixie sabía ya la respuesta, pero de cualquier manera formuló la pregunta.

—¿Y tenía algo escrito la caja de cartón que te encontraste?

Lester asintió.

—Decía Wimpy.

Los Bob-Whites callaron, pensando sobre lo que les había narrado Lester.

—Tendrás que devolver la carne —dijo finalmente Brian, muy serio.

Lester asintió y agachó la cabeza.

—Ahora estoy dispuesto —aceptó—. Anoche no lo estaba. En primer lugar, ignoraba que las hamburguesas eran robadas. Pensé que el que estuvo a punto de atropellarme era alguien del Wimpy. No averigüé la verdad hasta que fui a la escuela esta mañana, quiero decir ayer, cuando me enteré de la existencia del Merodeador de Medianoche.

—Todavía no nos has aclarado qué hacías por aquí esta noche —le recordó Mart.

Lester se explicó. Afirmó que había salido en bicicleta tan pronto como cesó la tormenta. Aseguró que sus piernas necesitaban ejercicio. Pero Trixie tuvo el repentino presentimiento de que su propósito era otro muy diferente.

—Lester —le dijo, mirándolo fijamente—, creo que viniste para investigar por tu cuenta. ¿Pensabas que Mart era culpable? ¿Deseabas ayudarle?

Lester asintió, aparentemente incómodo.

—¡Bueno, me parece muy bien! —exclamó Honey.

Lester les explicó entonces que había visto una oscura silueta correr por un sendero de los Wheeler, hacia la residencia de éstos. La persona, quienquiera que fuese, se detuvo ante la inesperada aparición de Lester en su bicicleta. Luego, la misteriosa figura penetró corriendo en el bosque del otro lado de la carretera.

—Si eso es cierto —observó Trixie, reflexionando—, tienes que haberlo visto muy bien.

Lester se encogió de hombros.

—Lo vi, pero sigo sin saber de quién se trataba. Esa persona vestía vaqueros, una camisa de franela roja y un pasamontañas. Sentí curiosidad cuando desapareció. Dejé mi bicicleta en la cuneta y fui a averiguar qué tramaba —hizo una pausa—. Ya sabéis lo que descubrí. Luego os oí llegar y por eso me oculté, para que no creyerais que había sido yo quien destrozó el remolque. ¡Pero yo no fui! ¿Queréis retirar ahora a vuestro perro?

—No es necesario —le dijo amablemente Honey—. Hace tiempo que Reddy se aburrió de todo esto; se ha dormido. ¿No lo ves?

Reddy, tendido sobre el suelo, había tornado a su posición favorita. Con el morro cómodamente colocado sobre sus patas delanteras, roncaba.

Lester abrió la boca sorprendido.

—Entonces, después de todo, podría haber echado a correr, ¿no es cierto?

Trixie asintió con aire distraído. Se hallaba muy concentrada, pensando en algo.

—¿Por qué compraste esta mañana pintura negra? —preguntó súbitamente.

Lester pareció azorado.

—Para pintar algunos carteles indicadores de la escuela, que necesitan una buena mano antes de que se celebre el baile de primavera. Yo… yo, quiero decir que podría decirse que estoy cambiando de vida. Se acabaron las bromas —confesó tímidamente —. A partir de ahora voy a tratar de conseguir más amigos. Y Ruthie Kettner va a ayudarme.

Honey comentó:

—¡Por eso estaba comprando un pincel en Crimper's!

Lester asintió.

—Hemos conseguido además la ayuda de otros chicos. Esta tarde formaremos una especie de club. Hemos decidido llamarnos la Banda de la Tercera Mano. Pensamos que, si alguien necesita que se le eche una mano que ayude a las dos que ya tiene nosotros podremos proporcionarla.

Trixie observó a Lester mientras éste subía a la bicicleta. Aún tenía la sensación de que no les había dicho todo lo que sabía.

—¿Quién más hay en tu club? —preguntó.

Lester sonrió.

—Además de Ruthie, Marvin Easton y Shrimpy Davis. Ya veis, podríamos haber llamado a nuestro Club el de los Desesperados. Todos sin remedio, daos cuenta. ¡Gente sin amigos!

—Pero eso va a cambiar ahora —le animó Honey.

—Espero que sí —dijo Lester. Y tras agitar la mano, se alejó.

—¡No le creo! —dijo Mart, observándolo en la distancia—. Da a entender que esa columna de la señorita Corazón Solitario ayudó de veras a bastantes que estaban muy solos.

—Tal vez fue así —le animó Brian—. ¿No te consuela?

—Sí, si no fuera por una cosa —contestó Mart lentamente.

—¿Qué? —preguntó Jim.

—No sé si os habéis fijado —dijo Mart—. Pero nos hemos quedado sin sospechosos.

Trixie tiritaba cuando regresaron colina arriba. El aire era frío y de repente se sintió muy cansada y soñolienta. Lo peor de todo era que Mart tenía razón. ¿En dónde investigarían ahora, sin sospechosos?

¿Y quién era entonces el Merodeador de Medianoche?

¿Una nueva pista? • 13

CUANDO SE LEVANTÓ, Trixie estaba tan cansada que se sentía como si hubiera estado caminando en sueños. Después descubrió que no era capaz de recordar gran cosa de lo sucedido.

Recordaba que había corrido con el resto de los Bob-Whites a casa de Honey para despertar a Celia. Recordaba cómo Jim le había dado delicadamente la noticia de los destrozos en el remolque, y las lágrimas de Celia cuando había visto los daños sufridos.

Habían machacado las sillas y dos lámparas, y las puertas del armario se hallaban abiertas de par en par. En el pequeño dormitorio habían registrado los cajones; su contenido se encontraba esparcido por el suelo.

—Esto no tiene sentido —recordaba Trixie que había repetido Celia una y otra vez—. ¿Por qué haría alguien una cosa semejante?

Después resultó que lo único que faltaba eran tres piezas de bisutería barata y diez dólares en metálico que los Delanoy tenían guardados en una jarra de la cocina.

Trixie se acordaba también de que Celia había insistido en borrar la enorme pintada que el Merodeador de Medianoche había escrito en la carrocería del Robín.

Tanto Brian como Jim explicaron a la criada de los Wheeler que aquello era una prueba judicial y que no debería tocarse nada hasta que se presentara la policía.

Pero Celia no quiso escucharles. No le importaba dejar como estaba el interior del remolque para que lo viera el sargento Molinson, pero el exterior ¡jamás!

—Si lo dejo así —dijo indignada—, esta pintura se secará y jamás conseguiremos quitarla.

Los Bob-Whites tuvieron que proveerse de trapos y de aguarrás. Consiguieron que no quedara rastro de la pintura negra.

Cuando Brian cubrió la ventana rota con un grueso cartón, el

exterior del Robín quedó como nuevo.

Trixie tenía un vago recuerdo de haber dado las buenas noches a sus hermanos y haber cruzado muy cansada la pradera, hasta llegar a casa de los Wheeler. Confusamente se acordaba de haberse desnudado y metido en la cama, en la habitación de Honey. Luego, nada.

Cuando abrió los ojos, un delgado haz de rayos de sol penetraba a través de los visillos y un pájaro cantaba al otro lado de la ventana.

—¡Caramba! —exclamó una voz llena de vida—. ¡Por fin te has despertado! Estábamos empezando a pensar que seguirías dormida todo el día.

Trixie volvió la cabeza y vio a la señorita Trask, que le sonreía.

Se sentó en la cama.



—¿Es tarde? ¿Qué hora es? —Giró la cabeza y vio solitaria la almohada que tenía a su lado—. ¿En dónde está Honey?

La señorita Trask se rió.

—¿No crees, Trixie, que son demasiadas preguntas para acabar de despertarte? Sí, es tarde. Son las once. Y Honey está abajo, esperándote.

Sostenía en la mano un gran vaso de zumo de naranja tan frío que había empañado el cristal.

—Pensamos que te gustaría algo así para despejarte.

Mientras Trixie se lo bebía, la señorita Trask le explicó que Regan y ella habían vuelto a casa hacía dos horas.

—Ya han reparado el teléfono, y son transitables las carreteras que conducen a la ciudad —dijo, y como respuesta a una mirada interrogadora de Trixie añadió—: un par de árboles enormes fueron derribados por la tormenta. Ésa es la razón de que Regan y yo no pudiéramos volver a casa anoche. Y cuando intentamos llamar…

—Ya nos lo imaginábamos.

La señorita Trask suspiró:

—Tampoco compramos los caballos que fuimos a ver. Fue un viaje inútil. Y al llegar, nos enteramos de lo del remolque de los Delanoy. Honey y Jim nos han contado la historia de ese horrible individuo que se hace llamar el Merodeador de Medianoche.

Trixie no deseaba formular la siguiente pregunta, pero tenía que conocer la respuesta:

—¿Ha llamado usted a la policía?

—Sí —la señorita Trask avanzó con viveza hacia la puerta y se detuvo con una mano en el pomo—. Ya ha estado aquí el sargento Molinson. Nos ha hecho unas cuantas preguntas.

—¿Y a Mart? —preguntó Trixie—. ¿Le ha interrogado también a Mart?

La señorita Trask asintió:

—Interrogó a todo el mundo, Trixie. Supongo que también querrá verte a ti más tarde.

—¿Se ha marchado?

—Eso creo —respondió la señorita Trask—. Me parece que además los chicos le han llevado a una cabaña que hay en el bosque —frunció el ceño—. No me imagino qué van a encontrar allí.

—Carne —dijo Trixie, y le explicó lo de las hamburguesas.

—Ya entiendo —comentó la señorita Trask.

Cuando se marchó, Trixie se puso a reflexionar sobre todo lo sucedido el día anterior. Era tan absurdo que carecía de sentido.

¿Quién había cometido los destrozos en la escuela y en el Wimpy, y por qué? ¿Quién había robado las hamburguesas crudas sólo para abandonarlas en una vieja cabaña? ¿Por qué el Merodeador de Medianoche advertía dónde pensaba dar su próximo golpe?

Trixie se sentía incapaz de responder a todas estas preguntas y se estremecía de impaciencia; se dispuso a ducharse y a vestirse.

Después, cuando bajó las escaleras, encontró a Honey en la biblioteca.

—Oh, Trix —dijo Honey, corriendo a reunirse con su amiga—. No estaba segura de si debíamos despertarte; dormías tan profundamente… Pero son tantas las cosas que han sucedido…

Trixie asintió.

—Lo sé. La señorita Trask me ha puesto al día. Olvidé preguntarle, sin embargo, si mis padres han vuelto a casa.

—No, pero han llamado por teléfono —dijo Honey—. Llegarán esta mañana. Brian y Mart decidieron que sería mejor no decirles nada por teléfono de lo sucedido. Se enterarán pronto.

El tono de la voz de Honey obligó a Trixie a mirarla con atención.

—¿Ha pasado alguna cosa más?

Honey ocultaba algo tras la espalda. Extendió la mano y Trixie pudo ver que sostenía la edición dominical del Sun, el periódico de la localidad.

—Será mejor que leas lo que dice —aconsejó Honey a su amiga en voz baja—. No debes perdértelo. El artículo está en primera página.

Trixie tomó el periódico de la mano de su amiga y se hundió en las profundidades de un mullido y lujoso sillón. Honey permaneció de pie tras ella mientras Trixie extendía el periódico.

Respiró hondo cuando vio el titular y sus mejillas llamearon de indignación al leer las palabras que seguían:

> JOVEN GAMBERRO BUSCADO POR LA POLICÍA
>
> ¿Qué les sucede a los adolescentes de hoy?
>
> Ésta es la pregunta que se formulan hoy todos los habitantes de la población.
>
> Un adolescente, que se hace llamar el Merodeador de Medianoche, está aterrorizando a nuestra ciudad. Ya ha perpetrado destrozos arbitrarios en la escuela de enseñanza secundaria y en la popular cafetería Wimpy. En ambos edificios ha roto ventanas, y robado

algunos artículos; el culpable ha firmado con su apodo manchando con pintura negra las paredes.

El doctor Antón Sibolsky, célebre psicólogo infantil, nos decía esta mañana por teléfono: «Es indudable que se trata de la obra de un adolescente seriamente afectado. Se considera no querido por sus padres y por esa razón trata de vengarse de la sociedad».

Más tarde, un portavoz de la policía, el sargento Molinson, anunció que varios sospechosos son objeto de investigación. También afirmó que esperaba practicar una detención muy pronto.

Los ciudadanos tienen derecho a exigir que la ley actúe inmediatamente contra estos sospechosos.

¿Qué les pasa a nuestros adolescentes?

Muchas personas dicen que sin palo, hijo malcriado. Esta periodista comparte absolutamente esa opinión.

Trixie se quedó sin habla cuando acabó el artículo.

—¿Viste quién lo escribió? —preguntó.

Honey asintió.

—La periodista que vimos ayer en Crimper's, Vera Parker.

Trixie frunció el ceño. Sus ojos azules brillaban de ira.

—¿Has leído eso que dice de «sin palo, hijo malcriado»?

Honey asintió en silencio.

—Eso no procede de ningún experto —prosiguió Trixie—. Al menos no de un experto en niños. De lo único que Margo Birch sabe es de antigüedades. ¡Estoy furiosa! ¿Y qué significa esto?

Señaló una línea en la que se leía que el sargento Molinson esperaba practicar una detención muy pronto.

Honey cruzó la habitación y dirigió la mirada a los grandes ventanales.

—Me temo, Trix, que lo ha dejado muy claro esta mañana: todavía sospecha de Mart.

—Pero ¿por qué? —preguntó Trixie, observando la espalda de Honey.

Ésta se volvió lentamente.

—Porque Mart se niega a decir qué estaba haciendo en la escuela el viernes por la noche. Tú sabes y yo sé que fue allí para recoger las cartas dirigidas a la señorita Corazón Solitario. Pero no quiere que, fuera de nosotros, lo sepa nadie.

Trixie miró al periódico que tenía sobre su regazo.

—Entonces hemos de reconsiderar lo que propuse: descubrir nosotros mismos al Merodeador de Medianoche.

—¿Pero cómo? —preguntó Honey—. ¿Por dónde empezamos?

Trixie permaneció callada durante tanto tiempo que daba la impresión de no haber oído a su amiga.

Luego, de repente, se puso en pie de un salto.

—He tenido durante todo el tiempo la sensación de haber olvidado algo, algo importante. ¡Por fin he recordado de qué se trataba! Sucedió ayer por la mañana, cuando estaba con Brian buscando a Reddy.

Honey arrugó el entrecejo.

—Encontré un trozo de tela enganchado en un matorral —prosiguió muy excitada Trixie.

—Sí, ya me contaste eso.

—Pero lo que no te dije —repuso Trixie— es que parecía pertenecer a una vieja camisa, una camisa roja. Lester nos dijo que el Merodeador de Medianoche llevaba una camisa roja cuando irrumpió en el remolque.

Honey se quedó pensativa.

—¿Crees que ese gamberro se desgarró la camisa cuando iba a ocultar la carne que había robado del Wimpy?

Trixie asintió.

—Podemos ir a echar otro vistazo. Lo dejé en donde estaba. Quizás nos proporcione una pista sobre la identidad del Merodeador y tal vez encontremos algo más.

—¿Como huellas? —preguntó Honey.

Trixie se dirigía ya a la puerta.

—Cualquier cosa —contestó—. ¡Lo que sea! Al fin y al cabo, Honey, hay que reconocerlo: el merodeador sigue actuando.

Otro sospechoso • 14

TRIXIE se hallaba tan excitada ante la idea de hallar una nueva pista que no deseaba detenerse por nada, ni siquiera para desayunar.

—Oh, no tengo hambre —dijo a Honey cuando las dos corrieron a ponerse sus chaquetas de Bob-Whites.

Honey arrugó el ceño.

—Pues yo creo, Trix, que deberías tomar algo.

—No tenemos tiempo —anunció Trixie sin volverse, cruzando a toda prisa el hall y bajando los escalones de la entrada—. Tal vez la policía haya averiguado ya cómo se disfrazaba el Merodeador para cometer sus fechorías. Quizás hayan encontrado incluso ese pedazo de tela. Oh, por favor, Honey. ¡Llegaremos tarde!

—¿Vamos otra vez a caballo? —preguntó Honey, jadeando por el esfuerzo de mantener la velocidad de su amiga.

Trixie se detuvo tan en seco que Honey casi tropieza con ella.

—¡Caramba! —dijo Trixie, pasándose una mano por los rizos mientras reflexionaba—. No había pensado la manera de llegar allí. Si llevamos los caballos, tendremos que escuchar toda una conferencia de Regan. Dirá que el suelo está fangoso. Los caballos pueden resbalar y caerse. Tendremos que prometer limpiar todo cuando volvamos…

Se les ocurrió a las dos al mismo tiempo.

—Iremos en nuestras bicicletas —dijeron al unísono, y se echaron a reír.

Mientras Honey volvía sobre sus pasos, cuesta arriba, Trixie se apresuraba a sacar su bicicleta del garaje de los Belden.

Una mirada le bastó para asegurarse de que Crabapple Farm no había sido dañada por la tormenta de la noche anterior. También supo que aún no habían vuelto sus padres ni su hermano pequeño, ni Brian, ni Mart. La vieja granja parecía vacía y abandonada. Hasta

tal punto que Trixie sintió tentaciones de entrar y gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—No te preocupes, casa. Volveremos todos muy pronto.

Pero no lo hizo. Al instante se olvidó por completo de aquel impulso mientras pedaleaba furiosamente por el camino de entrada de los Belden, cubierto de gravilla, para reunirse con Honey.

Las dos chicas avanzaban veloces por la carretera de La Cañada. Casi sin darse cuenta, dejaron atrás la tienda del señor Lytell. Distinguieron fugazmente al tendero en el quicio de la puerta y le dijeron adiós con la mano. Pero no se detuvieron, aunque él no dejaba de observarlas como si se preguntara adonde irían con tanta prisa.

Trixie clavaba sus ojos en el trecho de carretera que tenía por delante.

—¿Recuerdas el lugar exacto en el que viste ese pedazo de camisa roja? —preguntó Honey, respirando con fuerza.

—Jamás lo olvidaré —respondió Trixie—. Fíjate, todo el mundo pensó que era Reddy. El sitio queda cerca, así que registramos a fondo los alrededores.

—¿Queda cerca? —repitió Honey.

—Sí, pero… —arrugó el ceño—. Imagínate que ya no está ese pedazo de camisa. Imagínate que se lo llevó la tormenta. Incluso puede estar enterrado bajo las hojas y el barro. No recuerdo lo que hice con aquel trapo. Es posible que lo dejara caer al suelo. Oh, ¿por qué no me lo guardé en el bolsillo?

—Porque no sabías lo que iba a suceder, Trixie —la consoló Honey—. Ayer por la mañana ignorabas incluso que existiera alguien como el Merodeador de Me…

Dejó de hablar súbitamente.

Cuando Trixie volvió la cabeza para averiguar la razón, vio que los ojos de Honey, muy abiertos, miraban hacia adelante. Trixie pronto descubrió por qué.

Inesperadamente otro ciclista apareció en la carretera, surgiendo de un sendero lateral.

Mientras Trixie trataba desesperadamente de frenar, Honey gritaba:

—¡Cuidado! ¡Por favor, cuidado!

¡Pero ya era demasiado tarde!

Trixie vio un segundo la cara del ciclista vuelto hacia ella. Recurriendo a toda su habilidad, la chica se aferró al manillar y giró hacia la cuneta. Pero la rueda trasera resbalaba sin control sobre el barro mientras la delantera enfilaba directa hacia el grueso tronco de un abeto rojo.

Segundos más tarde se cayó; parecía como si el suelo se hubiera alzado para chocar contra ella.

Trixie quedó tendida, inmóvil, pugnando por respirar y temblando de la impresión. Estaba demasiado asustada para moverse. ¡Tenía la horrible sospecha de que, si se movía un poco, descubriría que se había roto todos los huesos del cuerpo!

Sintió que alguien se agachaba hacia ella y que una voz, a punto de quebrarse en sollozos, repetía una y otra vez:

—¿Estás bien, Trixie? Di algo. Háblame. ¿Estás bien, Trixie?

Trixie gimió y movió primero una pierna y luego la otra. No sentía dolor. Ni tenía nada roto. Cautelosamente se sentó y contempló su chaqueta de Bob-White.

La última noche alguien, probablemente Celia, había limpiado la mayor parte del barro que almacenó tras el episodio de la cuadra. Pero ahora el aspecto de la prenda era aún más impresentable, llena de pellas de barro, pedacitos de hojas secas y ramitas.

—¿Lo ves? —decía la voz de un hombre—. ¡Ya te dije que no le había pasado nada y que no tenías por qué preocuparte!

Trixie alzó la mirada y vio cómo se inclinaba hacia ella Honey, preocupada. Tras su amiga se hallaba un anciano, vestido, para su estupefacción, con pantalón corto y una camisa desgarrada, de franela roja. Revuelto su ya escaso pelo blanco, sus brillantes ojos azules la contemplaban con la serenidad de un médico.

—¡Ibas muy deprisa, Trixie Belden! —se lamentó, muy serio.

—Sí, pero yo no surgí del bosque —replicó Trixie—. ¿Está usted bien?

—Está claro que no —contestó el anciano—. Me has dado un susto de muerte, además de haber estado a punto de romperte tontamente el cuello. Supongo que ahora esperáis que os invite a leche con pastas.

Honey lo miró sorprendida.

—Nosotros no esperamos nada por el estilo —protestó—. ¿Verdad, Trixie?

Trixie asintió lentamente con la cabeza.

—Oh, sí, lo menos que puede hacer es invitarnos —suspiró, y se puso de pie con cuidado, comprobando que su cuerpo respondía—. Creo que estoy bien. Pero si me hubiese roto un hueso, esperaría algo más. Pastel de chocolate, por lo menos.

El anciano se rió.

—Puede que sea capaz de encontrar un poco de pastel de chocolate —miró a Honey y le guiñó un ojo—. Y para ti también, niña.

Trixie disimuló una sonrisa al advertir el gesto de Honey. Supuso que a su amiga no le agradaba que la llamaran «niña», igual que a ella. Pero Trixie sabía que era mejor no darse por aludida.

—Honey —dijo Trixie—. Quiero presentarte al abuelo Crimper. Era el dueño de los Almacenes Crimper's, ya sabes.

—Y sigo siéndolo —masculló el abuelo—. Lo que sucede es que ya no me dejan llevar el negocio. Dicen que soy demasiado viejo. ¡Tonterías! ¡Me siento tan joven como siempre!

—Encantada de conocerle, señor Crimper —dijo tímidamente Honey—. Yo soy Honey Wheeler.

—Llámame abuelo, niña —continuó el anciano—. Tus padres deben ser los que compraron Manor House. Bueno, vamos, ¿a qué esperáis? Si queréis pastel de chocolate, tenéis que venir conmigo. Yo no puedo cargarlo, ¿comprendéis? No sé qué os pasa a los chicos de ahora. No sois capaces de pensar por vuestra cuenta. ¿O es que tengo que explicároslo todo?

Miró a Trixie.

—¿Vienes o no?

Trixie cojeaba ligeramente cuando bordeó el árbol para examinar su bicicleta. Su rueda delantera se hallaba irremediablemente alabeada y la trasera había quedado como un ocho.

—Algo me dice que tendré que ir andando —dijo con parsimonia.

—Eso es sano —dijo adustamente el anciano—, pero no es necesario. Tengo una furgoneta cerca de aquí. Ahora sólo falta que me acuerde de en dónde la dejé.

Trixie frunció el entrecejo.

—No lo entiendo. ¿Qué hace usted conduciendo una furgoneta y

montando en bicicleta al mismo tiempo?

El abuelo Crimper sonrió malignamente.

—Engañé a mi familia —contestó—. Cuando no miraban, me llevé la furgoneta y cargué en ella la bicicleta de mi hijo.

—Su hijo —murmuró Trixie al oído de Honey— es el señor Crimper, que ahora dirige los almacenes. Lo vimos ayer, ¿te acuerdas?

—Sí —dijo el abuelo—. Mi hijo no quiere que monte en su bicicleta. Tampoco quiere que conduzca su furgoneta. Dice que ya no se me puede confiar nada que tenga ruedas. ¡Otra tontería! ¡Yo conducía cuando él aún no había nacido! ¡Bueno, vamos! ¡No querréis que pasemos aquí todo el día!

Se dio media vuelta y empezó a andar.

—Pero hay algo que todavía no entiendo —le dijo Trixie a sus espaldas—. ¿Por qué montaba usted en bicicleta?

—Quería saber si aún soy capaz de hacerlo —explicó el viejo sin dejar de caminar—. ¡Y claro que lo soy! Bien es verdad que esa estúpida máquina se ha estropeado un poco y…

«Estropeado un poco» era un eufemismo para describir el estado de la bicicleta en cuestión. Cuando las dos chicas cruzaron la carretera siguiendo al anciano descubrieron la bicicleta de Crimper, casi irreconocible. Era un amasijo de metales retorcidos.

—Tropezó con un árbol —dijo el viejo a modo de disculpa, mientras se frotaba pensativo la nariz—. Por fortuna, yo no iba montado. Tuve la buena idea de saltar. Esperadme aquí las dos, traeré la furgoneta. Por cierto, ¿dónde dejé ese maldito cacharro?

Todavía murmurando, se alejó apresuradamente y pronto se perdió de vista tras una curva de la carretera.

Honey arrugó el ceño cuando desapareció.

—¿Estás segura, Trix, de que quieres ir a su casa? ¿Te encuentras bien?

Trixie levantó una de las perneras de sus vaqueros.

—Tengo un par de magulladuras —confesó—, pero por lo demás estoy bien.

Contempló con lástima su bicicleta, apoyada ahora desmañadamente contra un matorral, cerca del lugar del accidente.

—No sé qué voy a hacer, sin embargo, con esas ruedas abombadas. No creo que esta bicicleta vuelva a ser lo que era. Dudo

incluso de si podrán arreglarla.

—Quizá Tom cuando vuelva —dijo Honey distraída, observando aún la carretera—. ¿Sabes, Trix? Había oído hablar del viejo señor Crimper, pero no es en absoluto como me lo imaginaba.

Trixie esbozó una sonrisa.

—¿Esperabas que fuese una persona anticuada?

Honey giró sobre sus talones para mirarla de frente.

—Exacto —dijo—. Creí que parecería del siglo pasado, un poco como sus almacenes. No sé si entiendes lo que quiero decirte.

Trixie sonrió.

—Una vez le pregunté a mi padre sobre él, porque recuerdo que pensaba lo mismo que tú. Mi padre me dijo que el viejo señor Crimper es, o al menos era, un hombre de negocios muy astuto. Van a comprar a Crimper's porque tiene una apariencia…

—¿Respetable? —interrumpió Honey.

Trixie asintió.

—Y porque da gran sensación de seguridad, de estabilidad, de algo que no cambia. Y su hijo lo ha entendido. No modificó nada cuando se encargó del negocio. Me pregunto si alguna vez llegará a cambiar algo.

Oyeron a lo lejos el sonido del motor de una furgoneta que se ponía en marcha.

—¿Vas a pedir al señor Crimper que nos paremos a buscar el pedazo de tela? —preguntó Honey.

—No es necesario —respondió Trixie—, ya lo he encontrado.

Los ojos color avellana de Honey se abrieron como platos cuando vio a su amiga introducir una mano en el bolsillo de su chaqueta de Bob-White; un segundo más tarde, Trixie abrió la mano y mostró en la palma un retal de franela roja.

Honey se quedó sin aliento.

—Es la pista que estábamos buscando. Pero ¿en dónde lo encontraste?

—Estaba a punto de decirte que habíamos llegado al sitio —dijo Trixie— cuando apareció el abuelo Crimper. Ésta es la pista más fácil que hemos encontrado hasta ahora. ¡Caí sobre ella, Honey!

Su amiga iba a reírse, pero advirtió la expresión de Trixie.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó.

Trixie asintió.

—¿No te has dado cuenta? El abuelo Crimper lleva una camisa roja que tiene un desgarrón. Y además conduce una furgoneta.

Honey contuvo el aliento.

—No pensarás…, no es posible que sea…

—¿El Merodeador de Medianoche? —Trixie arrugó el ceño—. No lo sé. No estoy segura. Me siento tan confusa. En cualquier caso, nada parece tener sentido. Todo lo sucedido desde ayer por la mañana me parece una locura.

—O la obra de un loco —matizó Honey—. ¿Crees… crees que puede estar loco el abuelo Crimper?

Hablaba en voz muy baja, como si temiera que el anciano pudiera oírla.

Incluso la propia Trixie miró cuidadosamente alrededor antes de menear la cabeza.

—No creo, pero nunca puedes estar segura, Honey. Papá dice que, con la edad, Crimper se ha vuelto un viejo excéntrico…

Calló cuando se oyó más próximo el motor.

Escucharon el agudo chirrido de unas ruedas que patinaban y apareció por la curva una furgoneta. Trixie distinguió una figura al volante. Vestía una camisa roja y sonreía.

Entonces la furgoneta se dirigió a toda velocidad hacia ellas.

La siguiente víctima • 15

HONEY chilló y agarró del brazo a Trixie. Pero en el último segundo el conductor giró el volante y frenó violentamente.

Trixie se estaba recuperando del susto cuando el abuelo Crimper puso torpemente un pie en el suelo.

—¿Os habéis dado cuenta? No he perdido mi habilidad al volante. Me gustaría que me hubiera visto mi hijo. ¿Que no puedo conducir? ¡Tonterías! Bueno, traed las bicicletas y metedlas atrás.

Trixie aún no respiraba con normalidad cuando dos minutos más tarde se sentó en la cabina junto a Honey.

—Pensé que iba a atropellarme —dijo al anciano cuando éste se puso al volante.

—Qué tonta eres, Trixie Belden —respondió el abuelo, accionando la llave de contacto.

Rugió el motor. Crujieron las marchas y chirriaron las ruedas cuando el abuelo Crimper giró violentamente. La furgoneta describió un cerrado círculo y aceleró hacia el Este.



Fue el recorrido más salvaje de su vida. Honey trataba de agarrarse al salpicadero y Trixie pugnó por sujetar el asa de la portezuela.

Pronto descubrieron que el señor Crimper no se molestaba en obedecer las señales de tráfico. Conducía a su aire. En dos ocasiones cruzaron un stop y en ambas aceleró mientras asomaba la cabeza por la ventanilla y gritaba:

—¡Allá vamos!

Cuando tomaron el desvío de la casa de los Crimper, Trixie y Honey no podían creer que estuvieran vivas.

—Esto es un milagro —dijo Trixie a su amiga en voz baja.

—Aún no cantes victoria —susurró Honey mientras contemplaba con ojos muy abiertos el palacio de tres pisos que tenía delante.

Parecía una mansión victoriana, completamente diferente de las casas de madera de los alrededores. La de los Crimper era de ladrillo amarillo, rematada por una historiada y profusa labor de carpintería. Su amplia entrada parecía que había sido especialmente concebida para las dos confortables mecedoras que allí se hallaban, y sus ventanas, veladas por visillos de encaje, invitaban a pasar al interior.

—No está mal, ¿verdad? —comentó el abuelo Crimper, observando la cara de Honey—. Todo el mundo imaginaba que yo vivía en una casa como ésta. Así que la construí.

Antes de que Honey pudiera responder, se abrió la puerta principal y una mujer de cabellos grises corrió hacia ellos, seguida del joven señor Crimper, que empezó a gritar en cuanto distinguió a su padre.

—¡Lo sabía! —farfulló—. ¡Sabía que papá se había llevado la furgoneta! Se escapó al primer descuido.

La señora del pelo gris suspiró.

—Realmente, Earl —dijo, mirando al abuelo—, ¿por qué haces esas cosas? ¡No sabes lo preocupados que estábamos! ¿Se puede saber de dónde vienes? Casi enloquecemos pensando lo que podría haberte sucedido…

—Vamos, vamos, sólo fui a dar una vueltecita… He traído un par de invitadas. Trixie —la miró pícaramente de soslayo— insistió en que quería un poco de pastel de chocolate. Esta otra niña es Honey Wheeler. Sus padres compraron Manor House, ¿recuerdas?

Trixie comprobó que el abuelo Crimper había desviado con éxito la atención de su esposa.

Con palabras amables, la buena mujer les dio la bienvenida y las condujo al interior, a la cálida y elegante cocina.

Pero también era evidente que el abuelo no había conseguido aplacar a su hijo. Aunque Trixie se esforzó por no escuchar, oía la voz exasperada del joven señor Crimper, regañando a su padre. Supuso entonces que acababa de descubrir lo que quedaba de la bicicleta.

Trixie y Honey se miraron.

—¿Sucede algo? —preguntó la señora Crimper, volviendo la cabeza hacia el lugar de donde venían aquellas voces airadas.

Cuando Honey terminó de explicar lo sucedido, la señora Crimper se mostró apesadumbrada.

—¡Queridas mías! —exclamó—. ¡Qué pensaréis de ese viejo incorregible! Últimamente, si no es una cosa es otra. Y mi hijo, que también se llama Earl, está muy preocupado.

Su rostro también revelaba preocupación. Les explicó que el abuelo había trabajado mucho toda su vida.

—Pero ahora que se ha retirado —concluyó suspirando— no hay nada que lo sujete. Así que nos trae locos y por lo general acaba enredado en alguna diablura. A menudo pienso que se está volviendo como un niño pequeño.

Trixie no pudo evitar pensar si entre las diabluras del abuelo figuraría el gamberrismo. No había tenido oportunidad de comparar el pedazo de tela que guardaba en su bolsillo con el siete de la camisa del anciano. Pero estaba resuelta a comprobarlo antes de abandonar aquella casa.

La señora Crimper insistió en asegurarse de que sólo eran magulladuras lo que había sufrido Trixie. Luego sentó a las dos chicas ante la mesa de la cocina y les sirvió unas buenas porciones de tarta de chocolate y dos vasos de leche fría.

Trixie se sentía incómoda al aceptar la hospitalidad de la señora Crimper. ¿Qué pensaría aquella mujer tan cariñosa si supiera que Trixie sospechaba que su marido era un delincuente?

Aparentemente, Honey experimentaba la misma sensación; era incapaz de acabar su ración de tarta de chocolate.

—¿Es que no tienes hambre, niña? —rugió una voz desde el

umbral.

El viejo entró en la habitación. Un momento más tarde lo hizo su hijo. A juzgar por la expresión de su rostro, el joven señor Crimper seguía enfadado.

—Las chicas están aún impresionadas por el accidente, papá —explicó acalorado—. Nosotros nos ocuparemos, Trixie, de que te arreglen inmediatamente la bicicleta.

—¡Bah! —refunfuñó el abuelo, sentándose. Descubrió la tarta de chocolate y se sirvió una enorme porción—. No veo por qué armas tanto escándalo por nada —comentó con la boca llena. Luego añadió—: Ya te he dicho que Trixie Belden iba muy deprisa, y la otra niña también. Fue una suerte que apareciera yo entonces. Si no, podrían haberse roto la cabeza.

Honey abrió la boca para protestar ante semejante desfachatez, pero Trixie le lanzó una mirada de advertencia.

—Tiene usted razón, abuelo —reconoció sumisa—. Esto… ¿por qué no le enseña a Honey sus joyeros?

Luego, al ver la mirada de extrañeza de su amiga, explicó:

—El abuelo los colecciona desde hace muchos años. Algunos son muy antiguos.

Los joyeros ofrecían un estado lamentable, como descubrió Honey después, cuando Trixie y ella siguieron al anciano hasta el enorme cuarto de estar.

Era evidente que el abuelo Crimper no lo creía así. Tras abrir la vitrina que guardaba los estuches, los fue señalando con orgullo antes de pasárselos a las chicas.

—Algunos —dijo— tienen mucha historia.

Alcanzó una cajita japonesa, negra, cuya tapa de madera estaba casi partida en dos.

—Éste, por ejemplo, perteneció antaño a la esposa de un presidente.

—¿A Martha Washington? —aventuró Trixie—. ¿A Dolly Madison?

—A Nellie Murphy —declaró el abuelo—. Su marido fue presidente del Club de Empresarios de esta ciudad.

La cara de Honey reflejó desilusión. Examinó cortésmente la fila de joyeros, algunos de los cuales habían perdido parte de su pintura; otros tenían tapas plateadas, pero ya deslustradas. Sólo uno

llamó su atención, como suponía Trixie.

—Oh —dijo, tendiendo la mano para tocarlo con mucho cuidado —, éste es muy bonito.

Era un pequeño joyero de delicada porcelana traslúcida, adornado con capullos de rosa y manojitos de raspilla del mismo material. En la tapa, una diminuta bailarina con vestido de encaje alzaba los brazos en una elegante postura.

Cuando el abuelo abrió el bello joyero, Trixie escuchó una vez más la cristalina melodía que le recordaba su infancia. Mart, que una vez la escuchó, le dijo que se llamaba Mangas Verdes.

—Todavía recuerdo esta música —le explicó a Honey mientras oían, muy a gusto, la melodía.

El abuelo dejó en su sitio el joyero y cerró la vitrina.

—Digan lo que digan —comentó—, esta colección es muy valiosa.

Trixie arrugó el ceño y pensó que el abuelo probablemente tenía razón. La colección era muy valiosa…, pero sólo para él. Para nadie más. ¿O acaso…?

—¿Es que alguien ha querido comprársela? —preguntó.

—¡Bah! —Gruñó el abuelo, al parecer irritado—. Hace varias semanas mi hijo quiso deshacerse de todo esto. Llamó a alguien de Nueva York, a una anticuaría, una jovencita que no sabe lo que dice.

Trixie pensó en la mujer morena que había visto el día anterior en los Almacenes Crimper's.

—¿Era Margo Birch? —preguntó.

El abuelo asintió.

—Esa estúpida. Le dijo a mi hijo que la colección prácticamente no valía nada. Me ofreció cincuenta dólares por todo. Yo le respondí que no le vendería un solo joyero ni por cincuenta mil. Volvió dos veces para tratar de convencerme.

—Entonces es que tenía mucho interés en la colección —observó Honey.

—Dijo que había encontrado un comprador que estaba deseando quitármela de las manos —explicó brevemente el abuelo mientras volvían a la cocina—. Parecía como si estuviera haciéndome un favor. ¡Qué joven tan estúpida!

Por la expresión del rostro de Honey, Trixie advirtió que

consideraba excesivo pagar cincuenta mil dólares por la ridícula colección del abuelo.

Su hijo, que había oído las últimas palabras de su padre, evidentemente pensaba lo mismo.

—Vamos, papá —le dijo—, Margo Birch es una mujer demasiado buena. Intentaba hacerte un favor, eso es todo.

Se dirigió a Trixie.

—Resulta que vive por aquí cerca y creyó que a papá le gustaría…

—Pues bien, estaba equivocada —le interrumpió, enojado, el abuelo.

Trixie seguía pensando en el viejo señor Crimper cinco minutos después, cuando Honey y ella se acomodaron de nuevo en la furgoneta.

Esta vez era el joven Crimper quien estaba al volante. Para alivio de Trixie, había insistido en ser él quien las llevara a casa. La bicicleta de Honey se hallaba a buen recaudo en la parte de atrás. La de Trixie, en el garaje de los Crimper. Le repitieron que la arreglarían pronto.

—No te preocupes —dijo el joven señor Crimper a Trixie, adivinando sus pensamientos mientras salía con cuidado del camino vecinal—. Ya cuidaré de que mi padre no ponga sus manos en ella cuando esté arreglada.

Le sonrió.

—No creáis, me gusta que mi padre se distraiga, pero no quiero que le suceda nada malo.

Trixie asintió.

—Supongo que yo haría lo mismo si estuviese en su lugar.

Pero no pudo imaginar que su padre, el banquero Peter Belden, llevara alguna vez una conducta tan excéntrica como la del viejo Crimper.

Al mirar por la ventanilla, tuvo ocasión de fijarse en los grandes daños que había provocado la tormenta. Aunque el aire era limpio y fresco, las numerosas ramas caídas daban al bosque un desolado aspecto. Parecía como si una mano enorme y furiosa las hubiera arrancado.

Pronto enfilaron la carretera de La Cañada. Luego, cuando llegaron a la altura de la desviación del camino que los Bob-Whites

habían llamado Sendero de Harrison, Trixie sintió acelerarse los latidos de su corazón.

El coche de policía del sargento Molinson se hallaba detenido junto al comienzo del sendero. Quizá ya estaba allí cuando pasaron antes, pero Trixie no lo había visto, asustada por la velocidad a la que condujo el abuelo Crimper la furgoneta.

Supuso que el sargento y sus hombres continuarían buscando pistas en las proximidades de la cabaña del bosque. Imaginó también que seguirían con ellos Brian, Mart y Jim.

Al ver el coche de la policía, el señor Crimper redujo hasta casi detener el vehículo. Luego arrugó el ceño y murmuró:

—No, ya hablaré con el sargento a la vuelta.

Trixie lo miró sorprendida.

—¿Ha sucedido algo, señor Crimper?

Mientras formulaba la pregunta tuvo un repentino presentimiento de cuál sería la respuesta.

Él asintió con la cabeza.

—No pensaba decírselo a nadie —comentó—, excepto a la policía, claro. Y desde luego no deseo que mis padres se enteren. No quisiera que se preocupasen.

Retiró una mano del volante y la introdujo en un bolsillo de su chaqueta.

—Mira esto —dijo—. Debió llegar ayer, con el correo de los almacenes. No sé cómo, pero se quedó sobre la mesa. Lo encontré esta mañana cuando fui a ocuparme de la contabilidad. No sabía qué hacer. Estaba a punto de llamar a la policía cuando llegasteis a casa.

Le entregó una carta.

Honey respiró hondo cuando reconoció las letras de imprenta escritas en el sobre.

—¿Y dice usted que llegó ayer a los almacenes? —preguntó.

La carta era semejante a la que llegó el día anterior a casa de Honey. Esta vez decía: Señor Crimper/Almacenes Crimper’s.

Incluso antes de desdoblarla, Trixie imaginaba lo que encontraría.

Leyó:

¡CUIDADO!
¡MAÑANA POR LA NOCHE IRÉ A VISITARTE!

—¡Si fue entregada ayer —dijo Trixie despacio— eso significa que el Merodeador irá a los almacenes esta noche!

—Sí —respondió lacónicamente el señor Crimper.

Trixie se sintió de repente muy excitada. Ésta era la gran oportunidad que había estado esperando. El Merodeador de Medianoche no sería el único que acudiría esa noche a los almacenes.

Trixie también pensaba ir.

Trixie hace planes • 16

TRIXIE seguía pensando en la carta cuando el señor Crimper se detuvo ante el desvío de la casa de los Belden.

—¿Os importa que os deje aquí? —preguntó—. Quiero alcanzar al sargento Molinson antes de que vuelva a la ciudad.

Las dos chicas salieron y observaron cómo depositaba la bicicleta de Honey en el suelo con mucho cuidado. Luego, agitando cordialmente la mano, el señor Crimper se fue.

Apenas había desaparecido de su vista, Honey se volvió ansiosamente hacia su amiga.

—Bueno —preguntó—, ¿encajaba?

Trixie, concentrada en tramar diversos planes, al principio no entendió lo que quería decir Honey.

—¿Cómo que si encajaba? Ah, ¿quieres decir esto?

Extrajo una vez más de su bolsillo el jirón y lo contempló ensimismada.

—¡Pues claro! —exclamó impaciente Honey—. Comprendí tu intención de que viera los joyeros del viejo Crimper para poder tú comparar los dos tejidos. También vi que, a sus espaldas, los cotejabas.

Trixie se rió.

—Creí que no te habías dado cuenta.

—¿Encajaban o no? ¿Era la camisa del abuelo la que llevaba el viernes por la noche el Merodeador?

El semblante de Honey se ensombreció cuando Trixie negó con la cabeza.

—No —reconoció—, no era la misma. Era un tono distinto de rojo. Y, por la forma en que le regañaba la señora Crimper cuando nos íbamos, creo que la camisa del abuelo no estaba desgarrada cuando salió por la mañana. Quizás se le rompió cuando chocamos.

Honey suspiró.

—Creía que era el culpable.

—Tal vez lo hayamos encontrado —comentó Trixie con aire de misterio—. ¿Te has parado a pensar que el Merodeador de Medianoche podría ser el joven señor Crimper? Tengo un presentimiento…

Honey la observó atónita.

—¿Por qué lo dices?

—Tiene una furgoneta —señaló Trixie—, y sabemos que el gamberro conducía una el viernes por la noche…

Se pasó una mano por los rizos.

—Pero no entiendo por qué iba a atacar sus propios almacenes —añadió.

—Tal vez para cobrar un seguro —opinó Honey.

—¿Por qué asaltó entonces la escuela, el Wimpy y el Robín? No tiene sentido.

—Nada tiene sentido —se lamentó Honey— desde que empezó este asunto. El gamberro, sea quien sea, rompió un cristal de la escuela y robó una pequeña cantidad de dinero. Robó hamburguesas crudas del Wimpy y luego perdió parte de ellas…

—… y guardó el resto en una vieja cabaña del bosque —completó Trixie.

—Y cuando fue al Robín —dijo Honey— robó tres collares sin valor y diez dólares en metálico.

Las dos chicas se miraron una a otra.

—Es como si alguien quisiera convertirse en una plaga —sentenció Trixie.

—O como si pretendiera sembrar el pánico.

—Quizás sea alguien de la escuela en quien no hemos pensado —aventuró Trixie—. Tal vez alguno de los que han escrito a la señorita Corazón Solitario.

Honey callaba. Trixie imaginó que se esforzaba en descubrir quién sería.

—El único del que sabemos con certeza que no es el Merodeador de Medianoche —prosiguió Trixie, frunciendo el ceño— es Mart. Y sólo los Bob-Whites tenemos esa seguridad. Por eso, Honey, debemos ir esta noche.

Honey la miró sorprendida.

—¿Ir adonde?

—A Crimper's —respondió Trixie, y luego comenzó a andar por el sendero que conducía a su casa—. Tenemos que encontrar algún medio. Es domingo, así que los almacenes cerrarán pronto, a las seis.

Honey, empujando la bicicleta mientras andaba junto a su amiga, movía la cabeza.

—No veo cómo podremos conseguirlo, Trix. Mañana es día de clase, así que tendremos que estar pronto en casa.

—Yo encontraré un medio —murmuró Trixie—. Tengo que encontrarlo.

Torció el gesto al acercarse a Crabapple Farm. No estaba el coche de su padre; esperaba que estuviese aparcado en el camino. Tampoco aparecía signo alguno de que se hallara su madre en casa. Obviamente no había allí nadie más que Reddy.



Surgió de repente de un lateral de la fachada, saltando hacia las dos chicas. Luego, al verlas, se detuvo en seco y gruñó.

Trixie lo miró extrañada.

—¡Reddy! ¿Qué te pasa, perro? —Chasqueó los dedos—. ¡Ven aquí! ¡Vamos!

Reddy acudió lentamente, de mala gana. Se sentó a los pies de Trixie y la miró ansioso, como esperando algún premio. Como no le dio nada, pareció decepcionado y regresó despacio a la casa.

Honey se echó a reír.

—Me pregunto qué le pasará. Parece como si esperara a alguien y se desilusionara al ver que éramos nosotras.

Las chicas se olvidaron al punto del incidente. Trixie hizo entrar a su amiga en la cocina por la puerta trasera.

—No lo entiendo, Honey —dijo, examinando aquella habitación, que le era tan grata—. Hace ya tiempo que deberían estar en casa mi padre, mi madre y Bobby. ¿Qué puede haberles sucedido?

No pasó mucho tiempo antes de que le llegara la respuesta. Sonó el teléfono cuando Trixie estaba a punto de subir al piso de arriba para quitarse las ropas manchadas de barro.

—¿Eres Trixie? —dijo su madre al otro lado de la línea—. ¿En dónde estabas? ¿Y Brian y Mart? Llevo una hora llamando cada diez minutos.

En breves palabras Trixie le explicó que había estado con Honey.

—Y los chicos no andan lejos —añadió vagamente. No quería preocupar a su madre explicándole por qué no se hallaban en casa.

La señora Belden titubeó y luego dijo lentamente:

—Me ha sucedido la cosa más tonta, Trixie. Estábamos a punto de volver, pero resbalé al entrar en el coche.

—¡Oh, mamá! —gritó Trixie sobresaltada—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho algo?

—Creí que me había roto la espina dorsal —respondió su madre —, pero no ha sido nada. El médico dice que no tengo que preocuparme, aunque tengo que estar en reposo hasta mañana. ¿Crees que podréis arreglaros hasta entonces? Papá está aquí y quiere hablar contigo. Y también Bobby.

Trixie colgó el teléfono cinco minutos más tarde. Aunque se sentía preocupada por su madre, su padre le había asegurado que estaba bien.

—Mañana sin falta llegaremos —le prometió Peter Belden—. Dile a Brian que se haga cargo de todo. Ya he llamado al Banco y

les he avisado de que llegaré tarde mañana. En cuanto a Bobby, no podrá ir mañana a la escuela, qué le vamos a hacer. Oye, ¿estáis todos bien? ¿Os arreglaréis sin nosotros?

Trixie le aseguró que sí. Habló también con Bobby, que parecía muy satisfecho de faltar a clase por la mañana.

—Es como si estuviera de vacaciones, Trix —dijo con su chillona voz—. ¿No te gustaría tener tú también vacaciones, Trix?

Se puso contento cuando ella le respondió que también le gustaría tener vacaciones, aunque, como dijo a Honey apenas colgó, lo último que le preocupaba ahora eran las vacaciones.

—Esto va a facilitar nuestros planes —dijo Trixie—. Me gustaría que mi madre no se hubiera hecho daño en la espalda y que estuvieran todos en casa, pero, Honey, ¿no te das cuenta?

Sus ojos brillaban.

—Así podremos ir esta noche a los almacenes Crimper's —susurró.

Honey arrugó el ceño.

—No me gusta esto, Trix —replicó—. Es muy arriesgado. Además, Brian no te dejará ir.

Trixie observó a su amiga mientras reflexionaba.

—No me dejaría… si yo se lo dijese. Pero no creo que vaya a decirle nada.

Honey observó a Trixie con ojos inquietos.

—Eso puede servirte a ti, pero ¿qué hago yo? Desde luego, la señorita Trask no me dejará ir.

—Ya he pensado en eso —dijo Trixie, dirigiéndose a la escalera—. Puedes decir a la señorita Trask que vas a pasar la noche en mi casa. Yo le diré a Brian que dormiré en la tuya y así…

—¡Pero eso es ruin! —gimió Honey, siguiendo a su amiga, camino del dormitorio.

—Cierto —reconoció Trixie, mirándola—. Pero piénsalo de esta manera, Honey. Mart tiene problemas…, incluso con la policía. Necesita ayuda. Tenemos que ayudarle…, por lo menos yo tengo que ayudarle.

Honey reflexionó breves instantes.

—De acuerdo, iré. Espero que no nos arrepintamos.

—No —le aseguró Trixie.

Por si acaso, se llevó las manos a la espalda y cruzó los dedos.

Nunca se sabe.

Captura en Crimper’s • 17

TRIXIE jamás había vivido un día tan largo como aquél. No hacía más que mirar el reloj y preguntarse si estaba parado.

Honey fue a su casa a pedir permiso para pasar la noche en la de Trixie, y Brian y Mart regresaron.

Por la expresión de sus rostros, Trixie dedujo al instante que nada nuevo se había descubierto en la vieja cabaña del bosque.

En pocas palabras Mart explicó a su hermana que todavía se hallaba bajo sospecha. Luego ambos chicos escucharon muy atentos cuando Trixie les explicó lo sucedido a su madre.

Brian insistió en llamar a Albany para asegurarse de que su madre se encontraba realmente bien.

También Mart habló con sus padres. Trixie advirtió que en un determinado momento titubeaba antes de asegurar a su padre que en casa todo marchaba bien.

Trixie supuso que le hubiera gustado explicar a sus padres todos sus apuros, pero no lo hizo.

—No quise preocuparles —explicó cuando colgó.

—Tranquilo, Mart —dijo Brian a su hermano—. Con sólo explicar al sargento qué estabas haciendo en la escuela el viernes por la noche…

Pero Mart se negó en rotundo. Aunque había mejorado el día anterior al revelar su secreto a los demás Bob-Whites, ahora se sentía deprimido.

—La culpa es mía —repitió varias veces—. Evidentemente, di a alguien un mal consejo y luego actuó en consecuencia.

—Eso no lo sabes —objetó Brian.

—¿Qué otra explicación hay entonces de todo lo que está pasando? —preguntó Mart.

—Si no hubiera sido por ese estúpido artículo publicado en el Sun esta mañana… —empezó a decir Trixie.

—No es sólo eso —interrumpió Mart, dirigiendo a su hermana una mirada angustiada—. No es sólo la opinión de la periodista Vera Parker. Ni que Margo Birch piense que el Merodeador de Medianoche es un adolescente perturbado. Es toda la población. He oído esta mañana la radio. Desde los destrozos causados en el Robín, todos se muestran furiosos e irritados. Date cuenta, tienen miedo de ser los próximos.

Trixie abrió la boca para corregirle, pero la cerró precipitadamente.

Brian no se dio cuenta del gesto.

—La gente cree que el gamberro es un alumno de la escuela, Trix —le explicó.

Mart observó a Reddy, que, sentado ante la puerta trasera, aguardaba a que le dejaran salir por tercera vez en muy poco tiempo.

—Ni siquiera Reddy se muestra amable conmigo —comentó amargamente Mart.

—Él no está hoy amable con ninguno de nosotros —le corrigió Brian, viendo cómo Reddy echaba a correr en cuanto se le abrió la puerta—. ¿Qué le pasa a este perro?

Pero Trixie tenía otras cosas en qué pensar para ocuparse de la extraña conducta de Reddy.

Brian se tomó muy en serio su encargo. Como cabeza de familia en funciones, insistió en que se realizaran todas las faenas domésticas antes de que regresaran sus padres.

En consecuencia, Trixie tuvo que barrer, tarea que le desagradaba en extremo. Pero ni siquiera así se le pasaba más deprisa el tiempo.

En varias ocasiones, durante el curso de aquella tarde, estuvo a punto Trixie de confiarse a su hermano mayor. Al final no lo hizo porque estaba segura de que Brian no aprobaría su plan. La cosa habría sido diferente de haber estado en casa sus padres. Pero en su ausencia, Brian se mostraba muy dictatorial.

Eran las cuatro de la tarde cuando Trixie empezó a guardar los útiles de limpieza. Entonces dijo como de pasada:

—A propósito, Brian, me han invitado otra vez a pasar la noche en casa de Honey.

Brian no receló nada.

—Bueno, no llegues tarde mañana a la escuela —fue todo lo que comentó.

Trixie se marchó, recogiendo antes su vieja chaqueta. Tal como habían acordado, minutos más tarde se reunió con Honey en la parada del autobús, al final del cruce, junto a la finca de los Wheeler.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Trixie, asegurándose de que nadie las observaba.

—Aún me siento culpable —respondió Honey, ajustándose su chaqueta—. Dije a la señorita Trask que iba a dormir en tu casa. Y tú has dicho a Brian que ibas a dormir en la mía. Espero que nadie descubra nuestros embustes.

Seguía preocupada cuando apareció el autobús, y, al llegar a la ciudad, Trixie se sentía tan culpable como su amiga.

Cuando cruzaban la plaza, se tranquilizó pensando que Honey y ella habían mentido para ayudar a Mart.

—Aún no sé qué tenemos que hacer —comentó Honey cuando se encontraron ante los Almacenes Crimper's.

—Yo sí —replicó Trixie—. Ya lo he decidido. Tranquila, Honey. Conozco los almacenes desde que era pequeña. Sé de un lugar donde podremos escondernos. Allí esperaremos hasta que llegue el Merodeador de Medianoche.

—¿Y después? —preguntó Honey.

—Ya veremos…

Honey se estremeció y miró calle arriba y calle abajo. Tenía miedo de que apareciera de repente el Merodeador de Medianoche. Pero sólo distinguía el tropel de compradores y paseantes típicos de los domingos.

Cuando entraron apresuradamente en el establecimiento, Trixie dirigió una mirada al despacho acristalado del señor Crimper, pero afortunadamente no estaba allí. Nadie, por lo demás, mostró el más ligero interés por sus movimientos.

Trixie avanzó enseguida hacia el viejo ascensor y momentos más tarde Honey y ella ascendían al segundo piso.

Cuando llegaron, Trixie salió y miró atentamente a su derecha. Dos dependientes charlaban al fondo, pero ni siquiera repararon en ellas.

—¡Deprisa, Honey, por aquí! —murmuró Trixie, dirigiéndose

hacia una pila de colchones situados junto a una pared.

Honey observó la abundancia de muebles de dormitorio que había en torno.

—Qué… —empezó a decir.

Trixie la cogió con fuerza del brazo y sin decir palabra señaló al frente.

Honey observó extrañada una puertecilla junto a los colchones.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—La puerta de una galería que nadie utiliza —susurró Trixie a su oído—. No es muy profunda pero se extiende por todo el segundo piso. La descubrí una vez, hace mucho tiempo; mamá estaba de compras y yo me aburría.

Mientras hablaba, empujó el pomo suavemente. La pequeña puerta se abrió sin hacer ruido.

Honey se volvió para mirar hacia atrás.

—No te preocupes —le dijo Trixie, impaciente—. Nadie puede vernos. Los colchones nos ocultan de la vista de todos.

Dentro, reinaba la más absoluta oscuridad.

—¿Es… es aquí en donde vamos a escondernos? —preguntó Honey, conociendo la respuesta.

Trixie asintió.

—Vamos —murmuró—. Sígueme.

Había tenido que agacharse para pasar por la puertecilla, pero una vez dentro la altura era suficiente.

Aguardó hasta que estuvo Honey junto a ella y luego cerró silenciosamente la puerta.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Trixie pudo distinguir tuberías desgastadas y cables instalados junto al muro. Imaginó que aquel lugar servía también de almacén, aunque se veían pocas cajas. No había luz y Trixie se lamentó de no haber traído alguna linterna.

—Y ahora, ¿qué? —murmuró Honey.

—A esperar —contestó Trixie—. Podemos sentarnos en el suelo y aguardar a que cierren.

—¿Y luego?

Trixie suspiró.

—Pues luego, si tenemos suerte, capturaremos al Merodeador de Medianoche.

Incluso después de que cerraran los almacenes, Trixie insistió en que permanecieran allí.

Las horas transcurrían lentamente. Ningún sonido llegaba de afuera. Las agujas luminosas del reloj de Honey señalaron las diez, las once, las once y media.

Finalmente Trixie se puso en pie y con cautela avanzó un paso.

—Creo que no hay nadie —dijo—. Aguardaremos junto a los colchones.

Abrió la puerta con sigilo y echó una mirada en derredor.

Habían dejado encendidos dos pilotos; no se veía a nadie.

Trixie ayudó a Honey a salir. Pronto las dos amigas se hallaron en aquella apartada sección de los desiertos almacenes.

Trixie se rió para sus adentros.

—Lo conseguimos, Honey —dijo—. Nadie sospecharía que estamos aquí.

—Sí —replicó tranquilamente Honey—, pero acabo de pensar otra cosa. ¿Cómo conseguirá entrar el Merodeador de Medianoche? Imaginará sin duda que la policía vigila el exterior del edificio.

Trixie se quedó sin aliento. ¡La policía! ¡Se le había olvidado! Con seguridad lo mismo le habría sucedido al Merodeador de Medianoche… Pero ¿por qué razón enviaba una carta para advertir a todo el mundo dónde pensaba dar su siguiente golpe?

Frunció el ceño.

—¿Sabes, Honey? —dijo—. Es muy extraño. Eso de que enviara una carta a la escuela y al Wimpy y a tu casa…

—No corría demasiado riesgo en los dos primeros casos —dijo Honey, observando con aprensión las sombras que las rodeaban—. Sus cartas no fueron entregadas hasta después de que él hubiera estado en el lugar. Y en realidad tampoco estuvo en mi casa. Se dirigió al remolque y allí hizo los destrozos y robó…

Trixie miró a su amiga. ¡Honey tenía razón! El Merodeador de Medianoche no había corrido el más mínimo riesgo.

—¿Pero cuál es su objetivo? —preguntó—. ¿Qué pretende?

Honey esbozó una sonrisa nerviosa.

—Se ha tomado tantas molestias que debe de andar tras un montón de dinero.

—Pues no ha robado gran cosa —objetó Trixie, reflexionando—. Donde más, en el Wimpy…

Honey se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez intenta despistar a la gente.

Trixie se quedó como congelada.

—Oh, Honey —dijo despacio—. Creo que otra vez aciertas. Imagínate que deseas robar en un sitio determinado, pero que si lo hicieras te convertirías en el sospechoso número uno. Entonces, para engañar a todos, cometerías varios robos con objeto de que parecieran obra de otra persona. E imagínate que los importantes no son los tres primeros robos, sino que el serio es el último. Éste.

—¿Quieres decir —preguntó abrumada Honey— que había pensado robar desde el principio a los Crimper?

—Sí —afirmó Trixie nerviosa—, pero no aquí. Oh, Honey, ¿no te das cuenta? ¡Hemos estado aguardándolo en un sitio equivocado! ¡Rápido! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Es nuestra última oportunidad de pillar al Merodeador de Medianoche con las manos en la masa! ¡Si fracasamos ahora, Mart será tenido por sospechoso el resto de su vida!

Corría hacia las escaleras. De pronto se detuvo y su corazón empezó a latir a toda velocidad. ¡Alguien estaba moviéndose en el piso de abajo!

Trixie vislumbró borrosamente una silueta que se deslizaba por el pasillo central, seguida por una negra sombra.

Entonces los acontecimientos se precipitaron. Las puertas de los almacenes se abrieron de par en par. Trixie vio a los policías, que aguardaban en la calle. Iban armados.

—¡Alto! —gritó uno de ellos desde la puerta del establecimiento —. ¡Estás atrapado!

La silueta se quedó inmóvil.



Un hombre fornido se acercó a toda prisa.

—¡Esta vez eres nuestro, Merodeador de Medianoche! —dijo burlonamente el sargento Molinson cuando enfocó con su linterna la pálida cara del intruso.

¡Era Mart!

El Merodeador, desenmascarado • 18

TRIXIE no dudó un instante. Casi voló para salvar el resto de los peldaños.

—¡Trixie! —exclamó Mart boquiabierto—. ¿Qué estabas haciendo aquí?

—¡Aguarde! ¡Oh, por favor, aguarde, sargento Molinson! —gritó con todas sus fuerzas.

Sorprendentemente, el sargento de policía estaba aguardando; al segundo siguiente Trixie comprendió por qué. La confusa sombra que había visto pegada a los talones de Mart tenía forma canina. Enseñaba los dientes y gruñía amenazadoramente.

¡Era Reddy!

El sargento Molinson hizo señas a sus hombres para que se quedaran quietos. Trixie vio que alzaba lentamente su arma.

—¡No! —gritó, y se precipitó hacia adelante.

El sargento Molinson volvió hacia ella su rostro, en el que se reflejaba la sorpresa. Luego el policía distinguió a Honey, que corría hacia el grupo.

—Pero ¿qué es esto? —se extrañó el policía—. ¡Dos más! Debería haber imaginado que este chico, Belden, tendría cómplices.

Trixie no se molestó en replicarle. Se adelantó y sujetó firmemente a Reddy por el collar.

—¡Tiene que escucharme! —gritó desesperadamente—. Si no lo hace…

Trató de inventar una amenaza que surtiera efecto.

—… le echaré a mi perro. ¡Y quiero advertirle que sabe matar!

Inmediatamente Reddy dejó de gruñir. Encogió las patas traseras y se sentó, meneando la cola. Observó pacíficamente al sargento Molinson. Parecía la viva imagen de la inocencia.

Mart no se dio cuenta.

—No he hecho nada, Trix —dijo—. Oí a Crimper hijo informar a

la policía de la carta que recibió. Eso es todo. Entonces decidí capturar por mi cuenta al Merodeador de Medianoche. Probablemente salí de casa muy poco antes que tú. Vine hasta aquí en bicicleta. Reddy me siguió, pero no me di cuenta hasta que ya casi estaba en la ciudad. Hemos permanecido ocultos tras uno de los armarios del almacén.

Trixie no dio al sargento Molinson oportunidad de decir una palabra. A toda prisa, mirando con preocupación el enorme reloj que colgaba de la pared, reveló al sargento todas sus sospechas.

Mart se sorprendió al enterarse de que su hermana había logrado descubrir la identidad del Merodeador de Medianoche.

—Ya ve, pues —concluyó Trixie—, no tenemos un momento que perder. Tenemos que ir allá inmediatamente, antes de que se cometa el robo.

La cara del sargento Molinson estaba más congestionada que nunca.

—¿Y esperas que me trague esa historia? —preguntó, girando para hacer una señal a sus hombres—. Ni muchísimo menos. Venga, venid conmigo a la comisaría. Y si ese perro se mueve…

Hizo un gesto amenazador con la pistola que todavía empuñaba su enorme mano.

Reddy no prestó atención. Permaneció sentado, batiendo el suelo con su cola mientras observaba cordialmente a todos.

Trixie, después, no estuvo nunca segura de lo que habría sucedido de no surgir un súbito alboroto en la entrada.

Apareció el señor Crimper hijo, y dando grandes zancadas se acercó a ellos.

—¿Qué es todo esto? —dijo—. ¿Por qué detiene usted a estos chicos?

—Les hemos sorprendido robando en los almacenes —anunció orgullosamente el sargento Molinson.

—¡No es cierto! —gritó Trixie—. Oh, señor Crimper, tal vez usted nos escuche. ¡Tiene que escucharnos! ¡Ya casi no queda tiempo!

Trixie contó rápidamente la misma historia por segunda vez aquella noche. El joven señor Crimper se quedó espantado.

—¡Cielos! —exclamó con voz entrecortada—. ¿Y quién es el Merodeador de Medianoche?

Trixie se lo dijo.

Después, todo se sucedió con enorme rapidez.

Crimper insistió en que la policía actuara inmediatamente. No había tiempo que perder.

—Si no lo hacen —amenazó—, me encargaré de azuzar a los periódicos.

—Y qué reportaje tan bonito saldría —comentó tranquilamente una voz.

Trixie se volvió y vio a la reportera del Sun, Vera Parker, con su bloc en la mano, dispuesta a tomar nota de todo lo que se dijera.

La discusión quedó zanjada cuando el joven señor Crimper convenció al sargento Molinson de que podría detener a los tres Bob-Whites si resultaba errónea la teoría de Trixie.

Al momento, Trixie se vio con Honey, Mart y Reddy en el asiento posterior de un coche de la policía lanzado a toda velocidad.

—¿Queréis dejar el perro en vuestra casa? —preguntó a Trixie el joven policía que conducía el vehículo. Había una cierta esperanza en su voz cuando redujo la marcha al aproximarse a Crabapple Farm.

—No —replicó con firmeza Trixie, con su mano sobre el collar de Reddy—. Algo me dice que Reddy va a sernos de gran ayuda…

—Sería la primera vez —desconfió Mart, observando al perro—. Casi consiguió que me detuvieran.

—¿Cómo va a ayudarnos Reddy? —preguntó Honey.

Trixie tomó aliento.

—Hasta ahora —dijo— nadie ha visto al Merodeador de Medianoche, excepto Lester Mundy…

—¡Y Reddy y Patch! —exclamó Honey con los ojos muy abiertos —. Y puesto que no están aquí ni Lester ni Patch, Reddy es el único que puede identificar al ladrón.

—Aún no lo entiendo —comentó Mart, gesticulando con la cabeza.

—Pues piénsalo bien —dijo Trixie—. No hay posibilidad alguna de que nuestro sospechoso haya visto a Reddy excepto la noche en que asaltó el Wimpy. Ahora estoy segura de que Reddy vio al ladrón ocultar las hamburguesas en la vieja cabaña. Date cuenta, el Merodeador no las necesitaba ni podía permitir que le

sorprendieran con aquello, porque eso significaba descubrirse. Por otro lado, Reddy piensa que consiguió un nuevo amigo, un amigo que le proporciona excelentes hamburguesas crudas. Por eso Reddy se ha mostrado tan nervioso desde aquel día. ¡Estaba aguardando a que apareciera su amigo con más carne! Incluso se lanzaba en su búsqueda. Ahora, es de esperar, lo identificará sin problemas.

—Pues todavía no entiendo por qué robó el Merodeador de Medianoche los collares de Celia —reconoció Honey.

—No me sorprendería que también quedara claro muy pronto —respondió Trixie—. El Merodeador de Medianoche tenía que hacer creer a todo el mundo que los hurtos eran obra de alguien de nuestra edad; por eso, lo que robó, aparte de calderilla…

—… era una cortina de humo —concluyó Mart—. Sí, ahora lo entiendo, Trix.

Se volvió sonriente hacia su hermana.

—Sospecho que, después de todo, tu cerebro no tiene el tamaño de un guisante.

Trixie se mordió los labios.

—No digas eso, Mart —repuso en voz baja—; aún podría equivocarme. Imagínate que no se presenta el Merodeador de Medianoche. Imagínate…

Seguía angustiándose cuando el coche tomó la carretera de Albany y se detuvo silenciosamente ante el majestuoso edificio Victoriano, medio oculto entre el follaje. En breve otros tres coches de la policía se pararon a su lado.

Trixie advirtió que Vera Parker, con el bloc de notas en la mano, iba en el coche del sargento Molinson.

La periodista se fijó en los tres Bob-Whites, que miraban nerviosos. Les dijo:

—Chicos, sé que debo pediros perdón. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba cuando escribí aquel artículo. Ya veo que sois estupendos.

—¡Bah! —Gruñó Mart cuando se alejó—. Ni siquiera sabe si es acertada la teoría de Trixie.

La espera les pareció interminable. En dos ocasiones Trixie creyó ver al Merodeador de Medianoche agazapado ante los matorrales del patio que daba a la fachada. Pero en ambos casos era uno de los hombres del sargento Molinson. Los demás se hallaban escondidos

por los alrededores.

Por fin, la paciencia tuvo su premio. Una figura surgió lentamente de las sombras y se dirigió, gateando, hacia la casa.

Honey susurró:

—¡Es el Merodeador de Medianoche!

La presión de los dedos de Trixie en su brazo la obligó a callar.

La misteriosa figura colocó cuidadosamente algo en un macizo de flores próximo a una ventana. Luego, con cautela, rompió un pequeño cristal, accionó el cierre y abrió la ventana; después, entró.

Al cabo de un tiempo, que se les antojó una eternidad, la figura reapareció, saltó desde el alféizar y aterrizó ágilmente en el suelo. Llevaba un saquito.

Tras colocarlo con cuidado en el suelo, el ladrón recogió del macizo de flores el objeto que había ocultado allí.

Luego se desplazó con rapidez hacia el muro exento de una fachada. Alzó un brazo. Tenía preparado el spray para hacer una pintada.

Durante todo el tiempo, Reddy había estado gimiendo y revolviéndose mientras Trixie le sujetaba firmemente por el collar. De repente lo soltó y el perro se escapó.

Los tres Bob-Whites jamás lo habían visto correr con tal rapidez. Moviendo su larga cola, voló literalmente hacia la figura, que vestía pantalones oscuros y camisa más clara. El silencio de la noche se quebró cuando Reddy empezó a lanzar alegres ladridos de bienvenida.

El perro se precipitó en brazos de su amigo el Merodeador, que evidentemente no estaba preparado para tal recibimiento. Por un momento Trixie experimentó simpatía por aquella figura que intentaba escapar de los lametones con que Reddy expresaba su alegría.

Entonces la policía cerró el cerco y se acabó la función.

—¡Esta vez te tenemos, Merodeador! —anunció el sargento Molinson por segunda vez en la noche.

Luego no pudo resistir la tentación de añadir, sin mirar a Trixie:

—Siempre supe que eras tú.

Cerró las esposas en las dos delgadas muñecas y observó a su prisionera, que era ni más ni menos que ¡la anticuaría Margo Birch!

Hasta que concluyó al día siguiente la jornada escolar, Trixie no

tuvo ocasión de contarles todo a los demás Bob-Whites. Se reunieron en su club y la escucharon en silencio.

—Está claro —terminó Trixie— que Margo Birch iba desde el principio a por aquellas cajitas. La mayor parte no valían nada, pero una…

—¿La de la bailarina? —preguntó Honey.

Trixie asintió.

—Sí, ésa. No sé cómo, pero el viejo Crimper consiguió una verdadera obra de arte entre las porquerías que compró. Margo Birch reconoció su valor en cuanto la vio. Ha confesado a la policía que vale diez mil dólares. Perteneció a una emperatriz rusa, imaginad.

Brian callaba. Aún lamentaba haber pasado durmiendo toda la noche, mientras se desarrollaban aquellos acontecimientos. No se enteró de nada hasta que el sargento Molinson en persona acompañó a Crabapple Farm a Trixie, Mart, Honey, y al desilusionado Reddy.

Honey se rebulló.

—Me alegro de no haber engañado demasiado a la señorita Trask —dijo mirando a Trixie—. Al fin y al cabo, acabé la noche en tu casa, ¿verdad?

Jim arrugó el ceño.

—Es igual, Honey. No vuelvas a hacer una cosa así.

Honey resopló.

—No, tienes razón. Era peligroso.

—Y a ti, Mart —preguntó despacio Di—, ¿qué tal te ha ido en la escuela?

Mart sonrió de oreja a oreja.

—¡A las mil maravillas! —anunció—. En realidad, no podía irme mejor. Tuve una larga conversación con mi profesor de periodismo. ¿Sabéis qué paso? Me levantó la veda. Va a enseñarme a escribir otro tipo de artículos para el periódico de la escuela; artículos que serán publicados…

—Una vez que domines la ortografía… —observó Dan, sonriendo.

—Y la señorita Corazón Solitario se retira —añadió Mart con un suspiro de alivio—. Por lo menos, esta señorita Corazón Solitario se retira. Es curioso, sin embargo. Se han reunido los tutores de la

escuela y han decidido que la columna debe continuar, para brindar ayuda a todo el que lo necesite.

—¿Pero quién va a escribirla? —preguntó Di.

—Uno de ellos —respondió Mart—. Espléndido, ¿no? Ahora ya no tendré que preocuparme…

Dan intervino de nuevo:

—Creo que Lester Mundy ha cambiado realmente de vida. Su nuevo club parece hacerle mucho bien. Los clubs son buenos —sentenció gravemente— mientras intenten ayudar a la gente. Los Bob-Whites siempre tratan de ayudar a gente necesitada. Esta vez fue a Mart. La próxima… —miró a sus amigos— podría ser a cualquiera de nosotros.

Di seguía pensando.

—¿Y qué fue del jirón que al principio confundió todo el mundo con Reddy?

—Constituyó una pista importante —explicó Trixie—. Margo Birch se desgarró la camisa después de asaltar la escuela y robar en el Wimpy. Se lo hizo cuando iba al bosque a ocultar la carne. El sargento Molinson me ha asegurado que el pedazo que yo le entregué corresponde al roto de su camisa. Era la que vestía anoche. ¡Probablemente la única que no es elegante!

—Y por lo que a la furgoneta se refiere —añadió Mart—, Margo Birch tenía una similar a la de Crimper. ¡Aunque sea difícil imaginársela conduciendo un vehículo semejante! Si lo hubiéramos sabido…

Trixie estaba satisfecha.

—Todo ha terminado felizmente. Mi madre y mi padre han vuelto a casa, y mejora la espalda de mamá.

—También han regresado mis padres —dijo Honey—. ¡Y qué contenta se puso Celia al ver a Tom! A propósito, encontraron los collares. También en esto acertó Trixie. El Merodeador de Medianoche los había escondido en el bosque. La policía los ha encontrado esta mañana.

Trixie se echó a reír.

—Reddy es el único que se siente insatisfecho. Esperaba más hamburguesas.

—Pues yo tampoco lo estoy —anunció Di—. Ningún chico se ha ofrecido a acompañarme al baile de primavera. Incluso se lo escribí

a la señorita Corazón Solitario.

Mart se quedó de piedra.

—¡Caramba! —exclamó—. Cuenta ya con un acompañante: ¡Yo!

Brian se dirigió a Honey.

—¿Qué te parece? —dijo—. ¿Quieres ser mi pareja el viernes por la noche?

Jim se alegró cuando su hermana asintió con timidez.

—Entonces, Dan —observó—, queda solamente una chica para nosotros dos.

Dan se rió.

—Pero yo ya me he comprometido con Ruthie Kettner. Supongo que tendrás que acompañar a Trixie.

Jim hizo una mueca, volviéndose hacia ella.

—¿Y tú qué dices Trix?, ¿irás al baile conmigo?

Su tono era desenfadado, pero todos pudieron advertir que la miraba fijamente.



Trixie se ruborizó hasta la raíz del pelo cuando respondió:

—Me encantará ir contigo, Jim…, a no ser que surja otro misterio y tenga que resolverlo.

Los demás Bob-Whites protestaron al unísono.

—¡Por favor, no más misterios! —imploró Mart.

—Al menos hasta que se celebre el baile de primavera —añadió Jim.

Sonrió a Trixie y ella le devolvió la sonrisa; le brillaban los ojos. Trixie intuía que habría más misterios, pero por el momento se conformaba con el baile de primavera.

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[1] La confusión del perro resulta intraducible. El setter irlandés pensó que Trixie había gritado su nombre (Reddy) cuando sólo había dicho «ready» (dispuesta). < <